

Éric-Emmanuel
Schmitt

**LA VENGANZA
DEL PERDÓN**



Cuatro destinos, cuatro historias en las que Schmitt, el autor de «El señor Ibrahim y las flores del Corán», con indudable sentido del suspense psicológico, explora los sentimientos más violentos y secretos que gobiernan la existencia del ser humano.

La relación de amor-odio entre dos hermanas gemelas opuestas en lo moral, un hombre hedonista que abusa de una joven cándida y le arrebató a su hijo, un padre severo y hermético que se humaniza cuando se sumerge en la lectura de «El principito» con una niña pequeña, las visitas regulares de una mujer al asesino de su hija en prisión...

Relatos que seducen desde el comienzo con situaciones intrigantes desgranadas con la maestría narrativa a la que Schmitt nos tiene acostumbrados. Escenarios precisos, cargados de detalle y de cromatismo, en los que conoceremos a unos personajes inolvidables y sus circunstancias particulares.

En cada una de estas composiciones, Éric-Emmanuel Schmitt nos conmueve con el altruismo, la maldad, la ingenuidad y la astucia del ser humano, y, sobre todo, con el doble filo del perdón.

Éric-Emmanuel Schmitt

La venganza del perdón



Título original: *La vengeance du pardon*
Éric-Emmanuel Schmitt, 2017
Traducción: M.^a Dolores Torres Paris, 2018

Revisión: 1.0
30/05/2019

Las hermanas Barbarin

Si hubiese que imaginarse el paraíso terrenal como un pueblecito, sin lugar a dudas sería Saint-Sorlin.

A lo largo de las calles adoquinadas que descienden en suave pendiente hacia el río, cada fachada es un jardín. Las glicinias suspenden sus farolillos morados hasta los balcones, los geranios llamean en las ventanas, la enredadera ilumina la planta baja, las dedaleras cascabelean detrás de los bancos mientras los canutillos de los lirios del valle se hilvanan entre las piedras, compensando su menudo tamaño con un perfume embriagador.

Quien atraviesa Saint-Sorlin-en-Bugey se lleva la impresión de que tiene una sola estación: el mes de mayo. Las flores despuntan, vivas, rotundas, insolentes, reduciendo las casas a meros soportes. Bajo un cielo azul e inocente, una conspiración de rosas invade las tapias: rosas rosadas, regordetas, florecientes, más maduras que las frutas maduras, vibrantes, reventonas, exhibiendo una carne de pétalos que invita a las caricias o a los besos; rosas negras, púdicas y purpúreas; rosas rojas, austeras y esbeltas; rosas amarillas con fragancias de pimienta fina; rosas anaranjadas, mudas, sin olor; rosas blancas, pudorosas, efímeras, pronto decepcionadas, ya oxidadas. Aquí y allá, cual salvajes venidos a acampar en la ciudad, minúsculos escaramujos de granado follaje exhiben botones rubescentes con los que los lugareños hacen mermelada. Bordeando el brocal del lavadero, apretadas hortensias de color malva revisten el lugar de una respetabilidad burguesa. Desde la iglesia de Santa María Magdalena hasta las orillas del Ródano, la vegetación inunda Saint—Sorlin.

Por la plaza del Mercado caminaba Lily Barbarin, una anciana cuyo encanto armonizaba con las coquetas calles. Sonriente, etérea, de tez delicada, nariz definida y ojos claros, era la viva imagen de la bondad. Si Saint-Sorlin representaba el paraíso, sin duda Lily encarnaba a la abuela ideal. Benévola, atenta a las necesidades de sus conciudadanos, parecía haber hecho de la vejez un alejamiento cortés mezclado de altruismo. Sin embargo, la vida debería haberla abocado al odio, confinándola en el resentimiento. ¿Acaso no la habían hostigado durante décadas? ¿Es que no la habían despreciado, maltratado, traicionado y odiado? Y, sobre todo, ¿no tenía que comparecer al día siguiente ante la justicia acusada de asesinato?

Al mismo tiempo que el idílico pueblecito había cobijado su cúmulo de rencores, celos e incluso crímenes bajo su máscara primorosa y tierna, la vieja dama había bordeado el infierno. ¿Había atravesado sus puertas? ¿Había cometido lo imperdonable?

Su acusador, Fabien Gerbier, la observaba desde su taller de zapatero. Alto, corpulento, con el ceño fruncido y la mirada torva, claveteaba las suelas con su martillo remendón con una violencia que iba dirigida a Lily Barbarin. Pese a la edad de la dama, su fragilidad y la presunción de inocencia, consideraba intolerable que estuviese en libertad, campando por ahí a sus anchas, y que concitase la indulgencia de sus coetáneos. Era él quien había levantado la liebre, quien había alertado a los gendarmes, movilizó a la policía y activado los engranajes de un proceso judicial; él era el responsable de la pulsera electrónica que se ceñía a su tobillo, mientras que las negligentes autoridades no habían querido encarcelarla antes de la vista pública.

Mañana, Fabien Gerbier acudiría al juicio en Bourg—en—Bresse. Mañana presenciaría el espectáculo de la justicia en acción. Mañana, por fin, nos enteraríamos.

Durante semanas, en la sobremesa, los sansorlineses se explayaron contando a los forasteros o a los amigos de paso la historia de Lily Barbarin. O más bien, la historia de las hermanas Barbarin, porque, aunque solo sobreviviese una, no se podía hablar de una sin mencionar a la otra.

* * *

—¡Increíble!

Las hermanas Barbarin vieron la luz el mismo día. Si la primera provocó admiración, la segunda suscitó desconcierto al surgir entre los muslos extenuados de su madre media hora más tarde. Nadie lo había previsto. En una época en que los médicos apenas examinaban los flancos de sus pacientes, solo el nacimiento revelaba el sexo y el número de hijos.

—¡Dos, señora Barbarin! Hay que ver lo que nos preparaba en secreto: ¡dos hermosas niñas!

La comadrona no cabía en sí de gozo.

Asombrosamente similares, análogas desde los ojos azules a los pliegues de los deditos de sus pies, las hermanas Barbarin colmaron a sus padres de orgullo. Ya era extraordinario hacer un bebé, pero dos, como dos gotas de agua, ¡era prodigioso!

—¡Qué maravilla!

Deslumbrados, los adultos presentes apenas se fijaron en el ímpetu con el que había irrumpido la segunda, ni en el vagido de indignación que había lanzado, como si reprochase a los humanos no haberla mirado ni esperado.

—¿Cómo las llamarán?

Sin dudar, los Barbarin llamaron Lily a la que era treinta minutos mayor, tal como habían planeado. En cuanto a la inesperada menor, como les cogió de improviso, se quedaron pensativos un momento. Al final propusieron Moïsette, puesto que si hubieran tenido un niño, lo habrían llamado Moïse.

Lily y Moïsette... Quienes se sorprendieron por la disparidad de los nombres —el primero sonaba deliciosamente; el segundo, extrañamente— no se equivocaban al preocuparse. ¡Hum! Un nombre por defecto no augura nada bueno.

Lily y Moïsette vivieron cuatro años de felicidad. La familia Barbarin disfrutaba de su gemelidad espectacular y la acentuaban encantados: jamás separaban a las niñas, las vestían de la misma forma, y las llamaban «las gemelas».

Antes de practicar el lenguaje de la sociedad, Lily y Moïsette hablaron su propio idioma, un balbuceo líquido, articulado, que pasaba de la una a la otra sin interrupción, una mezcla de murmullos y gorjeos, tan claro para ellas como

oscuro para su entorno.

—¡Qué bien se entienden! —exclamaban los vecinos a menudo, constatando que las niñas gateaban, jugaban, comían, dormían, corrían y parloteaban al unísono.

En realidad, observándolas mejor, las niñas no se «entendían» en el sentido habitual del término, porque para entenderse —expresarse, escuchar, responder— es necesario que haya dos. Lily y Moïsette crecían una junto a otra sin la sensación de diferir. A todas luces, en el comienzo de sus vidas las hermanas ignoraban su dualidad: formaban una sola y única persona, una entidad con dos cuerpos, un organismo de cuatro brazos, cuatro piernas, cuatro labios y dos bocas. Cuando una esbozaba un gesto, la otra lo terminaba. Como si una placenta invisible las uniese aún, nadaban en armonía, resguardadas por una bolsa protectora, una burbuja saturada de líquido amniótico donde evolucionaban, apacibles, a temperatura constante, vibrando ambas en resonancia simpática.

¿Qué acontecimiento rompió esa bolsa protectora? ¿Qué cuchillo separó a las dos hermanas?

La mañana de su cuarto cumpleaños, los Barbarin depositaron un paquete azul en las manos de Lily y un paquete rojo en las de Moïsette. Encantadas, cada una de ellas contempló su regalo con avidez, inclinándose luego sonriente para echar un vistazo al de su hermana. Moïsette se desentendió del rojo y cogió el azul, que la tentaba más, cosa que Lily aceptó. Los padres intervinieron:

—¡No! El azul pertenece a Lily; el rojo, a Moïsette.

Redistribuyeron los regalos. Cuatro segundos después, Moïsette, obstinada, volvió a la carga.

—Moïsette, no lo entiendes: el tuyo es el rojo, no el azul.

Moïsette frunció el ceño. Ella prefería el color azul al color rojo y no veía por qué la alejaban de ese paquete. Tiró de él hacia sí.

Un ligero cachete en la muñeca la detuvo. Disgustada, los miró boquiabierta.

—Venga, ¡abrid vuestros regalos, niñas!

Mientras Moïsette la observaba, Lily desempaquetó el regalo azul y apareció una caja que contenía una muñeca.

—¡Oh! —exclamaron a coro las chiquillas.

Al igual que su hermana mayor, Moïsette miraba extasiada la hermosa criatura rubia, vestida de seda blanca, que apareció sentadita en la caja.

—¡Qué bonita! —susurró Lily.

—¡Oh, sí! —ratificó Moïsette.

Lily alzó delicadamente el celofán, sacó la muñeca y la colocó en posición vertical. Moïsette contemplaba la escena, dando la impresión de formar parte de ella.

Entonces Lily acarició los dorados cabellos de la muñeca, un gesto que Moïsette alentó. Finalmente, Lily besó sus mejillas rosadas, y Moïsette se sonrojó como si hubiera recibido ella el beso.

—Moïsette, ¿y tu regalo?

Moïsette tardó diez segundos en percibir que sus padres se dirigían a ella. Sus padres insistieron:

—¿No tienes curiosidad?

—Me gusta la muñeca.

—Claro, es muy bonita.

—La quiero.

—Sí, pero es de Lily.

Haciendo caso omiso del comentario, Moïsette tendió el brazo hacia Lily, que le entregó la muñeca.

Los padres decidieron obrar con severidad.

—No, Moïsette, la muñeca es de Lily.

Le arrebataron a Moïsette el juguete que había apretado contra su pecho y se lo restituyeron a la fuerza a Lily.

—Es tuya. Cógela.

Moïsette reflexionó y, unos segundos después, tendió la mano hacia Lily, que le devolvió la muñeca. Los padres se interpusieron. Se palpaba la tensión.

—¡No, ya está bien! Déjate de tonterías. Devuélvele el regalo a tu hermana y abre el tuyo.

En un acto reflejo ante el tono conminatorio, Moïsette se echó a llorar.

—¡Qué cruz! Recibe un regalo y ni siquiera lo mira. Me pregunto por qué molestarse tanto...

Moïsette no entendía nada, excepto que no tenía derecho a actuar como

quería. Lily corrió a abrazarla y sollozó por contagio. Ya más tranquila, Moïsette derramó algunas lágrimas más, y luego consideró la situación: su madre le presentaba obstinadamente el paquete rojo.

Enfadada, con el ceño fruncido, Moïsette rompió el envoltorio a regañadientes y apareció un magnífico oso.

—¡Oh, qué oso tan bonito! —exclamaron sus padres para animarla.

Moïsette lo miró enfurruñada.

—¿Te gusta?

Girándose hacia su hermana, que miraba ansiosamente el peluche, susurró:

—Sí.

Sintiéndose libre, le arrebató la muñeca.

Se armó una zapatiesta. Sobre pasados, los padres alzaron la voz, Moïsette se echó a llorar de nuevo y Lily berreó solidaria.

—¡Ah, no! ¡Tú no, Lily! ¡No vas a animarla, encima! ¡Ni a ser tan cabezota como Moïsette!

Volaron insultos, sonaron portazos y los padres desaparecieron, dejando a las niñas en un berrinche de hipos y sollozos en el suelo, en medio de los cadáveres de los envoltorios.

Aquel aniversario había hecho mella en la unicidad de las gemelas: cada una había comprendido vagamente que no se confundía con la otra. A los cuatro años, habían nacido de nuevo, pero, esta vez, dos. Distintas. Lily y Moïsette.

Para Lily constituyó una información; para Moïsette, un duelo. No solo no era su hermana, sino que estaba sola. Además, no la trataban tan bien. Cada uno de nosotros ha sido herido durante la infancia: percibiendo de repente el espacio entre uno y el resto del mundo, uno se da cuenta de que existe aparte, de que es diferente, un cuerpo singular en medio de cuerpos extraños, un recinto mental único. Injusticia de la consciencia... Para unos significa un deslumbramiento; para otros, consternación. Mientras en el mundo de los primeros se levanta un telón, un muro encierra a los segundos en una prisión. La soledad es un reino en el cual algunos ven el trono; otros, las fronteras.

Lily estaba encantada de explorar la naturaleza que la rodeaba; además, circulaba por ella de la mano de su gemela. Mohína, recelosa, Moïsette juzgó que el universo era inhóspito y notó que la presencia de su hermana le

escamoteaba su influencia, su dimensión, su preeminencia... En aquel cuarto cumpleaños, Lily había ganado una hermana; Moïsette había descubierto una rival.

A partir de ese día, las gemelas seguían siendo una a los ojos del pueblo, pero no a los suyos.

Por reflejo, en cualquier circunstancia frente a sus padres, sus maestros, o sus compañeros, se unían. Si su madre se topaba con una lámpara rota a su regreso a casa, las dos niñas cerraban filas. «¡Yo no he sido!», protestaba Lily. «¡Yo tampoco!», añadía Moïsette. Era inútil esperar, ninguna acusaría a la culpable. Cualquier invasión de autoridad en su espacio afianzaba su complicidad. En consecuencia, o los castigos desaparecían o se aplicaban a ambas. Les daba igual que las castigasen sin postre, o tener que pasar varias horas de estudio encerradas en clase, o no ser invitadas a casa del amiguito que había perdido sus canicas después de su visita: su gemela contaba más que la ira o la venganza de los extraños. Lily y Moïsette formaban un bloque.

En cambio, fuera del alcance de miradas ajenas, el bloque se resquebrajaba. Si físicamente solo un kilo marcaba la diferencia —redondez que afectaba a Lily—, psicológicamente las grietas eran mucho más profundas.

Lily tomaba la iniciativa. Embajadora de las gemelas, audaz, cómoda en el papel de exploradora, ideaba las quedadas, los juegos, las correrías. Puesto que era ella quien se acercaba a los demás, se unían a ella primero. Por su carisma de líder nata, capaz de consolidar costumbres, se oía más frecuentemente hablar de Lily o de «las gemelas» que de Moïsette; algunos simplemente olvidaban su nombre y decían «la otra».

Sin intención alguna de cuestionar ese orden casi natural, Moïsette seguía a su hermana mayor, pero se daba cuenta de que le hacía sombra. Durante dos años nunca guardó rencor a su hermana, su hermana necesaria, su hermana siempre presente, su gemela, lejos de la cual se sentía incompleta; al contrario, si de algo se quejaba era de los adultos despreocupados e indiferentes, sin memoria. Por su parte, Lily era del mismo parecer de Moïsette cuando esta última denunciaba la indiferencia de fulano o mengano, y siempre la defendía.

Como en Navidad o por su cumpleaños recibían regalos diferentes, habían adoptado una estrategia: simulaban regocijo en público y, una vez tranquilas, procedían a una redistribución. Moïsette, sistemáticamente decepcionada con sus regalos, exigía los de Lily, que se los entregaba sin vacilar, sin enfadarse siquiera cuando Moïsette se negaba a prestarle los suyos.

En torno a los siete años, la escuela primaria rompió su unión. Moïsette, más lenta e insegura que su hermana, sudaba tinta china para aprender. Las maestras se lo comunicaron a sus padres. Esa entrevista causó estragos en Moïsette: su ritmo de estudio, igual al del último tercio de la clase, ni siquiera peor que el de sus compañeros, no habría llamado la atención de nadie si no hubiera estado flanqueada por una hermana brillante. Alumna normal, se volvía mediocre porque se la comparaba con Lily. La odió por imponerle esta comparación, la maldijo en silencio por ser más talentosa y se acostumbró a culpar a Lily cuando recibía una mala nota.

Cuando cumplieron los diez años sucedió lo inevitable: una profesora propuso separar a las gemelas para colocarlas en sendas clases correspondientes a su nivel. Aunque la maestra elogió los méritos de la diferencia, prometió un mejor desarrollo y proclamó las bondades de una fórmula individual, Moïsette bajó la cabeza y miró a Lily con repulsión.

A partir de ese momento, revolvió regularmente la habitación de su hermana mayor, le desencuadernaba los libros, le rompía los lápices, emborronaba sus dibujos y le agujereaba la ropa. Pero Lily volvía a ordenarlo todo, lo arreglaba sin decir una palabra, protegiendo a su hermana menor. Nada más lejos de su ánimo que criticarla, convencida de que a Moïsette no la tenían en cuenta.

Tranquila y reflexiva, Lily impedía que se desenmascarase la mezquindad de su hermana. Cuando sufría en exceso su agresividad, hacía gala de una audaz sangre fría. Así, el día de su primera comunión, porque deseaba con todas sus fuerzas las cosas que había pedido, fue a la mesa donde les habían dejado los regalos, invirtió las etiquetas, y esa misma noche, en la intimidad de su cuarto, cuando Moïsette intercambió con ella sus regalos, pudo recuperar los que tanto ansiaba.

A partir de su duodécimo cumpleaños, el equilibrio se modificó.

Una mañana, Moïsette miró a Lily y dijo:

—Estás fea.

Lily la miró pasmada.

—Tú también.

Poniéndose ambas frente al espejo, descubrieron que sus reflejos les daban la razón: sus rostros cambiaban.

Una semana más tarde, Moïsette fijó su mirada en las caderas de Lily.

—Deja de atiborrarte de comida: has engordado tanto que vas a reventar las costuras de la falda.

—Tú también.

Una vez más, el espejo confirmó el desastre común. Como un ejército secreto, las hormonas habían invadido sus cuerpos y comenzaban a transformarlos.

No transcurría una mañana sin que una notase en la otra una imperfección que encontraba inmediatamente en ella: una espinilla en la punta de la nariz, senos que apuntaban, pelos que surgían, grasa en los muslos, piel aceitosa, un olor nuevo... Habían dejado las orillas de la infancia para unirse al continente de las mujeres, pero de momento navegaban en las aguas de la ingratitud.

Lily descubrió con asombro su nuevo cuerpo en su gemela. Moïsette, por su parte, no soportaba que su hermana le infligiese el espectáculo de aquella derrota. ¿Quién puede pasarse las veinticuatro horas del día frente a un espejo? La horrible Lily le recordaba permanentemente su propia fealdad; en pocas palabras: Lily la hostigaba de forma tal, enarbolando sus defectos, que la detestaba por ello.

Providencialmente, una vez que los estrógenos hubieron completado su colonización y dieron el último toque a la metamorfosis, las hermanas Barbarin se revelaron guapísimas. Ambas.

Moïsette estaba exultante.

Adiós a la desigualdad que había propiciado la escuela, ¡volvían a ser idénticas!

Paradójicamente, sus primeros flirteos las acercaron. Asustadas por sus deseos, ávidas de ejercer sus poderes recién adquiridos sobre los chicos, fascinadas por los juegos de seducción, se consultaban sin parar y desarrollaron una fuerte complicidad, que se parecía más a una solidaridad entre soldados afrontando el peligro que a una auténtica amistad. Una

fraternidad de armas las unía. Se contaban sus intentos, sus fracasos, sus éxitos, de modo que Moïsette, menos audaz que Lily, se aprovechaba de las meteduras de pata de su hermana mayor para aventurarse a su vez con más osadía y pasárselo mejor.

A veces engañaban a los chicos haciéndose pasar la una por la otra, en un beso furtivo o en algún coqueteo inocente.

A la edad en que las adolescentes temen el ímpetu de los machos, ellas se pavoneaban orgullosas de sojuzgar las apariencias, de dominar a sus pretendientes.

¿Se querían? Sin duda, Lily idolatraba a su hermana, preocupada por su felicidad, dichosa cuando era feliz, triste cuando no lo era. Moïsette contaba tanto como ella, si no más. A la cercanía carnal que existía desde su nacimiento, Lily había añadido un profundo cariño, esencial.

Para Moïsette, se trataba más de una costumbre que de amor. Aunque sintiese una necesidad casi física de Lily, no se la veía desolada por la pena cuando a su hermana le iba mal, nunca tomaba la iniciativa para ella o para su gemela, no incluía a su hermana mayor en sus sueños de futuro e incluso podía alegrarse de verla en dificultades.

—Te presento a Fabien.

Lina tarde de calor sofocante, con un alegre ademán, Lily le señaló a Moïsette un joven moreno de ojos ardientes, el pecho abombado, el torso hacia atrás y las piernas arqueadas como si montase a caballo.

Desde que lo había conocido en casa de una amiga hacía una semana, Lily no hacía otra cosa que hablarle de Fabien y no le había ocultado que por primera vez sabía lo que era el amor.

Impaciente, nerviosa por la irrupción del «amor» en su vida, Moïsette entendió la emoción de Lily al describir a Fabien: alto, esbelto, el porte elegante atenuado por la desfachatez, el cabello rizado un poco largo, el iris verde, taladrado por una dilatada pupila oscura que lo hacía parecer hipnotizado por las chicas. El muchacho, con los pies en la tierra, entre el yerno ideal y el calavera, exhibía unos labios carnosos que dibujaban una sonrisa cruel y alegre.

Moïsette se sonrojó bajo su mirada, una mirada atónita ante el parecido perfecto de las hermanas, una mirada cargada de deseo... Era evidente que el joven encontraba a las gemelas Barbarin muy de su gusto. Moïsette bajó inmediatamente los ojos. «¡Peligro!», gritó una vocecita interior. El corazón le latía con fuerza, cerró los puños, el sudor le empapó las axilas, y temió que su sangre, circulando enloquecida, le rompiera las venas del cuello.

Durante la tarde que pasaron los tres juntos, Moïsette dejó que Lily decidiera los juegos, los paseos, la hora del té, el tipo de té, con qué galletas acompañar el té, el lugar del jardín donde tomar el té... Remontándose al retraimiento y la timidez de su infancia, se eclipsó; no se rio salvo para hacer eco a su hermana mayor y solo abrió la boca para asentir. Turbada por el chico, pensaba con lentitud, presa de un agarrotamiento voluptuoso. Aquella situación la incomodaba. Consciente del incendio que experimentaba su hermana, Moïsette sufría también un acaloramiento ambiguo: por un lado, aprobaba el entusiasmo de Lily; por otro, se reprochaba sentirlo a su vez. Por eso, extenuada por aquella tensión, dejó escapar un suspiro de alivio cuando finalmente Fabien se fue.

—Venga, ¿tú qué opinas? —preguntó Lily.

—¡Lo mismo que tú! —respondió Moïsette, con una espiración.

—Le gusto, ¿verdad?

Moïsette pensó en la actitud de Fabien cuando desnudaba a Lily con la mirada.

—¡Claro!

Lily se volvió loca de alegría y se puso a dar vueltas como una peonza. Moïsette se abstuvo de mencionar que había notado el mismo deseo de Fabien hacia ella.

Una vez que Lily hubo concluido su vals en torno a la mesa, Moïsette la miró pensativa.

—¿Lo que hay entre tú y él es atracción física?

—No solo.

—La cosa empezó por una mirada.

—Por supuesto. No lo conocí por correspondencia...

—Ni por teléfono...

—Ni por teléfono. Sí, tienes razón, Moïsette: la primera mirada nos

electrocutó. Una descarga. Trescientos voltios. No, mil voltios. Fue un flechazo.

—Entonces, sobre todo es físico.

—No, Moïsette, primero es físico. Luego está todo lo demás... Sí, todo lo demás...

Lily, soñadora, repitió varias veces «todo lo demás» en un tono misterioso.

Moïsette negó con la cabeza: no acababa de ver aquel «todo lo demás» que decía su hermana. Durante dos horas, la conversación había estado cuajada de vulgaridades, frases trasnochadas, chistes verdes, silencios embarazosos y risotadas; nadie mejor que ella para darse cuenta, puesto que había asistido a aquel parloteo de espectadora, sin participar en él. Para su gusto, Fabien no era más que un chico corriente y vulgar, basto, chabacano, como miles de hombres, sin ningún rasgo digno de mención salvo un frenético deseo de agradar. Aunque parecía rápido en la caza y se comía a las gemelas con los ojos, su mente trabajaba más lenta que sus ojos de rapaz.

Guardándose sus apreciaciones, Moïsette se felicitó por su lucidez, que — sin lugar a dudas— superaba con mucho la de su pobre y enamorada hermana.

Fabien vivía cerca, en Ambérieu, donde estaba pasando los dos meses de vacaciones escolares. Con todo el tiempo libre del mundo, se movía a su aire en una motocicleta que su padrino le había prestado; así pues, se abonó a las visitas a casa de las Barbarin.

La temperatura subió vertiginosamente entre Lily y Fabien, tanto como el mercurio de los barómetros de aquel tórrido verano. A finales de julio, Lily anunció a Moïsette que no pensaba esperar más: iba a hacer el amor con Fabien.

—¿Sin casaros?

—¡Sin casarnos!

—¿Ni haceros novios?

—Paso de todo eso.

—¿¡Cómo!?

—Entiéndeme, Moïsette. Por supuesto que deseo pasar toda la vida con Fabien porque lo amo. Pero ¿cómo estar segura de que eso sucederá? «Toda la vida...» ¡Hum! «Largo me lo fiais». Y luego, él solo está pasando aquí el

verano; volverá a Lyon en septiembre. Mi vida es ahora, no mañana. Además, no me vengas con remilgos, lo hemos discutido miles de veces: tú y yo rechazamos el matrimonio. Si se celebra, miel sobre hojuelas. Si no, por lo menos me habré acostado con Fabien.

Moïsette protestó insistente, ardientemente, horas y horas, día tras día. Por supuesto, al contrario que las generaciones anteriores, ella también reivindicaba la libertad de ser mujer antes que esposa, pero una fuerza obstinada la impulsaba a oponerse a Lily multiplicando los argumentos para disuadirla. ¿Qué fuerza? Un miedo de múltiples facetas; el miedo a perder a su hermana, el miedo a quedar de segundona, a ser solo «la otra», la gemela, la pequeña, la lenta... ¡La zoquete, caramba! Al evitar que Lily volase en brazos de Fabien, Moïsette luchaba por ella, no por Lily.

A mediados de agosto, se tranquilizó porque Lily ya no hablaba de entregarse a Fabien, y cambiaba de conversación tan pronto como su hermana abordaba el tema. Moïsette triunfó. Había impedido a Lily crecer. Prefería dos larvas viviendo en aquella casa antes que una oruga y una mariposa.

La noche del 15 de agosto, después de las tradicionales fiestas de la Virgen que habían permitido a todos emborracharse, Moïsette sorprendió cuchicheos al pie del inmueble dormido.

Acababan de dar las doce en el campanario.

Preocupada, saltó de la cama y se acercó a la ventana sigilosamente. En la calle, bajo una luna carmesí, Lily, descalza, con las sandalias en la mano, se reunía con un tipo de cazadora en una motocicleta. Cabalgando en el portaequipaje, abrazó su torso, se pegó contra su espalda, ya consintiente, y Fabien, impulsándose con los pies en el empedrado, aprovechó la cuesta y el peso de la máquina para rodar sin encender el motor hasta la carretera provincial que cruzaba el pueblo. La pareja se deslizó en silencio hasta dar la vuelta a la esquina; unos segundos después, se oyó el ronquido de los cilindros, que se amplificó brevemente, y luego los engulló la noche...

El silencio tendió su capa plumiza sobre el paisaje apagado.

Moïsette se estremeció. Jamás se había sentido tan sola...

¿A dónde iban? Lo ignoraba. En cambio, no dudaba de lo que iban a hacer... En el tejado vecino, un gato de ojos fosforescentes la miraba de hito en hito. Moïsette se comía las uñas, rabiosa. Si su hermana había callado en

los últimos tiempos, era porque había hecho su elección. Lily se la había pegado por partida doble: por no hacerle caso y por haber descubierto el amor antes que ella.

—¡La odio! Jamás la he odiado tanto.

Imaginó a su hermana bajo el cuerpo desnudo de Fabien, que se agitaba, empujando a golpe de riñones y levantando las nalgas.

—¡Una cerda! ¡Una cerda y punto!

Ante estas palabras emitidas entre dientes, el gato se enderezó receloso, tensando el rabo.

Moïsette volvió a la penumbra de su habitación y percibió su ridícula figura en el inmenso espejo del armario: una gamba en pijama.

—¡Zorra! —masculló en dirección a su hermana.

Ofendido, el gato huyó por los tejados.

Esa mañana, al igual que las siguientes, Moïsette se quedó sin palabras ante el cambio operado en su gemela. Majestuosa como un amanecer, Lily resplandecía, soberbia, hierática, tan radiante que imponía respeto. La tez ambarina, el cabello rutilante de vitalidad, la boca de fresa, los ojos brillantes... Lily, que había sido una niña encantadora, se había convertido en una hermosa mujer. El rostro encendido con una sonrisa constante, que amplificaba sus gestos: no caminaba, levitaba; si le daba por permanecer inmóvil, se transformaba en esfinge; y cuando descansaba en el diván, desprendía una tórrida sensualidad: Afrodita posando para un escultor invisible. Algo la había gravado ligeramente, volviéndola más atrevida, más graciosa, más fatal... ¿El secreto de la voluptuosidad, tal vez?

Moïsette, muerta de envidia, dejó de criticarla. Tan solo quería parecerse a ella de nuevo.

Con esa intención, se mostró más zalamera a fin de reanudar el diálogo. A fuerza de amabilidad, dándole a entender que, consciente de lo que ocurría cada noche, ella seguía siendo su leal cómplice, recuperó la confianza de su hermana, ávida de efusiones. Lily le describió el granero adonde la llevaba Fabien, la luz de las estrellas en su semblante, su piel trémula cuando la desnudaba, su poderío sexual, que ella detectaba en los ojos del macho

ardiente, extasiado; su potencia erótica, que provocaba tanto la paciencia como la impaciencia de Fabien, tanto su delicadeza como su fogosidad. Luego, a petición de Moïsette, fue desgranando el rosario de sus retozos, lo que él hacía, lo que ella le hacía, lo que a ella le gustaba cada vez más, lo que la volvía loca, lo siguiente que iba a intentar... Evocó el miedo que al principio la paralizaba, y que luego la espoleó. Describió el camino del pudor, esa repulsión que habían sentido desde la infancia ante la idea de ciertos tocamientos, una repulsión que se esfumaba durante el amor, una repulsión que se convertía en su contrario, la avidez; en resumen, ese recato consustancial a las jovencitas.

Embelesada por estas historias, Moïsette se convirtió en una mujer por poderes, recuperando casi la indivisión de sus primeros años. De noche, sin embargo, cuando Lily se escapaba de casa en la motocicleta de Fabien, Moïsette, sola en su cama, volvía a maldecirla desdeñada, ofendida, repudiada, furiosa por no poder hacer otra cosa que fantasear.

El 31 de agosto, un acontecimiento dramático trastornó las vidas de los Barbarin. Durante la cena, uno de sus primos llamó a la puerta para comunicarles que la abuela Garcin se estaba muriendo y pedía ver a su hija.

La señora Barbarin, presa del pánico, decidió reunirse con ella inmediatamente en Montalieu, a 15 kilómetros de Saint—Sorlin. El señor Barbarin fue a buscar el automóvil al garaje para llevar a su esposa.

El Citroën aparcó frente al porche con el motor en marcha. Escoltada por sus gemelas, la señora Barbarin cruzó el umbral y de repente se volvió hacia Lily.

—Acompáñame.

Lily dio un paso atrás en el pasillo.

—¿Yo?

—Sí, tú.

Aunque apenada por lo que le ocurría a su abuela, Lily pensó en Fabien, que esa noche la esperaba en vano. Dirigió una mirada de angustia a Moïsette y repitió:

—¿Yo?

—¡Date prisa! ¡Espabila! Ponte unos zapatos.

—¿Estás segura? —balbució Lily.

—Sí, te vienes a cuidar a tu abuela.

—¿Por qué yo y no Moïsette?

Irritada, nerviosa, la madre no se entretuvo en cuidar sus palabras y, mientras subía al automóvil, le espetó:

—¡Porque tu abuela te quiere mucho!

Las chicas se estremecieron. Moïsette apoyó su espalda contra la pared del pasillo; se habría caído si el tabique no la hubiera sostenido. ¿Qué? ¿Su queridísima abuela no la quería entonces? ¿Prefería a Lily? ¿También ella?

Lily midió el golpe infligido a su hermana y la miró con lástima. La madre percibió esa mirada, comprendió su torpeza y, en lugar de disculparse por ello, se encolerizó:

—¡Ya está bien! ¡Caramba con las niñas! No compliquéis más las cosas. Y menos esta noche. Lily, te vienes conmigo. Moïsette, tú te quedas cuidando la casa. ¡Hasta mañana!

Cerró de un portazo la portezuela del copiloto. Lily tuvo veinte segundos para sentarse detrás. El coche arrancó a toda velocidad.

Moïsette se quedó mucho tiempo en la puerta. Sola... Una vez más... Sola... Alejada de los dramas familiares... Alejada de los afectos familiares... Sola... Le tocaba cuidar de la casa... Como un perro... Sola...

No se lo pensó dos veces. Subió a la habitación de Lily, se encerró en el cuarto de baño, se aseó, se arregló, se perfumó con la colonia de su hermana y se puso uno de sus vestidos.

A medianoche, cuando Fabien apareció, Moïsette se paseaba impaciente por el porche de los vecinos, como solía hacer Lily.

Se montó de paquete, abrazó a Fabien contra ella, se pegó a su espalda y se dejó llevar...

Dos horas más tarde, se había convertido en una mujer en los brazos del hombre. No había experimentado todo cuanto su hermana le había dicho, apenas una parte. Al principio, se había aplicado, sin duda demasiado para disfrutarlo; luego, en los últimos abrazos, se había abandonado por fin y había sentido poderosas emociones.

Ahora yacían desnudos, de espaldas, uno junto al otro, mirando la luna que aparecía detrás de la claraboya de la techumbre. Esa noche brillaban en el cielo más estrellas que nunca. Ambos estaban silenciosos, exhaustos, tratando

de recuperar el aliento.

Una vez satisfecha, a medida que su cuerpo se relajaba y su corazón se desaceleraba, Moïsette se temía que la aguardaba lo más arduo: la conversación. Hasta entonces, solo habían intercambiado unos cuantos bisbíceos en el pueblo, habían rodado en la oscuridad e inmediatamente se habían arrojado el uno sobre el otro en medio del jergón improvisado entre las pacas de heno.

¿Se traicionaría al hablar? Le entró pánico de repente.

Fabien se volvió hacia ella, apoyó un codo en la paja y le acarició los senos mientras la miraba.

Sonrió, cortada. El sonrió a su vez.

—¿Qué tal, Moïsette? ¿Te ha gustado?

Se quedó petrificada, dudó, hasta que reunió el valor suficiente para lanzar una carcajada que no sonase falsa.

—Ja, ja, ja... ¿Por qué me llamas Moïsette?

¡Qué alivio! Menos mal que había acertado con la entonación: parecía estar oyendo a la mismísima Lily cuando rompía a reír a carcajadas por una broma. Así que repitió:

—¿Por qué me llamas Moïsette?

—Porque eres Moïsette.

—En este momento, Moïsette duerme en su cama a pierna suelta, como todas las noches.

La sonrisa de Fabien se alargó, mordiente.

—¿Te crees que soy idiota?

Moïsette se estremeció, pero insistió:

—Venga, Fabien, ¿por qué me llamas Moïsette?

Fabien señaló indolente las manchas oscuras en la parte inferior de la manta.

—No se pierde la virginidad dos veces.

Moïsette se puso colorada como un tomate. ¡Marcas de sangre! En el calor de los retozos, ni se enteró de que había sangrado.

—¿Cómo?

—La sangre, ahí, esta noche, ¿qué va a ser?

Horrorizada, comprendiendo al mismo tiempo lo que había sucedido y lo

que pensaba Fabien, encogió las piernas contra su pecho, hundió el mentón entre las rodillas y enmudeció.

Fabien observaba sus gestos con una sonrisa burlona. Moïsette, como si le pesase la nuca, no se atrevía a mirarlo.

Él no cejó. Siguió hablando con voz lenta y lasciva:

—Primero me lo oí. Y luego tuve la prueba.

—¿Cuándo?

Se encogió de hombros y, con una mueca sarcástica, señaló las manchas marrones.

—Enseguida.

—¿Y has continuado?

—Igual que tú...

Turbada, giró su rostro hacia él. Fabien entrecerró los ojos y se rio a mandíbula batiente.

—Lo repetimos cuando quieras.

Moïsette se crispó. Le desagradaba el giro que tomaba la escena. La situación se le escapaba de las manos.

Se puso en pie de un brinco, agarró su ropa y se vistió a toda prisa. Fabien permaneció desnudo, impávido.

Cuando estuvo lista, la agarró violentamente por los tobillos, la desequilibró, la inmovilizó en el suelo y la hizo rodar debajo de él. Su voz adquirió una tonalidad metálica:

—En serio, repetimos cuando quieras.

—¿Cómo! ¿Serías capaz de hacerle eso a mi hermana?

—¿Eso qué?

—¿Engañarla!

—Sí, sería capaz. Como lo has sido tú.

Moïsette forcejeó dándole patadas.

—¡Cabrón! ¡Cerdo asqueroso! Suéltame.

Espoleado por su resistencia, la empujó con fuerza, dominándola, inmovilizándola. A unos centímetros de los suyos, sus ojos la taladraron feroces.

—¡Vaya con la mosquita muerta, dando lecciones de moralidad! ¡Se tira al novio de su hermana, y encima se enfada!

—Suéltame.

—Yo, al menos, tengo la excusa de haberte confundido con ella.

Moïsette volvió la cara. Él la soltó bruscamente, giró sobre su costado y se vistió, impasible.

Moïsette se frotó las muñecas, rumiando su humillación.

Una vez vestido, pareció descubrirla en el suelo, le tendió la mano y la ayudó a levantarse con galantería.

—Cuando quieras y donde quieras.

Ella se irguió sin responder. Fabien insistió guasón:

—Incluso con tu hermana, si os apetece.

Moïsette salió del granero a grandes zancadas. Él la siguió, fumando.

Sentada en la motocicleta, mientras atravesaba la noche fría y hostil, Moïsette se dio cuenta de la trampa en la que había caído. ¿Qué le diría a su hermana? Nada, por supuesto. Pero ¿y si él, mañana, le contaba lo sucedido esta noche, o una parte? ¿Cómo iba a justificarse? ¿Qué...?

Moïsette se estremeció.

¡Qué injusticia! Cuando acababa de experimentar sensaciones inmensas, colosales, cuando había alcanzado la feminidad suprema, ¡no tenía derecho a disfrutarla por culpa de su dichosa hermana! Su maldita hermana, ¡esa peste, esa aguafiestas, ese incordio, ese grano en el culo! ¡La odiosa Lily!

A la entrada del pueblo, justo antes de las farolas, cuando Fabien apagó el motor y dejó a Moïsette, la joven se plantó frente a él. Ni su voz ni su mirada vacilaron.

—No vas a decirle nada a mi hermana.

—Ah, ¿no?

—Como se lo cuentes a mi hermana, te la cargas.

—Ah, ¿sí?

—Le explicaré que vine a avisarte de que no podía quedar contigo por culpa de nuestra abuela, pero que me obligaste a seguirte y me violaste.

—Ya, ya, ¡como si fuera a tragarse eso!

—¡Y tanto! Como que tú mismo lo dijiste: que te gustaban las hermanas Barbarin, por su físico. La una o la otra, que no hay diferencia...

La cara de Fabien se contrajo en una mueca.

Moïsette continuó, virulenta:

—En tu opinión, ¿a quién va a creer Lily? ¿A quien comparte todo con ella desde el primer momento, su gemela de siempre y para siempre, o al noviete de un verano?

—Serás...

Fabien palideció.

Con expresión triunfante, Moïsette le dio la estocada final:

—Además, ¿por qué ibas a contarle lo de esta noche? Si te cree, echará pestes de ti. Si no te cree, te maldecirá. En ambos casos la pierdes, de eso puedes estar seguro.

Fabien bajó la cabeza.

Moïsette había ganado.

Se quedaron un minuto así, ella mirándolo, él mirando al suelo. Sus cuerpos seguían ardientes tras dos horas de abrazos, su piel todavía emitía olores seductores, sus miembros querían más... Se excitaban abominablemente.

Él susurró con voz ronca:

—Eres una auténtica zorra.

Ella respondió con un suspiro:

—Y tú, un hijo de puta.

Fabien levantó la mandíbula y de repente, sin que ninguno supiese cómo, se besaron apasionadamente. Sus lenguas hurgaban sus bocas, se succionaban, se enrollaban, se perseguían, se cazaban, se mordían salivando, espumeantes. Él le puso la palma de la mano sobre las nalgas, ella emitió un gemido de placer. Sus dedos buscaron en los pantalones el sexo duro, enhiesto.

Un gato maulló furiosamente en la cuneta.

Al darse cuenta de que perdía el control, Moïsette deshizo el abrazo, miró a Fabien y le escupió.

Él le escupió a su vez.

El escupitajo, que golpeó la sien de la joven, resbaló abrasador a lo largo de su mejilla y su cuello, y envió una descarga a su vientre. Un latigazo sacudió las entrañas de Moïsette, como un momento antes, bajo el techo del granero. Frenética, giró sobre sus talones y huyó, temerosa de experimentar allí, en medio de la calzada, un segundo orgasmo.

Al llegar a casa, cuando lo oyó arrancar, Moïsette detuvo su carrera, se

apoyó contra la pared y rompió a llorar, exasperada, aturdida, incapaz de determinar si era insoportablemente desdichada o profundamente feliz.

* * *

En Bourg—en—Bresse, aquel lunes, la multitud no se apiñaba ante el juzgado.

Fabien Gerbier miró a su alrededor con cara de pocos amigos. Lo usual era que los homicidios llenasen el recinto de público. Él mismo, en sus ochenta años de vida, había seguido varios juicios allí: el de la viuda negra Marie Morestier, el del parricida Pucier que había matado a sus tres hijos, el del camionero que descuartizaba camareras... Casos que siempre llamaban la atención. Triunfos. Éxitos clamorosos. ¿Qué estaba pasando? Una hermana matando a su gemela superaba con creces lo raro, lo fortuito, lo morboso, el caso merecía la afluencia y la agitación de los grandes días... Pero en la fría sala del tribunal, donde una ceñuda empleada todavía estaba pasando la fregona, seis personas escurrían sus paraguas bajo los bancos. Fuera, una pertinaz llovizna entumecía la ciudad.

—¡Es culpa de los medios! —rezongó.

Como los periódicos, la radio y la televisión no se habían hecho eco del caso, el público lo ignoraba y ningún periodista cubría el acontecimiento.

Fabien Gerbier se acomodó frente al escaño de madera de cerezo, donde pronto sentarían a la acusada.

—No le quedará más remedio que verme —se regodeó—. Yo encarnaré su conciencia, ya que ella no la tiene.

Un abogado se paseaba, café en mano, charlando despreocupadamente con una colega:

—En mi opinión, la acusación no se sostiene. Esto lo despachamos hoy: no hay caso.

Fabien Gerbier pegó un respingo. ¿Cómo que no hay caso? ¿La policía no había encontrado nada? Esos inútiles habían subestimado lo que él afirmaba desde hacía meses: Lily Barbarin había asesinado a su hermana Moïsette; esta

última no había muerto a consecuencia de un accidente.

Furioso, recordó cuánto había batallado para obligar a las autoridades a investigar, porque, al principio, al unísono con el pueblo, habían dictaminado un accidente fortuito. Infatigable, Fabien había sugerido pistas. ¡Tiempo perdido! Harto de que no le hiciesen caso, había amenazado con azuzar a los periodistas para que denunciasen una investigación deficiente.

—A ver, señor Gerbier —repetían los instructores—, ¿por qué se empeña usted en que una dama de ochenta años ha matado a su gemela?

—¿Qué saben ustedes de las gemelas? —replicaba Fabien Gerbier.

—Que viven juntas desde hace ochenta años.

—¡Ah, claro! ¿Acaso hay una fecha límite? ¿A los ochenta años no puede uno convertirse en un asesino? Si yo, mañana, me cargo a un gendarme, ¿no me detendrán?

—Usted no aporta pruebas, señor Gerbier. Solo argumentos y sospechas.

—Argumentos y sospechas, eso basta para llevar a muchos sospechosos a juicio y luego a prisión. ¿Por qué no a ella?

La respuesta entró en la sala, flanqueada por dos agentes de policía: sonrosada, afable, frágil, Lily Barbarin, tan delicada como una porcelana, el rostro festoneado de finas arrugas, caminaba con pasitos comedidos, viva imagen del encanto y la solicitud, dotada de un crédito indestructible de adorable abuelita.

«La tía se camela a todos esos cenutrios incapaces de ver más allá de las apariencias», pensó Fabien. Frunciendo el ceño y adelantando la barbilla, desafiante, la miró con animosidad. A diferencia de los demás, estaba convencido de su culpabilidad: se las había visto con ella desde los dieciocho años.

* * *

Moïsette estaba tranquila: Fabien no se había ido de la lengua.

Lily había vuelto a casa —la abuela se recuperaba de un amago de infarto— y no había cambiado de comportamiento con su gemela; seguía teniéndola

de confidente, confesándole sus vacilaciones, sus alegrías, sus expectativas. Moïsette, consciente de que disfrutaba de una libertad condicional que podría serle retirada en cualquier momento, se mostraba sumamente amable. Tal vez tratase de compensar su felonía, incluso de borrarla.

Todas las noches a las doce, Lily se reunía con Fabien. Desde la ventana por la que veía a la pareja desaparecer en la oscuridad, Moïsette sabía ahora dónde y cómo se desarrollaban sus encuentros.

Desde su noche en los brazos viriles, Moïsette se sentía más cerca de su hermana, la entendía mejor y se celaba menos de ella. En el fondo, Fabien no le gustaba; con ocasión de su cita, había paladeado sobre todo la violencia de las sensaciones. Él había sido el instrumento de su emancipación, no la causa. Se había servido de él. Nada más. Aunque conservaba un recuerdo agradable de su cuerpo y sus caricias, lo despreciaba por su pobreza de espíritu, por la perfidia de su actitud y por portarse como un granuja con Lily.

En opinión de Moïsette, Fabien había cometido una falta: había engañado a sabiendas a su hermana. No se la merecía. A cualquiera que le hubiese objetado que ella también había actuado mal, le habría replicado que ella no era una robahombres. No, ella no había incitado a Fabien a la traición, porque ella había fingido que era Lily. La cosa no habría pasado a mayores si él no se hubiera empeñado en acostarse con ella después de haberla reconocido; ahí comenzaba la villanía.

En algunos momentos, Moïsette se hallaba tan en armonía con su gemela —una mujer como ella, que conocía la piel del hombre, el olor del hombre, el sexo del hombre en su vientre— que ardía en deseos de confiarse a Lily. Sí, aspiraba a expresar su alegría, a compartir su éxtasis. Por desgracia, eso implicaba confesar cómo había llegado a ello. Moïsette callaba, pero odiaba a Lily por reducirla al silencio. «Ella me lo ha contado todo con detalle, y yo tengo que mantener la boca cerrada. ¡Qué injusticia!» Cuando Lily se echó a lloriquear ante la idea de que el final de las vacaciones la privaría de Fabien, Moïsette le puso los puntos sobre las íes:

—¿Estás de broma, Lily? ¿Cómo vas a tontear con ese chico después del verano?

—Le quiero.

—¿Y él te quiere?

—Pues claro.

—¿Te lo ha dicho?

—Sí.

—¿Cuándo?

—Al principio.

—Al principio. ¿Y ahora?

—Pues... no.

—Al principio, para acostarse contigo. Luego ya no. ¿No te parece curioso?

—No necesita decírmelo, me lo demuestra.

—¿Cómo?

Lily parpadeó, sonrojándose.

—Ya sabes...

Moïsette miró hacia otro lado. ¡Y tanto que lo sabía!

La ruptura resultó laboriosa. Cada vez que Fabien le explicaba que tenían que separarse, Lily le imploraba. Como él sucumbía, reanudaban la historia y Lily creía haber ganado.

El 4 de septiembre, Fabien se fue a Lyon para comenzar su último año en el liceo Edouard Herriot. Lily lloró tanto que Fabien se dignó regresar —dos sábados— a Saint-Sorlin. A pesar de que volvió a decirle que su relación era agua pasada, sus cuerpos jóvenes saltaron el uno sobre el otro e hicieron el amor una y otra vez.

Moïsette estaba furiosa. A Lily le aconsejaba rechazar a un chico que ya no la quería. A sí misma se confesaba que el peligro solo se desvanecería cuando Fabien hubiese desaparecido de su vista.

—Escúchame, Lily. No puedes seguir alargando esta historia... ¡No ves cómo sufres! Déjalo de una vez por todas, sin discutir, y no vuelvas a verte con él. Fue tu primer amor, pero fue un amor de verano.

—Tienes razón —admitía Lily entre sollozos.

Un sábado de octubre, Lily se inventó un cumpleaños de una amiga para justificar su ausencia y se fue en autobús a Lyon para reunirse con Fabien. Sorprendido, aunque lo hubiese avisado, dejándose engatusar, volvió a acostarse con ella, esta vez en su cuarto de adolescente, bajo los pósteres de futbolistas. Después del aturdimiento del placer, cuando ella le rogó que

volviese a Saint—Sorlin, se puso a gritar como un energúmeno:

—¡Ya está bien! ¡Déjame en paz! ¡Estoy harto de las hermanas Barbarin!

Como si la hubiese mordido una víbora, Lily replicó:

—¿Las hermanas Barbarin? ¡Anormal! Yo no soy las hermanas Barbarin, ¡soy Lily!

—Ah, ¿sí? No todas las noches...

—¿Cómo?

—¡Sois un par de desvergonzadas!

—¿Perdona? Me das la lata durante semanas para que me acueste contigo, yo cedo, pasamos momentos fantásticos y, como recompensa, ¿me rechazas llamándome desvergonzada?

—¡Exactamente, desvergonzada! ¡Y tu hermana igual que tú!

—¡Y dale con mi hermana! ¡Moïsette no tiene nada que ver contigo! Por suerte para ella, dicho sea de paso... Porque mezclarse con un tipo como tú no se lo deseo a la pobre.

—¡Ella no piensa lo mismo!

—¿Cómo?

—¡Comiendo! A tu hermana le va la marcha.

—¡Qué estupidez! ¿Insinúas que mi hermana se acuesta con tíos?

—No, con un tío.

—¿Un tío?

—¡Un tío!

—¿Y quién es, si puede saberse?

—Ji, ji—«Ji, ji...» ¡Gilipollas! Ella me lo habría dicho, ¡so memo!

—No lo creo.

—Nosotras nos lo contamos todo.

—¿De verdad?

—Por supuesto.

—Ah, ¿sí?

—Que te aprovechen tus maledicencias: ¡mi hermana me lo cuenta todo!

—¿Y no te dijo que se había acostado conmigo?

Lily recibió la pregunta como un puñetazo en el estómago. Se quedó grogui, anonadada.

Entonces, con una crueldad meticulosa, Fabien le contó con pelos y

señales lo que había sucedido. Aunque al principio se resistió, luego sufrió en silencio hasta que él hubo concluido la historia.

Moïsette tenía razón cuando le predijo a Fabien que Lily rompería con él tan pronto como le contase lo sucedido la noche de marras: después de aquella crónica minuciosa, recogió sus cosas y, sin dirigir una sola palabra a Fabien, dejó el apartamento con el rostro demudado y se subió al último autobús que la llevó de vuelta a Saint—Sorlin.

Cuando llegó a casa, fue al baño, se tragó las treinta pastillas que había en el botiquín, se encerró en su habitación y, con los cabellos peinados y la ropa pulcramente alisada, se acostó en la cama a esperar la muerte.

Afortunadamente, Moïsette, que la había oído regresar, se preocupó porque su hermana no la había buscado para contárselo todo, como solía. Una hora más tarde, llamaba a su puerta.

La falta de respuesta la alarmó. Insistió, giró el pomo, se arrojó contra la puerta, que no cedió, entonces suplicó y, al no obtener reacción alguna, gritó. Nada se movió en la habitación de Lily.

Moïsette bajó las escaleras como una exhalación para avisar a su padre, que echó la puerta abajo, encontró a Lily inconsciente y llamó a la ambulancia.

Lily fue salvada por el equipo médico.

Aunque sus padres atribuyeron su gesto a un desengaño amoroso, Moïsette adivinó que se trataba de algo mucho más grave: a la indiferencia de Fabien había que añadir la felonía de Moïsette.

Se culpó por ello.

Mucho.

No durante mucho tiempo, porque culparse la incomodaba. Poco dada al remordimiento, en absoluto dispuesta a tirar coces contra sí misma, Moïsette plantó cara a la culpabilidad, buscó circunstancias atenuantes, las enumeró, acusó a su madre, a su padre, a su abuela, a Fabien y luego, para purgar su desasosiego, la emprendió con su víctima porque, una vez más, Lily concitaba toda la atención, convirtiéndose en el centro del universo. A despecho de su vergüenza, Moïsette maldecía a su hermana.

Sus padres le propusieron que fuese con ellos al hospital.

—¡No! —gritó.

Ante el estupor de sus progenitores, se vio obligada a justificarse:

—No tengo fuerzas todavía. Me da demasiada pena.

Sus padres se plegaron a sus deseos. Al día siguiente, insistieron y les contestó de malos modos, añadiendo lágrimas a la cólera dos días después; por último, amenazó con cortarse las venas si no cejaban en su empeño.

Una semana después, Lily reclamó la presencia de su hermana.

Falta de pretextos, Moïsette entró en la habitación del hospital, cabizbaja, las mejillas encendidas, más lánguida que un prisionero conducido a la picota. Las paredes de color blanco roto creaban una atmósfera extraña, como si un sol que antaño las iluminase se hubiera apagado. Lily, en camisón, descansaba en un lecho de voluminosos y brillantes cromados, impresionante.

Miraba a su hermana acercarse.

Moïsette se quedó paralizada cuando sus ojos se encontraron. Dejó de respirar.

—¿Sabes que lo sé? —dijo Lily con un hilo de voz.

Moïsette humilló la frente en señal de asentimiento. Lily suspiró.

—Te lo figurabas. ¿Por eso no venías a verme? ¿Te daba vergüenza?

Las lágrimas rodaron por las mejillas de Moïsette.

Lily destapó una mano bajo las sábanas y asió la muñeca de su hermana.

—Te perdono.

Moïsette percibió la untuosa inflexión de la frase —su piel estaba helada, mientras que la de Lily difundía calor—, pero no la entendió enseguida.

Lily insistió:

—Eres mi hermana, te perdono.

Moïsette levantó la cabeza, como el condenado a muerte que no puede creer que el verdugo hubiese arrojado lejos su hacha.

Lily sonrió con esfuerzo, lentamente.

—Un chico no va a separarnos, nunca...

Moïsette la miró con estupor. Lily añadió:

—¡Y menos, ese!

Las gemelas rompieron a reír, una risa gutural, dolorosa, un desgarramiento sonoro que ahuyentaba la angustia, la decepción, el miedo y la soledad. Moïsette se arrojó en brazos de su hermana y sollozó

interminablemente.

Lily quería a su gemela. La quería como era, con sus defectos, sus celos, su deseo inmutable de apropiarse de lo que poseía su hermana mayor, propensa a la perfidia, al robo, al crimen. Allí estaba Moïsette sufriendo más que ella. Lily adivinaba que su hermana se comportaría siempre mal. Moïsette era incorregible. A los dieciocho años, ya no aspiraba a cambiarla, solo quería disculparla, protegerla.

De vuelta en casa, se recuperó rápidamente, como si el irreflexivo intento de suicidio le hubiera permitido reflexionar. Despejadas las nieblas de la pasión, analizó la situación con sagacidad: no perdonó a Fabien porque, en el fondo, nunca lo había amado; perdonó a Moïsette porque la quería. En el futuro, se prometió a sí misma que no confundiría el deseo con el auténtico amor. Había aprendido la lección para siempre... Le pareció haber accedido a la verdad por el error; a la prudencia, por la locura.

—Mi pobrecilla Moïsette...

Lily reflexionó, convencida de que su presencia no mejoraría el carácter de Moïsette. Abocada a una confrontación perpetua que no la dejaba destacar, su hermana menor atravesaba las etapas ordinarias de la vida con más amargura que los demás. Sin su gemela, Moïsette no se tambalearía bajo las críticas, seguiría un camino menos accidentado.

Esta conjetura estremeció a Lily. Repasó mentalmente su historia y se juzgó responsable de las perversidades de su gemela. Peor aún, ¡culpable! «Nadie obra mal voluntariamente», la máxima socrática que el profesor de filosofía le había propuesto como tema de disertación resonó en su mente: Moïsette no era mala ni por naturaleza ni por intención, lo era a causa de Lily.

Sintiéndose culpable, Lily se mostró muy cariñosa con su gemela durante meses, hasta el punto de que Moïsette, aliviada, comenzó a olvidar su fechoría y se reconcilió consigo misma.

En junio, se examinaron de bachillerato: Lily, sobresaliente; Moïsette, suspenso. El examen marcó el final de la adolescencia. Iban a integrarse en la sociedad, a hacerse un lugar en ella. Moïsette anunció que había solicitado un trabajo de camarera en el hostel de Bresse, no lejos del pueblo, en la Ruta de

las Truchas. Después de un mes de silencio, Lily confesó a sus padres que quería estudiar Derecho en Lyon.

La noticia los desconcertó: hasta ese momento, Lily no había hablado de ningún proyecto de futuro y las gemelas habían seguido el mismo camino.

Luego, los Barbarin consintieron y prometieron su apoyo financiero. Moïsette no acogió esa elección con entusiasmo: la perspectiva de ver alejarse a Lily la angustiaba. Taciturna y compungida, dejó de comer durante varios días.

—¿Estás triste, Moïsette?

—Lily se va, mamá.

—Pobrecita mía...

—Quiero a mi hermana —suspiraba Moïsette.

Naturalmente, Moïsette llamaba cariño a esa larga costumbre que tenía de su hermana, su contigüidad física, su proximidad animal; llamaba cariño al hecho de referirse a ella constantemente; llamaba cariño a su bienestar al lado del ser que nunca la rechazaba; llamaba cariño a su envidia, a su lujuria, a su rencor, a sus deseos de venganza, a sus ramalazos de agresividad; llamaba cariño al odio enconado hacia su hermana mayor.

Bajo su apariencia de depresión disimulaba un berrinche monumental. Mira tú por dónde, una vez más, Lily se descolgaba con un papelito de estrella: y venga otra vez a preocuparse todo el mundo por ella, a gastarse el dinero en ella, a lanzar grititos de admiración por ella. Moïsette veía anticipadamente el desarrollo de los acontecimientos en los años venideros: eclipsada por los estudios superiores de su hermana, volvería a la sombra, sería otra vez esa de la que no se hablaba, «la otra».

Por su parte, Lily había tomado la decisión tanto por su vida como por Moïsette, convencida de que su ausencia liberaría a su gemela, quien afrontaría su destino libre de comparaciones.

Las chicas se separaron y les vino de perlas.

Lily aprendió a espabilarse en una metrópolis, Lyon, «la ciudad doble» pero templada, donde dos colinas, Lourvière y La Croix—Rousse, se reflejan en sendos cursos de agua. Aislada al principio, la joven se encontró enseguida

rodeada de estudiantes atraídos por su radiante personalidad. Varios chicos intentaron ligar con ella; ahora bien, escaldada a raíz de su desengaño con Fabien, ansiosa por dedicar su energía al Derecho, los mantenía a raya mientras esperaba al indicado.

En el hostel de Bresse, Moïsette brilló como camarera, una labor pragmática que le iba y que cumplía con brío. A diferencia de su hermana, con mucho más tiempo libre y más curiosa por los hombres, multiplicaba sus aventuras. Del mismo modo que en la cocina probaba los platos que llevaba al comedor, cataba a los hombres fuera de sus horas de trabajo. Dirigía el juego con discreción y eficiencia, determinando el inicio y el final, controlando sus inexistentes sentimientos, buscando conocer y comprender mejor la fauna masculina.

Cuando las dos hermanas se encontraban de nuevo, era Moïsette quien tenía un montón de historias que contar, lo que regocijaba a Lily y la reafirmaba en lo acertado de su decisión al haberse ido: su hermana se asentaba.

En su fuero interno, sin embargo, Lily añoraba Saint—Sorlin, su florido pueblo, habitado por rostros familiares, sus empedradas callejuelas mil veces recorridas, su recoleta protección. En su estudio encaramado en lo alto de un rascacielos, acechada por el vértigo, pensaba en sus padres, en cuánto añoraba los juncos a orillas del Ródano —en Lyon, el río solo lamía los diques rocosos—, los gatos dormidos en las tapias, los perros amistosos en libertad, los herrerillos gorjeando como alcahuetas, las golondrinas que descendían para avisar de la tormenta, los tiernos caracoles invadiendo los setos después de la lluvia, los borriquillos de ojos lánguidos, las vacas que saludaban al paseante con un mugido... En el fondo, Lily sentía muy poca pasión por su carrera de Derecho; llevaba concienzudamente sus estudios por el camino que una tarde de verano había emprendido para ceder su lugar a su hermana. Seguía estudiando más por coherencia que por gusto.

Un día de especial melancolía, confió imprudentemente su amargura a una amiga, que al día siguiente le contó la conversación a Moïsette. Olvidando la reciente tregua, la joven reaccionó furibunda. ¿Cómo? ¿Su hermana dándose las de mártir? ¿Su hermana presumiendo de sacrificada? ¡Hipócrita! Se comía el dinero de sus padres para sus estudios, conseguía una posición social gracias

a sus títulos, se codeaba con intelectuales, ¿y encima había que compadecerla? ¡Pero qué desfachatez! ¡Qué caradura!... Ella, Moïsette, ¡no era una carga para nadie! Si vivía con sus padres era porque contribuía a los gastos de la casa, y ayudaba en las tareas comunes. Lily volvía —¡cuándo volvía!— agotada de Lyon, como una princesa, y todos pendientes de que descansara. Pero ¿quién se cansa tanto a los veinte años? ¿Leer libros mata a alguien? ¿Escuchar a un profesor te deja para el arrastre? Si Lily moviese el culo, si corriese de una punta a otra del hostel con platos quemando sus manos, se entendería su agotamiento; si tuviese que enfrentarse a los clientes que protestan porque habían especificado «trucha a la plancha» y no «a la molinera», o porque su tía Zoé no preparaba así las natillas con merengue, entonces sí que habría que compadecerla. ¡Pero en Lyon! ¡A gastos pagos, viviendo en un estudio con vistas a la Part—Dieu!

Los viejos demonios se apoderaron de Moïsette. Tres años de calma no la habían cambiado, echaba pestes contra su hermana. Cuando volvió a verla, no lo demostró, pero comprobó, haciendo preguntas hábiles en un tono banal, hasta qué punto su amiga decía la verdad: a Lily no le gustaba vivir lejos de los suyos y de Saint—Sorlin.

Más que lástima por ella, sintió rencor. Lily se esforzaba por amor y eso era lo que a Moïsette la horripilaba. ¡Ella jamás lo habría hecho! ¡Jamás se habría impuesto una obligación como esa! ¿A santo de qué?

Moïsette pensó en ello durante semanas y se rindió a la evidencia: ella jamás se habría sacrificado porque no sentía ningún apego. Ningún afecto la inclinaba a preferir a su hermana en lugar de a sí misma. Al contrario. Y eso fue precisamente lo que la escandalizó: descubrir que Lily la quería, mientras que ella no quería a su hermana mayor.

—¡Zorra!

Espontáneamente, recuperó el exabrupto que había pronunciado hacía tanto tiempo, la noche de agosto en que Lily se había escapado en la motocicleta de Fabien Gerbier.

—¡Zorra!

Ese monopolio del amor ¿no era acaso una nueva forma de alzarse Lily al primer puesto, el de la hermana fiel, la gemela abnegada, la perfecta, la superior?

Ese amor infravaloraba a Moïsette, que no lo compartía. La manchaba. La volvía atroz, miserable, lastimosa. La rebajaba, como todo lo que procedía de su hermana mayor desde siempre. Abominaba de ese amor.

Ignorante de los pensamientos que inquietaban a su hermana menor, Lily empezó su tesina de Derecho y se enamoró de Paul Denis, un estudiante brillante y sin blanca, quien, desde sus gafas de pasta hechas trizas, la miraba como una estrella inaccesible, aunque él midiese dos metros.

La llegada del larguirucho dio la voz de alarma a Moïsette: debía reaccionar e impedir que su hermana la adelantase.

En su colección de examantes, de amantes actuales y de futuros amantes, buscó quién la valoraría más en caso de matrimonio. El examen deparó un vencedor, el candidato Xavier Forêt, cuya familia pertenecía a la alta burguesía —los Forêt tenían intereses en los supermercados de la región—, es decir, el heredero de una fortuna.

Astuta, capaz de poner a cualquier hombre a sus pies, Moïsette se las ingenió para atraer a Xavier Forêt, lo encendió, lo avivó, lo atizó, lo escaldó, lo rechazó y volvió a inflamarlo hasta que logró arrancarle una propuesta de matrimonio.

Aquel domingo por la noche, burbujeó el champán en el hogar de los Barbarin. Lily había terminado Derecho y Moïsette decía adiós a la restauración puesto que se casaba con un rico heredero. ¡Qué éxito!

Se rieron, bebieron, volvieron a reír y volvieron a beber. En medio de aquella euforia, Lily confesó ruborizada a sus padres que ella también quería casarse con el hombre de su vida, Paul Denis.

—¿Qué hace? —preguntaron sus padres.

—Estudia Derecho.

Los ojos de Moïsette centelleaban mientras saboreaba la escena que había previsto.

—¿Y sus padres?

—Fallecidos.

—¿Cómo?

—En un accidente aéreo.

—¿Tiene familia?

—No.

—¿No?

—No.

—¡Hay gente que tiene la negra! —concluyó la madre con repelús, como si el huérfano hubiera matado a sus progenitores.

El padre le dio una patada bajo la mesa para interrumpirla, pero, igualmente desconcertado, tardó treinta segundos en reanudar la conversación con una mueca gélida:

—¿Quién financia sus estudios?

—Nadie. Tiene una beca.

—Ah...

—Y trabaja de vigilante nocturno en un parking para pagarse el alojamiento.

Mientras la voz de Lily languidecía, Moïsette se regocijaba por dentro.

La madre se aclaró la garganta y logró balbucear:

—Tiene su mérito...

Moïsette descorchó otra botella de champán con entusiasmo, y se dirigió sonriente a la familia:

—¿Un poco más de espumoso? Bueno, llamarle espumoso... ¡Dom Pérignon! ¡Un día es un día! Podemos abusar un poquito, ¡Xavier me ha enviado una caja de doce! ¿Quién quiere?

El cosquilleo de las burbujas rellenó el silencio consternado de los padres, que no se atrevieron a oponerse a Lily frontalmente.

—¿Qué títulos tiene?

—Acaba de terminar cuarto, como yo. Pero llegará mucho más lejos, es muy brillante.

—¿Dentro de cuánto tiempo?

—Tres o cuatro años... Oh, papá, mamá, nos queremos.

Las caras de los Barbarin eran un poema. Moïsette se regodeaba por su angustia, casi oyéndolos pensar: «¿Cómo? Moïsette nos trae el mejor partido, mientras que nuestra Lily, en quien tanto hemos invertido, se encapricha de un becario huérfano cuyo futuro es incierto... ¡Si lo hubiéramos sabido...!».

Moïsette los dejó reconcomerse un rato más y luego propuso con alborozo:

—¿Y si nos casásemos el mismo día?

—¿Cómo?

—¿Qué?

Haciéndose los sordos, sus padres la miraban sin querer entender.

—Propongo que Lily y yo nos casemos con nuestros prometidos el mismo día.

Lily miró atónita a su hermana. Moïsette se arrojó en sus brazos y la estrechó tiernamente.

—Me gustaría mucho, Lily. ¡Imagínate! ¡Nacidas el mismo día, casadas el mismo día! Sublime, ¿no?

Lily se deshacía en lágrimas de agradecimiento: Moïsette la ayudaba a imponer a Paul a sus recalcitrantes padres, Moïsette luchaba por ella.

—Por favor, Lily, ¡hagamos una boda conjunta!

—Oh, eso me colmaría de felicidad...

Conmovidos por la emoción de las gemelas, los padres se encogieron de hombros, se tragaron sus exigencias y, a regañadientes, se resignaron a obedecer.

Los dobles esponsales constituyeron un acontecimiento que satisfizo con creces la crueldad de Moïsette.

La diferencia entre las dos parejas se hizo patente a ojos de todos: quinientos invitados por parte de Moïsette y Xavier Forêt, treinta por parte de Lily y Paul Denis. Regalos deslumbrantes —plata, cristalería, porcelana, muebles de estilo— para los primeros, agasajados por todos los industriales que comerciaban con los Forêt; libros y discos ofrecidos por sus compañeros de carrera para los segundos.

Si las novias llevaban vestidos de boda de similar categoría —pagados por los padres Barbarin—, Moïsette resplandecía con joyas y se rodeaba de damas de honor muy esnobs y muy peripuestas.

«¡Hagamos una boda conjunta!», había implorado Moïsette.

De hecho, trataba de poner los dos matrimonios al mismo nivel, prestando la limusina a su hermana, proclamando *urbi et orbi* su agradecimiento a los Forêt por haber alquilado aquel castillo para los cuatro, incluyendo a su

hermana mayor en los lujosos extras. Moïsette se mostraba magnánima sin ningún esfuerzo. De hecho, su generosidad saciaba su mezquindad: cuanto más compartía su buena fortuna con Lily, más disfrutaba de su superioridad. Satisfecha, al anochecer rompió a llorar sinceramente frente a la gran orquesta de músicos de carne y hueso que amenizaba el baile, mientras se zambullía presurosa en los brazos de su suegro, con el fin de que a ningún invitado le quedase duda de quién había costeado semejante dispendio.

Nada de esto empañó el día de Lily, que en absoluto sospechaba la perfidia de su gemela. Bailó resplandeciente en brazos de Paul, el cual, más alto que su frac de alquiler, no impresionó a nadie salvo por su tamaño. Mientras que, al día siguiente, Moïsette partía de luna de miel a un safari por Sudáfrica, Lily y Paul se contentaron con quedarse en Saint—Sorlin, en el hogar de la infancia, jugando a las cartas con los padres, paseando de la mano por la orilla del Ródano o saboreando tartas de azúcar en las murallas de Péruges, la encantadora ciudad medieval que había atravesado los siglos milagrosamente.

Lo que siguió después testimonió la exactitud del plan elaborado por Moïsette. Las parejas comenzaron su vida conyugal, Paul y Lily en un apartamento minúsculo en Bron, para que Paul terminase sus estudios mientras Lily trabajaba como pasante; Moïsette y Xavier en una de las propiedades de los Forêt en Montalieu, una mansión de piedra gris y ladrillo rojo construida en el siglo XIX por un magnate enamorado de Versalles.

Moïsette triunfaba. Orgullosa de su éxito, nunca dudaba en exhibir sus privilegios, contando con todo lujo de detalles las recepciones a las que la invitaban; en resumidas cuentas, asumía con una consciencia codiciosa su papel de nueva rica. A menudo, al disparo dirigido a su hermana añadía el dardo de la compasión:

—¿Y qué tal la vida en Bron? ¿No es muy dura?

Se deleitaba con la desazón de Lily y no paraba de preguntar acerca de las dificultades que arrostraba la pareja.

—¿Crees que Paul acabará pronto sus estudios?

Y suspiraba ruidosamente.

—Es tremendo estudiar tanto y vivir tan poco. Yo siempre se lo digo a Xavier: tenéis mucho mérito.

A veces, Lily adivinaba que Moïsette disfrutaba apiadándose de ella, pero enseguida se reprochaba este pensamiento y, confusa, respondía con amabilidad a su hermana.

Los años fueron pasando.

A Moïsette le encantaba todo de su matrimonio, excepto su marido.

Es cierto que nunca se había hecho ilusiones con respecto a Xavier, al haberlo elegido como quien selecciona un automóvil, con sangre fría y discernimiento; lúcida en cuanto a su carácter pusilánime, consciente desde el principio de que aquel físico mediocre pregonaba a gritos su tendencia a la adiposis, no había sufrido la desagradable sorpresa de tener que inventariar defectos adicionales; como no se había equivocado ni con respecto a su familia ni a su fortuna, no lo lamentó. Sin embargo, se aburría. No de la vida que llevaban, sino de la obligación de llevar aquella vida con él. Arrastraba una pesada bola unida con grilletes a su pie. ¿Por qué no se ausentaba nunca?

Con frecuencia, se regañaba a sí misma: «¡Tranquila, Moïsette! Cualquiera otro tío te aburriría lo mismo, pero te mimaría menos». En resumidas cuentas, validaba la decisión tomada y se repetía hasta la saciedad que una tarea siempre lleva aparejada lo agradable y lo desagradable, y que todo esfuerzo tiene su recompensa. Su matrimonio le prodigaba alegrías —dinero, brillo social— y le costaba trabajo —la parte íntima—. Lejos de miradas indiscretas, se entregaba a sus deberes de esposa como una asalariada. «¡Uf, nadie sabe lo que me esfuerzo!», los embates con su marido la dejaban tan agotada que ni siquiera soñaba con el adulterio. Cuando Xavier la acariciaba, Moïsette ocultaba sus reticencias, se daba a él, sonreía, se sonrojaba, fingía, jadeaba. Habilísima, ejecutaba los gestos idóneos para que él se quedase satisfecho enseguida y se creyese un machote. Una vez resuelta la papeleta, contenta con los momentos de respiro, ni se le ocurría volver a hacerlo, ni con él ni con ningún otro. La frustración sexual la volvía absolutamente fiel.

Las dos hermanas llegaron a su trigésimo cumpleaños sin que ninguna concibiese un hijo.

Lily había excluido la posibilidad hasta que Paul hubiese acabado sus estudios. Y ahora que su marido se había convertido en uno de los fiscalistas internacionales más reputados, les llovían los contratos, formidables, sustanciosos. La pareja se benefició de los años peligrosos, y las vacas gordas

sucedieron a las flacas, la opulencia a la escasez. Trabajaban a destajo, en un amplio apartamento en la península de Lyon, pero se permitían los viajes a los que habían renunciado antes, se citaban por la noche como enamorados en buenos restaurantes, e iban los sábados y domingos a esquiar a la montaña o a nadar en el Mediterráneo.

Era el momento perfecto: Lily dejó de tomar la píldora.

Sin haberse puesto de acuerdo, Moïsette se abstuvo de tomarla igualmente, sintiendo que con los hijos consolidaría su unión.

Cuando las dos hermanas se lo confesaron la una a la otra, se rieron y, reanudando la complicidad de los primeros años, se mantuvieron al tanto de lo que sucedía en sus vientres.

Por desgracia, sus intentos fracasaron. En vista de que sus amigas les aseguraban que después de algunos años de anticoncepción el útero tardaba algo en volverse fértil, se armaron de paciencia.

Curiosamente, su acercamiento también se produjo en el plano social. A medida que Lily y Paul prosperaban, Moïsette y Xavier se empobrecían. Reveses en la bolsa, ventas inoportunas y transacciones arriesgadas habían erosionado la fortuna de los Forêt, obligándolos a reducir las asignaciones que entregaban a sus cinco hijos. Xavier mantuvo su tren de vida, dilapidando lo mismo, si no más, lo que lo obligó a pedir préstamos. Su endeudamiento alcanzó un nivel tal que llegó un momento en que no le quedó más remedio que recortar gastos escatimando en los regalos, vestidos y diversiones que le ofrecía a Moïsette, quien se subía por las paredes porque en el desahogo económico cifraba el apego que le mostraba a su marido.

Una mañana, Lily, triunfante, le anunció a Paul que estaba embarazada. Una hora más tarde, se lo contaba por teléfono a Moïsette, que simuló alegría, pero se sintió herida en lo más íntimo. ¡Otra vez se adelantaba la hermana treinta minutos mayor! El círculo infernal comenzaba de nuevo.

Pese a estar furiosa, experimentó un alivio inmediato: si su perfecta gemela podía quedarse encinta, ella también podría. Fisiológicamente, entonces, el problema no dependía de ella, sino de Xavier.

Una semana más tarde, engañó a su marido con el chófer, treintañero como ella, de buena planta como ella, casado como ella —nada de ataduras: ¡la adúltera sigue siendo íntegra, es una prestación sexual, ni sombra de

sentimientos!—. ¿Cometía una falta? No, cumplía con su deber: proporcionar una progenitura a la familia Forêt. Estaba tan convencida que casi le molestó estremecerse de placer entre los recios y musculosos brazos de su amante.

A los tres meses, Lily perdió el feto. La noticia reconfortó a Moïsette: se distanciaría de su hermana. El chófer tuvo que hacer horas extras y ella cedía de cuando en cuando a Xavier. «Primero, debe creer que el niño es suyo. Luego, tal vez, será suyo...» Cuanto más lo pensaba, más convencida estaba de actuar correctamente.

Cuando hubo superado la pérdida con la ayuda de Paul, Lily consultó a un especialista. El profesor Norpois examinó a la pareja, les hizo pruebas, corroboró los resultados y les anunció que no concebirían porque Lily no podía llevar a término un embarazo.

Lily y Paul recibieron la noticia afligidos. La vida les había sonreído hasta ese momento, luego esa melancolía los unió. Así como la hiedra enlaza a Tristán e Isolda en la tumba para la eternidad, su esterilidad los ligaba, era un signo de su destino, el compromiso de no separarse jamás. En su sabiduría, la naturaleza les había permitido conocerse y amarse.

Sin embargo, un pensamiento obsesionaba a Lily: debía advertir a su hermana. La misma imposibilidad afectaba a su gemela. Temía ese momento de confesión, sabiendo el dolor que iba a infligirle, y hubiera querido evitárselo a su hermana.

Esperó unos meses y luego visitó a Moïsette.

Con los nervios a flor de piel, Moïsette había despedido al chófer —que no había tenido más éxito que Xavier— y había empezado una relación con su kinesioterapeuta, un cuarentón casado y con cuatro hijos. Ocultó estos manejos a Lily y se sentó a tomar el té.

—Té blanco, ¿sabes? A Xavier se lo mandan de Tokio. Es un disparate de caro. La hebra a precio de caviar. Pruébalo, te va a encantar.

Solo le quedaban ese tipo de detalles para mostrar su superioridad sobre Lily y se aferraba a esas frivolidades como el náufrago a la tabla de salvación.

—Moïsette, hubiera preferido no decirte nunca lo que te voy a decir.

En su voz vacilante, en las aletas de la nariz temblorosas por el nerviosismo, en el brillo azulado de sus labios, Moïsette percibió que su hermana estaba pasando por un calvario. Se sentó atentísima, esperando a que

Lily anunciase una feliz desgracia. ¿Paul la había dejado? ¿Paul tenía una amante? ¿Un escándalo había arruinado su bufete? Se le hacía la boca agua...

—¿Sí?

Lily buscó el valor que necesitaba mirando en torno a ella. Al no hallar nada a que agarrarse, se inclinó hacia adelante.

—Soy estéril.

Moïsette, frente al espejo de su hermana, comprendió de inmediato la gravedad de sus palabras. Sin embargo, para concederse unos segundos de respiro, practicó la negación y fingió no comprender:

—¿Tú...?

—Soy estéril.

—Ah...

—Me he hecho todas las pruebas.

—Oh...

—Por lo tanto...

—¿Por lo tanto?

—Por lo tanto, tú también, hermanita.

Dictada la sentencia, Moïsette tenía que afrontarla. Sintió un inmenso vacío, le pareció que su carne se derrumbaba, roída por la nada interior. Durante un segundo, esperó perder el conocimiento.

Lily la observaba sin pestañear, una mirada misericordiosa, con las manos tendidas hacia ella, dispuesta a sostenerla.

Moïsette vaciló, constató con despecho que no se desmayaba, se imaginó un segundo dejándose consolar por Lily, y de repente, al verla más tierna y afectuosa que una *pietà*, sintió el regusto de la hiel en su boca. ¿Cómo? ¿Otra vez ella! ¡Todas las calamidades llegaban con este pájaro de mal agüero!

—¡Fuera!

—¿Cómo?

Moïsette se puso de pie, temblorosa, rubicunda, la boca deformada por la ira, y señaló a la puerta con un dedo rígido.

—¡Fuera! No vuelvas a poner los pies aquí nunca. ¡Nunca!, ¿me oyes?, ¡nunca!

—Pero, Moïsette, no he venido a hablar contigo con mala intención... Sé el dolor que te causa, porque lo he sufrido. He venido a decírtelo para que te

organices, para que informes a Xavier, para que...

—¡Fuera de aquí!

—Pero...

—Tú eres tú y yo soy yo.

—Mujer...

—Nada que ver.

Lily quiso protestar, convencerla de su buena fe, ofrecerle un abrazo consolador, pero Moïsette, que al principio se había quedado anonadada, reaccionó cogiendo cuantos adornos tenía a mano y los arrojó contra su hermana.

Lily huyó.

—¡Que te den! —rugió Moïsette.

En la hora que siguió, llamó al kinesioterapeuta, lo obligó a acostarse con ella y, para su sorpresa, experimentó el mayor orgasmo de su vida.

* * *

A Fabien Gerbier se lo llevaban todos los demonios. Recio, corpulento, vestido de tosca pana, con la cabeza cuadrada y robusta sobre los hombros, los ojos de lobo hundidos bajo los arcos de sus cejas hirsutas, miraba a los magistrados sin ocultar su desaprobación, como un marino que contempla la lluvia sin temer ser mojado por ella.

El espectáculo de este proceso le revolvió el estómago. Contaminado por las zalamerías de una vieja dama honorable, el tribunal se había puesto guantes para interrogar a Lily Barbarin, incluido el fiscal; cada vez que le formulaban una pregunta, la matizaban, dándole a entender que la brutalidad de la justicia lo exigía, pero que lo decían con la boca pequeña. Se le explicaba a la acusada por activa y por pasiva que no se la incriminaba y que se prestaban a una parodia de audiencia cuyo resultado (la absolución) era conocido de antemano.

—¡Por qué no le sirven un té con pastas, ya que estamos! —rezongó Fabien Gerbier.

Algo desconcertados por tantas formalidades, la media docena de espectadores acabaron por desinteresarse y la mayor parte se quedaron dormidos.

Algunos habitantes del pueblo acudieron a testificar, saludando con respeto tanto a Lily como al tribunal, y recordaron la complicidad que siempre había unido a las dos hermanas. También evocaron los últimos meses, haciendo hincapié en que Lily había gritado al descubrir el cadáver y que habían tenido que hospitalizarla —igual que hacía poco tiempo, a la muerte de su esposo—; que lloraba a lágrima viva cuando había entregado la ropa de Moïsette a los pobres, y que iba todos los miércoles a la tumba de su hermana, en Montalieu, donde se recogía largo rato.

Fabien sabía todo esto, incluso había seguido a Lily al cementerio, impresionado por aquella veneración semanal.

Lo habían recusado como testigo. ¿Qué tenía que decir? Nada, según los abogados de ambas partes. Primer amante de Lily —sesenta años antes—, apenas le había dirigido la palabra desde entonces. Tras haberse instalado en Saint-Sorlin recientemente, había abierto un taller de zapatero, oficio que desempeñaba más por afición que por necesidad, pues su retiro de agente comercial le garantizaba el sustento. Como los otros vecinos, había visto a las dos hermanas ya mayores viviendo juntas en casa de sus difuntos padres. Como los otros vecinos, había observado que Moïsette martirizaba a Lily, la insultaba, la llenaba de improperios y recriminaciones y la sometía en público a incómodas situaciones; y también, como todos los vecinos, había notado la resignación, la clemencia y la caridad de Lily. Parecía que nunca había dejado de querer a su odiosa hermana y, en nombre de ese cariño, la perdonaba cada vez.

«¡Y se quedan tan anchos! Se niegan a creer que se hartó y se ha vengado». Fabien cifró sus esperanzas en el perito. Él confirmaría que Moïsette no había caído accidentalmente al fondo del jardín, que Lily la había empujado.

El perito enumeró sus títulos y respondió a las preguntas del juez. Describió el pozo al fondo del jardín, en casa de los Barbarin, un pozo que, según la documentación consultada, databa del siglo XVII.

—¿Hay constancia, en tres siglos, de que alguien hubiera caído allí?

—No.

—¿El pozo representa un peligro?

—Peligroso, no sé. Profundo, es evidente. La capa freática no aflora más que a diez metros por debajo. Además, había escasez de agua en el momento de los hechos. Un agujero tan profundo se vuelve mortal en caso de caída.

—¿Se puede empujar a alguien en él?

—Tranquilamente, porque el brocal no es muy alto. Mide sesenta centímetros. Justo por encima de las rodillas. Hay que sentarse para sacar el agua.

—Lo que significa que quien así sentado perdiese el equilibrio caería fácilmente en el pozo.

—Exacto.

El fiscal se empinó y señaló con un dedo acusador al techo.

—Lo que significa, señor juez, que quienquiera que fuese empujado caería en el pozo.

—También —concedió el perito.

—Ese pozo proporciona el medio ideal de deshacerse de alguien...

—¡Cierto!

—... y permite hacer pasar un crimen por accidente.

Fabien Gerbier recobró la esperanza. El fiscal despertaba, asumiendo por fin su papel de acusador, presentando las pruebas de cargo.

El fiscal continuó:

—Tan simple, pues, como camuflar un asesinato en caída fortuita. Siempre que, por supuesto, haya un móvil... Cosa que no hemos discernido hasta ahora, y que usted, experto en el tema, tampoco nos aporta.

El perito asintió con una sonrisa. Los magistrados, de común acuerdo, dirigieron una mirada benévola a Lily, no fuese el caso que hubiera estado preocupada unos segundos.

Fabien Gerbier apretó los puños: la complacencia iba en aumento. Habían decretado a Lily de antemano «no culpable». Al borde de un ataque de nervios, se levantó e interpeló a la sala:

—¿Cómo se explican que Moïsette, que conocía ese espantoso pozo desde niña, no haya desconfiado?

Lily lanzó una mirada de pájaro inquieto sobre Fabien, luego sus pupilas emitieron una luz fría, casi asesina, que abandonaba la serenidad de una

inocente. Él la percibió con claridad.

—¡Mírenle la cara! —gritó—. La han visto como yo: ha dejado su papel de santurrón.

El tribunal se volvió hacia Lily Barbarin, y no halló más que a la anciana de buenas maneras y honorable de costumbre. Entonces el juez exclamó irritado:

—¿Quién es ese individuo? ¡Sáquenlo de aquí! No se interrumpa el trabajo del tribunal.

Fabien Gerbier comprendió que había fracasado. Su temperamento sanguíneo le había jugado una mala pasada, había perdido los estribos y la credibilidad, ya no lo escucharían. Se lanzaron sobre él, se resistió por reflejo y luego dejó que lo expulsasen.

¿Se había vuelto loco? Cuando, arrastrado por los alguaciles, pasó frente al banco de Lily Barbarin, entrevió un rictus burlón en sus labios.

* * *

Moïsette se mantuvo en sus trece: desde la tarde en que su gemela le había revelado su probable infertilidad, se negó a verla, incluso en casa de sus padres. La desavenencia tomó carácter oficial.

Por delicadeza, Lily no le contó a nadie el altercado que había causado su ruptura, convencida de que solo era el dolor lo que volvía a su hermana desdichada, injusta e intransigente. Le hubiera gustado abrazarla, tranquilizarla, asegurarle que podría realizarse sin tener hijos, una perspectiva de la que ella y Paul se habían convencido, pero respetó su desmedido sufrimiento y esperó con resignación.

Moïsette vivía con un timbre de alarma conectado al cerebro. Siempre en guardia, como una fiera que escruta diez veces a su alrededor para abreviar, se estremecía tan pronto como una mirada se demoraba en ella, temerosa de que alguien detectase su secreto; olfateaba a las personas que se le acercaban, especialmente a las mujeres, desarrollando un sentido del olfato selectivo que alejaba a los espíritus sutiles. Con los hombres, su sexualidad se exacerbaba,

sacudida por el miedo, reavivada por la ansiedad, y coleccionaba amantes con un frenesí que era más desesperación que deseo.

Preocupada únicamente por sí misma, Moïsette no se dio cuenta de que su marido viajaba más, se matriculaba en cursos —él, el rentista ocioso— y la abrazaba con menos frecuencia. Lo despreciaba tanto que creía poseerlo.

Una llamada telefónica la sacó de su ignorancia. Una mujer llamó a casa con voz torpe y arrulladora y colgó tan pronto como escuchó la voz de Moïsette. Moïsette pulsó la tecla de rellamada, y tras pronunciar un «Hola», percibió un silencio de pánico.

Estuvo a punto de romper el auricular. «No solo se ha echado una amante —pensó—, sino que es una putilla barata incapaz de fingir un error». Los días siguientes los dedicó a observar a ese esposo al que tan poca atención prestaba. Había adelgazado, cambiado de colonia, de estilo de ropa y silbaba todo el día. La evidencia la sumió en la consternación: ¡era feliz!

Se miró en el espejo: ella también había cambiado. Sus rasgos se descolgaban, un rictus de amargura marcaba las comisuras de su boca, el ceño fruncido hasta parecer cejijunta, y los iris claros de sus ojos rechazaban la luz en lugar de acogerla. Palpando su cuello, su pecho y sus caderas, constató, en la piel fina y en los huesos salientes, que su cuerpo se había secado, la carne absorbida por un furor íntimo.

Ante semejante desastre, encontró inmediatamente su papel: el de víctima. Se pasó la semana entera reuniendo pruebas de que Xavier le ponía los cuernos, borró las que podían descubrir sus deslices, contrató a un detective privado durante un mes, y luego, armada con el dossier, y al borde del llanto, desembarcó en casa de sus padres para pregonar su desgracia de mujer engañada.

Los Barbarin reaccionaron como esperaba, asintiendo a coro cuando pronunció la palabra *divorcio*.

Al día siguiente, le contó a Xavier lo que sabía. Poco segura de sí misma al principio, porque se preguntaba si él sospechaba sus infidelidades, vio el horizonte despejado cuando verificó que las ignoraba, y exigió la separación. «¡Te va a costar caro, ricura!» Los abogados se aferraron al dossier y el divorcio derivó en guerra comercial.

En el transcurso de las negociaciones, Lily expresó el deseo —a través de

sus padres— de testimoniar su conmiseración hacia su hermana. Convertida en el centro del universo, dueña y señora de los acontecimientos, Moïsette condescendió y las gemelas se telefonearon.

—Lo siento en el alma por ti —dijo Lily—, y estoy muy decepcionada con Xavier.

—Los hombres, ya se sabe.

—No los metas a todos en el mismo saco.

—Piensan con el rabo.

—¡Cuánto lo siento, hermanita! Hacerte eso a ti, ¡con lo que lo amabas!

Moïsette tuvo que reprimir una carcajada: ¿de dónde sacaba su hermana semejante idea? Ah, claro, de sí misma: como amaba a Paul, se imaginaba que ella estaba enamorada de Xavier. Decididamente, Lily no entendía nada, solo proyectaba.

—Confía en ti misma —continuó Lily—. Eres guapa y seductora. Si ese te ha dejado, otros hombres se fijarán en ti.

«¡No me digas!», pensó Moïsette, que se divertía con esta conversación.

—¿Puedo hacerte una pregunta delicada?

—¿Sí?

—¿Lo perdonarías?

Moïsette sintió un vacío por dentro. Nunca había pensado en ello. Reinó el silencio hasta que fue roto por la voz insistente de Lily:

—¿Hola? ¿Sigues ahí?

Moïsette se tomó su tiempo.

—¿Eh...?

—Que si me has oído.

—Te he oído.

—Moïsette, podrías perdonarle... su indiscreción. Si no reincide...

—Me ha traicionado.

—Sí, pero...

—Me ha mentado.

—Sí, pero...

—Ha pisoteado nuestras promesas.

—Sí, pero...

—Acuérdate de lo que juramos en la iglesia, una al lado de otra:

¡fidelidad!

—Errar es humano, Moïsette.

—¡Humano, no conyugal!

—Si lo amas, Moïsette, si lo amas... puedes perdonarlo.

Moïsette golpeó el suelo con los pies mientras sus dedos se crispaban en el auricular hasta ponerse amarillos. «Vuelta a empezar. Otra vez erre que erre, venga a explicarme que no tengo corazón...» Colgó el teléfono.

El divorcio fue un cúmulo de decepciones. En primer lugar, Moïsette descubrió por primera vez que su marido rozaba la bancarrota —incluso la mansión estaba hipotecada—. A continuación, el chófer—amante a quien había despedido —como amante y como chófer— se vengó contándole a Xavier. Y, por último, dado que ella rompía más brutalmente con los hombres que cuando oficiaba en el hostel de las Truchas —porque la opulencia la había dotado de arrogancia—, temía que esa indiscreción desencadenase otras —cosa que sucedió—. La colección de amantes acudió a testificar. Desenmascarada, sojuzgada por la familia política que siempre había acogido con frialdad a la intrusa, al término de humillantes peripecias perdió a su marido, sus bienes y su tren de vida; además, al no haber concebido ningún hijo, solo obtuvo una mísera pensión alimenticia con carácter provisional.

Lejos de sentirse culpable, se consideró una víctima y, compadeciéndose más que nunca de su suerte, volvió a casa de sus padres en Saint—Sorlin. Allí, accedió a ver a Lily de nuevo, quien la compadeció con franqueza, ignorante —igual que el resto de la familia— de las fornicaciones que le habían costado a Moïsette su matrimonio y su divorcio.

Moïsette buscó un empleo sin mucho convencimiento, pero se dio al juego con diligencia. Rechazando los juegos de pronósticos —carreras de caballos y apuestas deportivas— que requerían información, o juegos de cartas que exigían estrategia, optó por entregarse al azar. A los equipos, caballos, o púgiles, prefirió lo Desconocido, el Misterio, lo Imprevisible. Como disponía de un exiguo presupuesto, no cruzó la puerta de los casinos, pero se acostumbró a frecuentar los quioscos de prensa y tabaco donde compraba billetes de lotería y tarjetas de rasca y gana. Llamaba a las puertas de la suerte

que acababa de abandonarla, saboreando la espera que multiplica el placer.

Cerca de Lyon, Lily y Paul se habían construido una villa moderna de amplios ventanales con vistas a la arboleda de su vasto jardín. Lily trabajaba poco; Paul, mucho. A pesar de su edad —frisaban los cuarenta—, parecían dos estudiantes enamorados: durante sus largas caminatas por el campo o la ciudad, a aquel gansarón zanquilargo y desgarrado le encantaba estrujar a la tortolilla Lily contra él e, inclinándose hacia delante, picotear de besos su frente. Se reían solo con mirarse el uno al otro.

Moïsette toleraba a la pareja de su hermana. De hecho, consideraba a Paul tan ridículo que no se molestaba en aborrecerlo. Cada vez que lo observaba, se preguntaba cómo alguien podía desear aquella carcasa estrecha e interminable: como acostarse con una bolsa de golf. Por suerte para el bueno de Paul, no tenía ni pizca de celos. Como le había dicho a una amiga, señalando a Paul: «Entre eso y nada, me quedo con nada».

Paul se vio obligado a residir en Washington durante un mes. El caso que lo había llevado allí se había complicado y la estancia se prolongó. Lily, que lo echaba de menos, se fue unos días a la capital de los Estados Unidos, y regresó incómoda.

Un domingo, visitó a su hermana en Saint-Sorlin y se sinceró con ella:

—Me dio la impresión de que mi presencia lo molestaba.

—Tendría mucho trabajo —murmuró Moïsette, indiferente a todo lo que concernía a Paul.

—Ya, pero aun así...

Lily insistió, turbada:

—Tal vez fuese el haber estado separados el uno del otro durante dos meses, pero el caso es que no encontré al Paul que conocía.

De repente, los ojos de Moïsette brillaron, avistando una presa.

—¿Cambió de colonia?

—¿Cómo? No... que yo sepa... ¿Por qué lo dices?

Moïsette respondió con astucia:

—Como me dices que no experimentaste las sensaciones de costumbre, ¿no sería porque cambió de colonia? Eso habría sido suficiente para desestabilizarte, ¿no?

Lily se frotó el codo, pensativa.

—Tienes razón. ¡Sí! Cambió de colonia...

Se echó a reír despreocupada.

—Gracias, Moïsette. No era más que eso: ¡cambió de colonia! Uf, qué alivio.

Moïsette frenó su entusiasmo poniendo mala cara:

—¡Tch, tch, tch! ¡Qué va! Eso no es nada tranquilizador. Cuando un hombre cambia de colonia...

—¿Sí?

—Cuando un hombre cambia de colonia..., generalmente...

—¿Qué?

—... cambia de mujer.

Lily la miró con ojos desorbitados. Moïsette negó con la cabeza varias veces y sentenció con voz deprimida:

—Xavier había cambiado de colonia en la época de su amante.

Lily se irguió, febril.

—¡No, él no! ¡Paul no! ¡Mi Paul no!

Moïsette levantó la vista y fingió desdecirse:

—Paul no. Tu Paul no. Perdona.

Lily se rio, solo para serenarse; luego, hecha un manojito de nervios, esgrimió un pretexto para irse. Moïsette suspiró de placer: había sembrado la duda en Lily.

Quince días más tarde, Lily viajaba a Washington con la intención de mantener una conversación sincera con Paul. Su marido confesó haber sucumbido a los encantos de una abogada neoyorquina recién divorciada, la cual no había dudado, una noche en que él estaba demasiado ebrio, en tomar la iniciativa y... Le juró que se trataba de algo pasajero, un error que lamentaba profundamente y que no volvería a ocurrir jamás...

Lily regresó a Francia una semana antes que él. Atraída por el olor a sangre, Moïsette la visitó en Lyon.

Cuando Lily abrió la puerta, su rostro desencajado, los párpados enrojecidos, la expresión seria y su respiración entrecortada contaban mejor que las palabras lo que había sucedido.

—No digas nada, lo he entendido.

Lily asintió con la cabeza. Moïsette explotó:

—¡A la mierda con todos esos cabrones!

Fueron a la sala de estar. Moïsette estrechó a su hermana en las garras de la compasión, y susurró «Pobrecita mía». En el hueco del sofá, Lily se deshizo en lágrimas y Moïsette, sincera en su papel consolador, saboreó cada segundo de ese momento con fruición.

—Querida Lily, me gustaría aconsejarte un buen abogado, pero flaco favor te haría recomendándote al mío, un cernícalo. En cambio, me han hablado de un tal Blasier. Si quieres, llamo a mi amiga Clotilde...

Lily la detuvo, se secó las mejillas y tartamudeó:

—No te molestes. No vale la pena.

—¡Ah! Ya tienes uno.

—No, no tengo ninguno. No me separo.

—¿Que no...?

—No voy a divorciarme.

—¿Cómo?

—He perdonado a Paul. Tal vez me equivoque, pero lo he perdonado.

Moïsette se puso a dar botes por la sala. Cuando ya contaba con que su hermana por fin sufriría —como ella—, cuando se regodeaba con que su hermana por fin se enfrentaría a problemas materiales —como ella—, resulta que le sacaban el caramelo de la boca. Construyó una argumentación vehemente, donde se entrelazaban la dignidad, la honestidad, el honor, la fidelidad a los compromisos, el tiempo que favorece a los hombres, etcétera, y exhortó a su hermana a abandonar a Paul para siempre.

Lily se limitó a responder:

—Si lo amo, lo perdono.

—Si lo perdonas, ni te amas ni te respetas a ti misma.

—Pero amar es justamente eso. Querer que el otro sea feliz, anteponerlo a ti.

—¡Divorcio!

—No. No cometeré el mismo error que tú.

Moïsette se fue sin despedirse.

* * *

El abogado de Lily trenzaba piruetas en las esferas de la retórica. Engolando la voz tanto como sus frases, hacía malabares con los tiempos, hilaba metáforas, enlazaba hipérbolos con sinécdoques, apelaba a la conmiseración, se internaba por los vericuetos de la vituperación y el horror, lo trágico y lo eficaz, como si a su cliente le fuese la vida en ello. Ahora bien, el tribunal sabía que Lily Barbarin no debería haber sido acusada. En cuanto a la escasez del auditorio, seis impermeables dormidos, no reclamaba semejante virtuosidad. Sin embargo, fuese por costumbre o para tranquilizarse a sí mismo, maese Morbier des Jonquilles, acróbata del verbo, gimnasta de la argumentación, ofreció un festival de su talento:

—¡Ante ustedes no se sienta una acusada, sino una ofendida! Sí, reitero, una ofendida. Ofendida por la locura de hipótesis y sospechas delirantes. ¿Alguien ha visto a Lily Barbarin empujando a su hermana al pozo? Ningún testigo. Fue ella quien, desesperada por su ausencia, la buscó durante horas antes de hallar su cuerpo. ¿Acaso se ha esgrimido un motivo por el cual habría cometido el crimen? ¿El dinero? Dispone de una pequeña fortuna que comparte con su hermana desde hace décadas, lo que le permite llevar una vida decente, y no heredará nada. ¿Los celos? Sus respectivos cónyuges murieron hace mucho tiempo. ¿Su temperamento? Lily Barbarin se ha comportado como la persona dulce y altruista que es durante casi un siglo. ¿El resentimiento? Lily Barbarin, en opinión de sus vecinos y seres queridos, ha profesado un ferviente cariño hacia su hermana. Entonces, ¿en qué se funda la sospecha? ¿En qué? En un argumento más tenue que el ala de una mosca: Moïsette conocía la inseguridad del brocal desde niña y no debería haberse caído. ¿En serio? La acusación resulta endeble, ridículamente endeble, escandalosamente endeble, deshonestamente endeble. A los ochenta años, no tengo que recordárselo a ustedes, el cuerpo se debilita... Sí, ya no goza de los reflejos de su juventud, ya no tiene los músculos que constituían su fuerza, ya no trepa por las pendientes por las que siempre ha subido, tropieza con los peldaños que antes salvaba, se cae donde antaño no se caía. Presten atención, señores, les daré una primicia: ¡incluso se muere quién nunca antes se había muerto!

El tribunal celebró la humorada con un ronroneo de placer.

—Moïsette Barbarin no controló el equilibrio. Es simple, es estúpido, es triste: ¡nada más y nada menos! Hoy, Lily Barbarin, tras haber sufrido el trauma de descubrir su cadáver, llora a su hermana a la que quiso desde el primer día en el vientre materno. Nuestro proceso la ofende, nuestro proceso lacera a la humanidad, nuestro proceso mortifica la justicia. ¡Me avergüenzo, señores, me avergüenzo! En cuarenta años de vida judicial, nunca he sentido tanta vergüenza. ¿Qué vergüenza? No la de defender a Lily Barbarin, no, me siento muy honrado por ello. Me avergüenzo de verme obligado a defenderla, forzado por sospechas ignominiosas. Así pues, los conmino: ¡reconozcan su inocencia, pronuncien un «no ha lugar» y libérenme de mi vergüenza!

Golpeó su pecho con tanto ímpetu que el golpe resonó largamente. Si un león vistiese la toga negra de abogado golpeando su pecho, se habría parecido a maese Morbier des Jonquilles.

* * *

La historia dio la razón a Lily. Perdonado, Paul volvió a ella tan enamorado como deudor, y su pareja se consolidó por esa fidelidad que había resistido la prueba.

Vivieron juntos hasta el fallecimiento de Paul. Durante ese tiempo Moïsette había renunciado a pescar un compañero y persistía en colocar sus arrebatos pasionales en el juego. Con la prudencia calculadora que la caracterizaba, nunca se ponía en peligro financiero, limitando sus inversiones a la lotería y los rasca y gana. Apostaba cada semana, con el corazón palpitante durante las horas anteriores al sorteo, al borde de la implosión durante el sorteo, y terriblemente decepcionada después. Al día siguiente, se levantaba con ánimo renovado: la próxima sería la buena. Aunque rara vez ganaba, nunca perdía la esperanza de llevarse el premio gordo.

«Después de todo —pensaba—, había muy pocas probabilidades de que tuviese una hermana gemela (una entre 250), y tengo una hermana gemela. Así que tengo posibilidades de ganar la lotería (una entre 19.068.840), sobre todo si juego mucho». De manera fetichista, iba guardando los boletos en una bolsa,

consultando a menudo sus archivos para averiguar si, en otro momento, habría acertado la combinación ganadora de la semana. Aunque vana y tediosa, esta actividad la ocupaba febrilmente.

Cuando, a punto de cumplir los sesenta, le comunicaron que su esposo había sucumbido a un infarto en la cancha de tenis, Lily se hundió. Fue hospitalizada, su pronóstico vital era reservado, y se temió que siguiese a su marido a la tumba.

El entierro de Paul Denis fue una manifestación de duelo multitudinaria. Acudió lo más granado de la industria, las finanzas y el comercio de Lyon, tantos eran los asuntos defendidos y los casos ganados. Quinientas personas se congregaban allí, excepto su viuda, entubada en la UCI, mientras su doble perfecta mantenía el tipo ante el ataúd. Con el tiempo, la fatiga y las arrugas, los físicos de las gemelas se habían unido, recobrando la ejemplar unidad de la infancia, y fue necesario el diligente tacto de los socios de Paul para evitar que los asistentes le presentasen sus condolencias a Moïsette.

Para entonces, Moïsette vivía sola en la enorme residencia de sus padres —fallecidos diez años antes—, que le costaba mantener porque su exiguo salario de empleada municipal —bastante quebrantado por los gastos del juego— le alcanzaba lo justo para cubrir sus necesidades. Impresionada al ver a su hermana perderlo todo de golpe —su marido y su salud—, tomó la determinación de ir al hospital a cuidarla. A su cabecera, frente a aquel cuerpo mudo mantenido en un coma artificial, se sentía viva, fuerte, privilegiada. La debilidad de su hermana la colmaba de satisfacción.

Tras largo tiempo entre la vida y la muerte, Lily recuperó el conocimiento, se percató de que su gemela la cuidaba, le dio las gracias efusivamente en cuanto pudo hablar y, cuando logró ponerse en pie, le propuso irse a vivir con ella en la casa de su infancia en cuanto saliese del hospital.

La perspectiva encantó a Moïsette. ¡Por fin, ya no tendría que preocuparse por el dinero! ¡Por fin, compartiría las ingratas tareas domésticas con alguien! Por fin, no se estremecería de miedo cuando resonase un crujido entre las paredes. Por fin, ya no tendría que cifrar sus esperanzas en el gordo de la lotería: jugaría por puro placer, no por dinero. Por añadidura, cuando

intercambió unas palabras acerca de esta decisión con los vecinos, la felicitaron calurosamente: «¡Qué entrega la suya, Moïsette! ¡Admirable! ¡Ayudar a su hermana a recuperarse! ¡Cuidar a una convaleciente! ¡Impedir que muera de soledad! ¡Salvarla de la depresión! ¡Qué afortunada es Lily! ¡Qué dicha haber nacido con una gemela!».

Halagada, Moïsette concluyó que, a los ojos de todo el mundo, se había hecho con el papel principal.

Las dos hermanas se instalaron. Lily vendió el moderno chalé que le recordaba su felicidad con Paul, reorganizó su cartera de valores y se aseguró la comodidad material para ambas.

El momento del idilio parecía haber llegado.

Por desgracia, los lugareños, por las mismas razones que antes, comenzaron a decir «las gemelas Barbarin», «Lily» y «la otra». En un abrir y cerrar de ojos, Moïsette recuperó sus tics del pasado, prendió con alfileres los detalles que testimoniaban que le hacían más caso a Lily que a ella y aquilató las palabras que la infravaloraban. En venganza, con una aplicación mezquina, trató de hacerle la vida imposible a Lily: salar de más sus platos, reservar el pan duro, olvidar que Lily era alérgica a determinados alimentos, evitar los que le encantaban, perder su correo, no informarla de las llamadas telefónicas, romper sus recuerdos, quedarse los regalos traídos para ella, equivocarse de programa cuando lavaba su ropa para que encogiese o destiñese, colgarla mal en el tendal del jardín cuando soplabla el viento... Como un avaro que busca mil ocasiones de placer desembolsando menos, no pasaba un día sin que le gastase jugarretas y malas pasadas.

Magnánima, Lily se encogía de hombros y perdonaba.

Cuanto más perdonaba, más se enfurecía Moïsette. «¿Dejará algún día de darse autobombo? ¿Dejará de pasarme por las narices su clemencia? Sí, sí, ¡ya sabemos que me quiere! Pero ya le sacaré yo las ganas de dominarme. Ochenta años erre que erre... Nunca pedí tener una hermana. Y mucho menos una hermana gemela. Fui agredida al nacer. Peor aún, antes incluso de mi nacimiento. Dos es una de más. Y ella no para de pavonearse ante mí. Siempre más. Más amable. Más dicharachera. Más inteligente. Más talentosa. Más paciente. Más gentil. ¡Siempre más! Lo único que no ha logrado es ser más bella: ¡somos iguales! Dos es una de más. Le haré perder los estribos. La

obligaré a odiarme. ¡Va a saber lo que es bueno!»

* * *

El juicio había terminado. Lily Barbarin había sido declarada inocente.

Fabien Gerbier no lograba superar su ira. Algo se le había escapado —y también se le había escapado al juez—. Era inverosímil que Moïsette hubiese tropezado cerca del pozo; ella, que lo había esquivado desde niña; ella, la suspicaz, la paranoica, que sospechaba de todo y de todos. Imposible que hubiese tropezado sola, por accidente: o Lily la había empujado, o Lily había dicho algo que la había desestabilizado.

De nuevo en Saint—Sorlin, una lucecita se encendió en su cerebro. ¡Claro! Esa era la pista que había que seguir: encontrar la jugarreta de Moïsette que había provocado la violencia de Lily. «¡Qué imbécil! ¿Cómo no se me había ocurrido antes? Ese es el quid de la cuestión. Moïsette se había pasado de la raya y Lily la había castigado». Fabien no paraba de dar vueltas a lo que le importaba a Lily. ¿El dinero? No le preocupaba cuando no lo tenía y lo repartió a manos llenas cuando lo tuvo. ¿La casa? Deteriorándola, Moïsette atacaba a su infancia, a los padres fallecidos... ¡Paul Denis! Ese es el recuerdo que no había que tocar. ¡Paul! Moïsette debía de haberlo difamado, arrastraría su recuerdo por el fango, pretendería que...

Se sentó, sin aliento, y comenzó a transpirar de emoción. ¡Evidentemente! Moïsette había hecho con Paul lo que había hecho con él: había sustituido a su gemela y se había acostado con Paul. Y no solo lo habría hecho, sino que habría alardeado de ello.

Enjugando el sudor de su frente con un enorme pañuelo a cuadros, no sabía si desfallecía de alegría, de miedo o de asco.

¡Lily! Sesenta años antes en Lyon, cuando él le había dicho, en su catre de adolescente, que la había traicionado con su hermana, había palidecido y luego había intentado matarse. En esta ocasión, después de recibir la puñalada, había intentado matar de nuevo, pero a su hermana. Tal era el beneficio de la madurez: castigar a los culpables en lugar de castigarse a uno

mismo.

Estiró las piernas y controló la respiración.

En el fondo, no la culpaba. Tenía razón en tomarse cumplida venganza. Además, no se había vengado a sí misma, había vengado a Paul, y también lo había vengado a él.

¡Felicidades, Lily! Afortunadamente, el juicio se había sobreseído, el crimen permanecería oculto; solo él, Fabien, lo conocía ahora, pero jamás lo revelaría porque lo aprobaba; mejor dicho, lo aplaudía.

Durante una semana, se encerró en su taller y no se atrevió a asomarse cuando Lily Barbarin bajaba por la calle. Sin embargo, sentía la necesidad de acercarse a ella, de secretarle que lo había entendido, que justificaba su acción y que seguiría siendo su cómplice hasta el fin de los tiempos. La timidez lo detuvo. ¿Qué habrían pensado los vecinos si se hubiera acercado a ella? Todos pensaban que se había comportado de forma odiosa y desleal.

Reflexionó. Tenía que decírselo todo a Lily: que quería reconciliarse con ella puesto que la bruja de Moïsette se había ido, que aligeraba su pesada carga de culpabilidad al validar su crimen.

Un lejano recuerdo acudió a su memoria. Trepando por el tejadillo del lavadero, se podía caminar diez metros sobre una viga y alcanzar el muro que cerraba el jardín de los Barbarin; una vez allí, gracias a la hiedra, lograría descolgarse y esperar discretamente para hablar con Lily.

El domingo, después de que las campanas hubiesen reunido a los fieles en la iglesia, Fabien aprovechó la calma que reinaba en el pueblo durante la misa y puso en práctica su plan.

El ejercicio le mostró cómo se deterioraba el cuerpo a lo largo de los años porque el trayecto realizado con tanta facilidad a los dieciocho años se vio interrumpido por sus jadeos asmáticos y sus paradas frecuentes.

Sin embargo, llegó al muro, descendió ayudándose de las ramas de hiedra y enredadera, y luego se quedó inmóvil en el fondo del jardín.

«Si entro en la casa, se asustará. Prefiero esperar aquí, bien a la vista». Dio vueltas en círculo. Cerca de los rimeros de leña, en las proximidades del funesto pozo, unas jaulas de conejos y un corral testimoniaban que antiguamente habían criado animales para el consumo diario.

Al cabo de una hora dando vueltas, harto de esperar, se puso a la sombra

bajo el tejeroz de madera que protegía las jaulas y se acomodó sobre la paja reseca.

Algunos sacos ocupaban dos o tres metros cúbicos; no eran de arpillera, como sería de esperar en un lugar viejo y abandonado, sino de plástico. Fisgón por naturaleza, Fabien empujó el pestillo, abrió la puerta alambrada y cogió uno.

—Qué demo...

En su interior, se apretujaban centenares de décimos de lotería. Por su decoloración, se adivinaba que se habían impreso hacía varias décadas.

«Qué raro que haya conservado la colección de Moïsette. Pensé que se había deshecho de todas sus cosas, de la ropa...» Fabien había visto con sus propios ojos la carreta de los Traperos de Emaús, la organización local de caridad, llevándose baúles repletos de vestidos, abrigos, lámparas y fruslerías.

En unos segundos, revisó el contenido de los otros sacos: la misma historia. Toda una vida de juego se hallaba depositada allí, en las conejeras, al fondo del jardín. Frunció el ceño, se quedó con una bolsa en la mano y, sediento, se arrastró hasta el pozo para refrescarse.

Mientras sacaba el cubo de agua fría de las profundidades, rememoró una imagen: el trayecto de Lily. Todos los miércoles iba a Montalieu, a la tumba de Moïsette, y luego pasaba por Les Bons Vivants, el bar que bordeaba el cementerio. Ese detalle había intrigado a Fabien, que, en Saint—Sorlin, jamás había visto a Lily entrar en un café, pero lo había achacado a la fatiga del viaje. Ahora bien, el bar no solo dispensaba bebidas y tabaco, también vendía lotería.

Sentado en el brocal de piedra, con un gesto rápido buscó en la bolsa un décimo de lotería con los colores nítidos, no desvanecidos. Encontró uno, se puso las gafas y lo examinó. Un grito escapó de sus labios: el cupón databa de dos semanas antes.

En ese momento, una voz lo interpeló:

—¿Qué estás haciendo aquí?

Turbado, Fabien tartamudeó mientras descubría a Lily:

—Tengo que decirte una cosa.

—¿No me has fastidiado bastante?

—Perdona, Lily, no lo había entendido.

—¿Entendido qué?

Se puso rígida.

Fabien iba a exponer lo que había estado rumiando desde hacía días, cuando sus ojos se clavaron en el décimo de lotería reciente que sostenía entre el pulgar y el índice... De repente, comprendió con quién estaba hablando.

—¿Moïse...? —susurró, alzando la mirada.

Apenas tuvo tiempo de ver un leño abatirse sobre su cráneo; su cuerpo se tambaleó y se estrelló diez metros más abajo, en el fondo del pozo.

Mademoiselle Butterfly

El momento era grave. Había empezado una fatal cuenta atrás. Aunque la mayoría de los diez hombres ignorasen aún que acechaba el peligro, todos entendían que no se convocaba a medianoche a los altos responsables del banco si no planease la amenaza de una catástrofe. Quien más, quien menos había dejado a toda prisa un espectáculo, una cena, una velada familiar, o incluso su lecho, para acudir a aquella reunión de crisis.

William Golden presidía en la oscuridad, en el extremo de la mesa. Como de costumbre, se atrincheraba en las tinieblas, impreciso, imponente, impresionante, mientras los miembros de la dirección recibían en la frente la luz de los acusados irradiada por los focos del techo. Cerrada con pesadas puertas blindadas, ubicada en el centro matemático de la Torre Golden, la sala, carente de ventanas, se reduciría a un búnker si los artesonados, la marquetería, los dorados y los cuadros impresionistas no la hubieran elevado al rango de lujoso salón.

Sobre la caoba, que el barniz transmutaba en espejo, una bandeja de plata guarnecida con vasos de cristal tallado y profusión de botellas —bourbon, oporto, Martini, coñac— se ofrecía a los invitados. Ninguna mano se acercó. Todos tenían un nudo en el estómago y la boca seca, pero nadie se atrevió a beber. Algo como el recato mezclado con la ansiedad los paralizaba.

—¿De cuántas horas disponemos? —preguntó Stanowski, el director de inversiones.

Las cabezas pivotaron hacia el lugar opaco donde se sentaba William Golden, el propietario del banco, que no abrió la boca. Pese a la urgencia,

quería seguir siendo dueño del tiempo.

William Golden reinaba sobre el comité en silencio. Sin necesidad de verlo ni oírlo, los hombres percibían su ira.

Paul Arnoux, el director general, habló en su lugar:

—Desembarcarán aquí a las seis en punto.

La tensión aumentó. Paul Arnoux prosiguió:

—Una llamada telefónica confidencial, que debe permanecer en secreto, previno al señor Golden de que la justicia se encargaba del caso y de que la brigada llegaría al amanecer.

—¿Una llamada del Elíseo? —preguntó el director comercial.

Del agujero oscuro llegó un bufido que exudaba desprecio. Por supuesto que la advertencia venía del palacio presidencial, si no del presidente... ¿Por quién tomaban a William Golden? ¿Olvidaban que mantenía relaciones con los que contaban? Tenía amigos en cada planta, a menudo deudores, quienes, llegado el momento, le agradecían los servicios prestados...

Reverberó una llamita. William Golden encendía un cigarro, y bajo el resplandor del fósforo percibieron sus rasgos agudos, nobles y extrañamente impávidos. En cualquier circunstancia, incluida esa noche, mantenía el dominio sobre sí mismo. Aspiró el humo como si bebiese un néctar, lo retuvo con voluptuosidad en sus pulmones y luego lo liberó suavemente redondeando los labios; la voluta se elevó, lenta, indolente, suave, alejándose a regañadientes.

—Resumamos el asunto —comenzó, con una voz metálica—. Hace tres años, en paralelo con nuestras actividades tradicionales, mi hijo creó en el seno del banco un fondo de inversión, el FIRG, el Fondo de Inversión de Riesgo Golden. Contactando con las empresas que trabajan con nosotros o con particulares solventes cuyas carteras gestionamos, convenció a unos cuantos para que le confiaran su dinero y les prometió un rendimiento del 15%. A pesar de los vaivenes del mercado, a pesar de la depresión que afecta a la economía actual, lo logró. Sus clientes, satisfechos, cobraron los intereses; de resultas de lo cual, la mayoría invirtieron montos más sustanciales y embarcaron a sus amigos. El FIRG, por lo tanto, conoció un crecimiento exponencial. Hoy administra tres mil millones.

Dejó el cigarro en el cenicero de turmalina negra.

—Se ha presentado una queja contra el FIRG. Una denuncia por estafa: no se ha invertido ni un euro de los colocados en el fondo. Se presume que el dinero ha sido absorbido por cuentas *offshore*. Se afirma que los que exigieron la devolución de su efectivo —capital o intereses— fueron pagados por los nuevos participantes en el fondo. En resumen, la queja agita el espectro de una estafa, bastante banal por otra parte, el esquema Ponzi, el fraude que recientemente envió a Bernard Madoff a la cárcel, condenado a ciento cincuenta años.

Cogió su cigarro de nuevo, contempló el extremo que se consumía, anaranjado como el corazón de una fragua.

—Se impone una pregunta: ¿la acusación está bien fundada?

Un escalofrío recorrió la reunión. Se oyeron las palabras *vergüenza, escándalo, montaje, competencia, cábala, conspiración*.

William Golden posó su dedo índice sobre la mesa.

—No perdamos el tiempo, caballeros. No hay necesidad de gastar energías en posturas indignadas: la acusación está bien fundada.

Señaló una carpeta verde a su izquierda.

—En unas pocas horas, Paul y yo hemos descubierto que la negación no es la reacción adecuada. Guiados por esa prevención, tan pronto como entramos, en los entresijos de los desembolsos, detectamos movimientos sospechosos. No hemos tenido tiempo para investigar, solo para ver las pistas. Desgraciadamente, no hay duda de que mi hijo construyó un sistema fraudulento.

—¿Y por qué no está aquí? —galleó Stanowski, el director de inversiones.

William Golden se arrellanó en su sillón y no reprimió una sonrisa.

—Buena pregunta, Stanowski.

Exhaló unas bocanadas de su cigarro, poco dispuesto a dar explicaciones. Stanowski se impacientó:

—Me permito insistir, señor Golden, y repito mi pregunta: ¿por qué no está aquí su hijo?

—Deseaba saber quién me haría esta pregunta.

—¿Disculpe?

William Golden se inclinó hacia adelante, los anchos hombros enmarcaban su combativa cabeza.

—Deseaba saber quién reaccionaría primero, quién designaría a mi hijo como el único responsable. Gracias por haberse denunciado, Stanowski.

—¿Cómo? En absoluto. Yo...

William Golden dio un manotazo en la mesa e impuso silencio.

—El FIRG no hubiera funcionado sin cómplices, los socios en esta superchería, que la disimulaban y se aprovechaban de ella.

Un rictus de hastío deformó su boca. Miró a los presentes uno tras otro.

—Según mi análisis, bastaban tres niveles. Si mi hijo no se hubiese dado cuenta de ello, usted se lo habría explicado, Stanowski, usted. Ocultar el asunto, tanto a Paul como a mí, necesitaba dos traidores en nuestro areopago... Dupont—Morelli... y Pluchard.

Los señaló con el dedo.

—¿No es así, caballeros?

Los dos hombres inclinaron la cerviz.

—Gracias por no negarlo, el tiempo apremia.

William se volvió hacia los otros miembros.

—Veamos, señores. Aquí hay siete personas honradas y tres ladrones de cuello blanco.

Stanowski se puso rígido ante el insulto.

—¡Su hijo está ausente!

—Sí, mi hijo está ausente.

—Él está en el origen de todo.

—En el origen de todo. No lo proclame demasiado alto, porque si tanto se obstina, tendré que pensar que se ha servido de él.

Stanowski se quedó petrificado. Los demás lo miraron fijamente. Bajó los ojos, incapaz de soportar la mirada inaudita que arrojaban sobre él. Como una serpiente que muerde en el momento en que se le supone muerta, exclamó, con la rabia en los labios:

—¿Para qué nos ha reunido? ¿Está sustituyendo a la policía?, ¿a la justicia? ¿También reparte las penas?

William Golden apreciaba la resistencia de Stanowski, su coraje, su agresividad; eran las cualidades, que, muchos años antes, lo habían animado a contratarlo.

—Los he reunido para trabajar en la cuestión que me obsesiona: ¿qué

hacer?

Desplegó su largo cuerpo todavía esbelto, recuperó la carpeta verde y miró a los diez hombres.

—¿Qué hacer? No vamos a esperar, como condenados a muerte, a que la brigada se presente, investigue y se lleve los ordenadores y los archivos. Debemos actuar, luchar, intervenir en la medida de lo posible en el desarrollo de las cosas.

Dotado de una autoridad inapelable, hablaba con fuego sin quemarse. Se acercó a la puerta del fondo, que comunicaba con su despacho. Se detuvo en el umbral.

—Les doy una hora para pensar. Les traerán agua y sándwiches. Por mi parte, me retiro a meditar, luego me uniré a ustedes.

Empujó la puerta, acuciado por el remordimiento:

—Van a tener que perdonarme, caballeros, por dejar aquí a personas honradas en compañía de estafadores. Y, además, les pido que colaboren. Es un ultraje a su probidad, lo sé, pero la honradez no ostenta el privilegio del discernimiento. Hasta luego.

Cerró con cuidado las puertas acolchadas, porque no quería oír las reacciones que desencadenarían sus palabras, y luego se sentó en su sillón de cuero granate.

Sacó un reloj de bolsillo de su chaleco, abrió la tapa y contempló la fotografía que adornaba su interior. Suspiró, consultando el rostro.

—¿Tú qué harías?

El retrato sonreía.

* * *

Los llamaban «los Águilas» y ellos se lo creían.

Jóvenes, orgullosos, vehementes, expeditivos, pretenciosos, formaban una pandilla cuya dirección había asumido William espontáneamente. Codo con codo, los seis chicos descubrían con entusiasmo la vida, apasionados y hastiados en el mismo minuto.

—¿Hay o no hay reto?

—¡Reto!

Con el torso desnudo, William recorrió el oscilante pontón de madera a toda velocidad, se impulsó con fuerza con las piernas y se lanzó al vacío, con una mano apretando la nariz. La superficie del lago abofeteó su cuerpo, el frío lo envolvió; aturdido, se debatió en el agua para remontar lo más rápido posible, sacó la cabeza de entre las olas, inspiró y, satisfecho de haberlo logrado, convirtió su grito de dolor en un rugido de triunfo:

—¡Guau!

Para combatir los escalofríos, nadó rápidamente hacia la orilla, tratando de entrar en calor con un crol elegante, aun a riesgo de asfixiarse... Sobre todo, no mostrar nunca signo alguno de debilidad. Fanfarronear. Demostrar aplomo. Sus gestos se dirigían a la pandilla a la que quería impresionar y de la que quería seguir siendo el líder. Surgido de las olas, exultante para que no diesen cuenta de que temblaba, bramó mientras escurría la parte inferior de sus calzoncillos:

—¡Genial!

—¿No está muy fría?

—Para nada. ¡Os toca, chavales!

Los muchachos se miraron, molestos, indecisos, acobardados. William se felicitó por haber desviado su atención, pues le castañeteaban los dientes. El lago de montaña conserva una temperatura glacial en verano, especialmente si uno se bañaba después de un día de sol. De hecho, William había temido la hidrocución al lanzarse; en el breve espacio de tiempo que había pasado suspendido en el aire, incluso se había preparado para morir; pero algo más fuerte que la razón lo había impulsado: el deseo de dominar, de dominarse, de dominar al grupo, de dominar el mundo. Él era el águila de los Águilas.

Con cada desafío, William servía al grupo tanto como se servía de él. Atraído por lo excepcional, se exponía voluntariamente al riesgo; ebrio de su joven cuerpo, de la fuerza que descubría en él, lo ponía a prueba en los esquíes, en la bicicleta, en la moto, en el coche —sin carné de conducir, por supuesto—, y coleccionaba extravagantes apuestas. A la palabra *reto*, una descarga de adrenalina lo inundaba de alegría, una alegría que duplicaba el anuncio de un intenso placer.

Sus compañeros comenzaron a despojarse de la camisa y el pantalón en la orilla. No ponían el mismo interés que él. Normal, no tenían la misma rabia.

William debía demostrar más que los otros porque había recibido menos que ellos. Aquellos cinco chicos de diecisiete años pertenecían a familias de altísimo poder adquisitivo, los millonarios del liceo Louis—le—Grand. En París, sus padres dirigían grandes compañías, mientras que el padre de William enseñaba economía en la Universidad Dauphine. Aunque este trabajo no ofendía a su hijo, el salario solo le proporcionaba a la familia una forma de vida modesta, lo que lo excluía del círculo de los Águilas. William había sido admitido en él gracias a su tío, Samuel Golden, quien, enriquecido por las operaciones bursátiles, acababa de crear su banco privado; a raíz de ello, los medios habían hablado tanto de él que la brillantez de Samuel había repercutido en su sobrino William y le había atraído la simpatía de los herederos.

—¿Hay reto o no hay reto? —preguntó William.

—¡Reto! —respondieron los cinco muchachos débilmente.

Ninguno se movió. Dudaban.

Gozando de su superioridad, William vio la oportunidad de consolidarla y advirtió:

—Atención, conocéis la norma: si no se salta en treinta segundos, ya no se salta.

Asintieron, pero no avanzaron. William gritó:

—¡Banzai!

Y, con la energía de su grito, corrió de nuevo sobre el pontón. Sin pensar, al rebufo de su líder, los chicos siguieron su ejemplo chillando para encontrarse en el fondo del lago.

Tan pronto como volvieron a la superficie, se rieron, alegres, y sonrieron victoriosos y agradecidos a William: era él, una vez más, quien los había llevado a superarse. Definitivamente, William era el jefe.

A continuación, los muchachos se persiguieron a lo largo de la orilla para secarse más rápido; luego, vestidos de nuevo, con el calzoncillo húmedo en la mano, volvieron a casa.

Estaban pasando el mes de agosto en los Alpes. El padre de Paul Arnoux, propietario de un suntuoso chalé en el paraje de los Cluzet, lo había abierto

para su hijo y sus amigos. ¡Un lujo! Aunque tenían a su servicio un matrimonio encargado de la intendencia —la esposa en la cocina, el marido en el mantenimiento—, los muchachos, libres de padres a los que rendir cuentas, experimentaban un violento sentimiento de libertad. Organizaban las jornadas a su antojo o, mejor dicho, no las organizaban, cediendo al capricho, la inspiración o la improvisación.

Mientras subían por el sendero bordeado de hierbas amarillentas por la canícula de agosto, vieron en lo alto a una chiquilla retozando, acompañada de una cabra y un perro de lanas.

—Ahí está Simplona.

Los muchachos se rieron, William se estremeció.

Desde hacía dos semanas, *Simplona* era el apodo con el que se referían a la chiquilla que se recortaba en la cresta, ligera y dichosa, en consonancia con la naturaleza rebotante de vitalidad. ¿Era guapa? Radiante era la primera impresión. Luego, cuando uno se acercaba, descubría su cuerpo, hecho, entusiasta, con una sensualidad consumada, listo para servir. Su piel suave y tersa se ofrecía bajo sus cabellos de fuego. Y más cerca todavía, los detalles completaban el encantamiento: los lunares de sus mejillas y un exquisito vello en la nuca blanquecina.

Por desgracia, la chiquilla sufría un retraso mental. Por lo visto, al nacer la torsión del cordón umbilical alrededor del cuello la había asfixiado y le había dañado el cerebro. Había tardado en hablar. La escuela le había costado migrañas, porque leer, escribir y contar excedían sus posibilidades.

—¡Callaos la boca! Detrás va el señor Zian.

Una silueta bamboleante le pisaba los talones a la montaraz. Simplona, que en realidad se llamaba Mandine, vivía sola con su viejo padre. Escualido, recio, más delgado que una vara de sarmiento, el señor Zian gastaba un mostacho de gato irritado y hablaba menos que sus animales. Sombrío, suspicaz, tan blanco de pelo como negro de ojos, cojeaba con una indiferencia total a su cojera, como si cojear fuese la forma natural de andar.

Mandine caracoleaba entre su cabra y su perro. Cuanto más se pensaba en la debilidad de su mente, más perfecto parecía su cuerpo, más largas sus piernas, su cintura más flexible y su aspecto más elástico. Su gracia física solo era equiparable a su desgracia intelectual.

—William, no le quitas los ojos de encima a Simplona. ¿Te gusta?

William pegó un respingo y luego replicó a Gilles, que le había lanzado la pulla:

—¿Estás de broma?

—Pues tenías que verte la cara.

—Me da pena.

—Muchachos, William está a punto de subir a los altares. Dios mío, ¿qué se le ocurrirá hacer a nuestro bienaventurado por esta pobre doncella de cerebro dormido? ¿Tirársela para que vea la luz?

—¡Gilíes!

—Parece que la gracia les llega así a las chicas.

—Déjate de coñas.

—En serio: aplícate. Acostarte con Simplona quizá le desatascaría las meninges. Y luego, imagínate, si funciona, qué avance para la ciencia...

William le hizo una llave a Gilles, le atrapó el cuello entre los brazos y fingió estrangularlo. El otro simuló asfixia y se enzarzaron en una pelea.

Inmediatamente, los cuatro camaradas eligieron un campeón y lo animaron. Las cabezas se calentaron, la presión subió hasta que todos lucharon, boxearon, se agarraron, chocaron, se aplastaron y rodaron en los matorrales. En unos segundos, habían olvidado por qué se enfrentaban, todo por el placer de pelear, como cachorros que muestran sus colmillos sin morderse jamás.

Agotados, declararon el final de la batalla y, tendidos en la hierba, las cabezas mirando hacia el azul del cielo, inspiraron para recobrar el aliento.

Abajo, Mandine, el señor Zian, la cabra y el perro se perdían en el oquedal. Los cabellos rojos de Mandine incendiaban la penumbra y solo se percibía su brillo entre los abetos.

William la contempló hasta que desapareció de su vista.

En el fondo, menos mal que Mandine era retrasada. De lo contrario, habría vuelto locos a los Águilas. Ante su belleza, obligados a comportarse como machos, los chicos habrían sufrido; en circunstancias normales, la chica los habría dividido. Sí, habían escapado a un peligro. De momento, permanecían unidos, enamorados de su grupo y de su armonía, más fieles los unos a los otros que a una novia. En su amistad viril entraba el miedo a las mujeres, las mujeres que los acechaban, las mujeres que pronto los separarían, las mujeres

que darían el adiós definitivo a su infancia. Las vacaciones se revestían de los colores otoñales de un último respiro. Se ayudaban unos a otros, siempre codo con codo, porque pronto el cuerpo que querían tocar ya no sería el benigno del camarada, sino el fatal de la seductora, de la intrigante, de la sirena que desorienta, de la mujer temida y deseada. El hándicap de Mandine les daba seguridad, permitiéndoles prestarle solo una atención distraída, la que se le dirige a un niño. Ella no contaba. Su deficiencia la hacía menos mujer y a ellos los volvía menos hombres.

Para protegerse de su seducción, hacían hincapié en sus dificultades, sus simplezas, sus errores, contándoselas, repitiéndoselas, inventándolas a veces, sin dejar de exclamar con marcada exageración: «¡Qué se le va a hacer! ¡A cada uno lo suyo!». Los adolescentes se dedicaban a menospreciarla con la crueldad de su edad. Por lo tanto, *Simplona* se había impuesto a *Mandine*, y luego los prejuicios sociales habían acabado de levantar un muro de protección: una campesina que brincaba de la mañana a la noche en los pastos no solo no pertenecía a su clase social, urbana, educada, afortunada, sino que apenas se le concedía la humanidad. ¡Pasar el tiempo con los animales! ¡Tener una cabra y un perro de compañeros! ¡Dormir en la paja! ¡Acostarse con las gallinas! ¡Levantarse con el gallo! A fuerza de vivir con los animales, había sufrido su contaminación.

Ahítos de sol, lasos de fatiga, los Águilas decidieron que esa noche cenarían en la terraza del chalé.

William, acodado en la barandilla, admiraba el paisaje colina abajo, la apacible aldea encajonada entre dos paredes montañosas, los minúsculos campos limitados por taludes pedregosos, los bosques de alerces que adquirirían tonalidades oscuras.

En la puesta del sol, el valle se oscurecía con tintes de melancolía. A medida que la luz se difuminaba, se desprendían los olores hasta entonces retenidos, que habían esperado al crepúsculo para expandirse: resina, helechos, champiñones, flores que espiraban... La humedad, reprimida todo el día, se vengaba aferrándose a los jóvenes; en sus músculos, en su piel, sentían el deseo de algo más que carreras, retos, desafíos y pugilatos. Impregnados por la naturaleza que se volvía femenina y húmeda, suspiraban, muy a su pesar, lánguidamente, soñadores, penetrados por una llamada a la que aún no sabían

dar nombre.

Gilles le pasó una copa a William y saboreó la suya a su lado.

—No bromeaba: te comes con los ojos a Simplona.

—¡Qué estupidez!

—Te gusta.

—Le gusta a todo el mundo hasta que abre la boca. Entonces...

—No nos acostamos con un cerebro.

—Todo tiene un límite... ¿Me imaginas haciendo el amor con una chica que nunca ha leído un libro, que tiene menos vocabulario que un perro y cuya mejor amiga es una cabra? ¿Qué nos diríamos antes? ¿De qué hablaríamos después? ¡Por favor! Yo no me tiro a discapacitadas. No creo que se me levantara frente a una mongólica.

—¡A mí tampoco! —convino Gilles.

Mojaron los labios en un vigoroso *mondeuse* con aromas de trufa. Con aires de adultos, saboreaban y chascaban la lengua al beber.

Por un sendero que serpenteaba en curvas sinuosas, sonaban los cencerros de un rebaño de vacas volviendo al establo. El cielo se apagó.

Gilles exclamó:

—¡Reto!

—¿Cómo?

—¿Apuestas o no?

—¿De qué hablas?

—De acostarte con Simplona.

—¡Te has vuelto loco...!

—¡Te rajas!

—¡Cállate!

Gilles se volvió y, alzando la voz, se dirigió a todo el grupo:

—Chicos, William se achanta. Lo he retado y se ha rajado.

—¿Cuál es el reto? —preguntó Paul.

—Acostarse con Simplona.

Se echaron a reír a carcajadas, demasiado sonoras, forzadas, insistentes.

Mirando a sus camaradas gesticulantes, que se golpeaban los muslos, William experimentó un conato de desprecio. Su exagerada hilaridad hablaba de su vergüenza, de su inmadurez, de su malestar de capullos pudorosos

convulsionados a la mínima evocación sexual; de repente los encontró amenazadores, abyectos, y por esa razón se escuchó a sí mismo responder con fuerza:

—¡Reto!

Durante la semana siguiente, William se alejó de la pandilla; los Águilas le habían concedido tiempo para cazar a su presa.

Aunque lamentase su apuesta, disfrutaba de las horas que pasaba solo, oficialmente sobre la pista de Simplona, en realidad tumbado de espaldas, mirando a las nubes, encontrándoles el parecido con objetos terrestres: esa, un gigante tocando la trompeta; aquella, una mata de lavanda; la de al lado, una pera; en otras ocasiones, sacaba un libro del bolsillo. Desde junio, leía todo lo que caía en sus manos de James Bond, el héroe de Ian Fleming, el elegante espía que reunía las cualidades que suelen estar dispersas en varias personas: *glamour*, perspicacia, memoria, arrojo, sangre fría, humor, seducción. James Bond, que es a la humanidad lo que la navaja suiza al cortaplumas, lo subyugaba con su aplomo, que se prometió imitar.

Mandine se había fijado enseguida en William. La primera vez, le había regalado una hermosa sonrisa, una sonrisa increíblemente generosa en la que se entregaba sin rebozo. Aunque sorprendido, William se la había devuelto sin esfuerzo. ¿La chica se había sonrojado? No lo habría jurado, pero Mandine había acelerado el paso e invitado a la cabra y al perro, castañeteando los dedos, a que la precediesen sin demora. A partir de entonces, la sonrisa duraba cada día más y ella no huía tan rápido.

William se había paseado por los senderos que seguía Mandine, ligados a las diversas tareas que cumplía. Donde antes solo veía a una salvajuela que correteaba libremente por los campos, ahora veía a una trabajadora infatigable que no descansaba jamás.

¿Por qué no la había abordado? Lo frenaban múltiples razones. Al principio, se deleitaba tanto en su soledad lejos del grupo que no tenía prisa por ejecutar su misión. Luego, el cuerpo sólido, saludable y resplandeciente de Mandine lo deslumbraba. Finalmente, su instinto de cazador furtivo le sugería que la bestia salvaje debía venir por sí sola para que él la capturase.

Ese día, el verano reinaba en todo su esplendor. Un sol que sobrepasaba el mediodía aniquilaba la montaña. Nada se movía. Ningún pájaro cantaba, ninguna piedra rodaba. Huyendo del sol abrasador, William se había refugiado bajo la sombra de un árbol frondoso.

Escapando del letargo paralizante, Mandine, escoltada por su cabra y su perro, descendió por el valle occidental y vio a William al pie del roble. Estaba leyendo.

La chica corrió hacia él. Adivinando que algo iba a suceder, se obligó a sí mismo a simular concentración y no levantó la cabeza hasta el último momento.

Se le cortó el aliento.

Mandine nunca había estado tan hermosa. Resplandecía ante él, apetitosa como una fruta. Su falda mal cortada y su delantal demasiado apretado la volvían aún más deseable; su gracia solo provenía de su cuerpo, no de un artificio vestimentario. William admiró su piel bruniada, su boca jugosa, los hombros lechosos que se entreveían bajo el corpiño.

Ella inclinó la cabeza hacia un lado; luego se echó a reír, una risa natural, más alegre que burlona, embriagadora.

Sus formas —pecho, caderas, muslos, pantorrillas— turbaron a William, que nunca había visto a una mujer rolliza; en su ambiente, la dictadura de la moda obligaba a las chicas a adelgazar. Esta redondez le pareció incongruente, fuera de lugar, inquietante y seductora.

—Yo soy Mandine.

—William.

El nombre le gustó, lo repitió varias veces en sordina, masticándolo, saboreándolo.

Luego se sentó a su lado.

—¿De dónde eres?

—De París.

Fascinada, Mandine asintió, repitiendo «París». William no la habría maravillado más si hubiese dicho «Marte». Del tiempo que duró su asombro, William dedujo que su mente procesaba con lentitud.

Mandine se inclinó hacia adelante y le dirigió una sonrisa devastadora, disparando contra él sus ojos de color avellana.

William se estremeció. En esa sonrisa reverberaban mil frases: «Me gustas», «Me gusta estar a tu lado», «Te deseo», «Haz lo que quieras», «¿A qué estás esperando?»...

La sangre de William aceleró su circulación, hinchando las venas de su cuello. Tuvo miedo de que le reventasen.

Temblando, su mano rozó la rodilla de Mandine. Ella tragó saliva. La mano se demoró. Mandine se rio. La mano acarició la piel tan tierna.

De repente, cuando los dedos del chico descendían sobre su muslo, Mandine dio un salto, retrocedió tres pasos y se escondió detrás del tronco, vivaracha. William entendió el juego. Se puso en pie y empezó a perseguirla.

Jugaron un rato al escondite entre los árboles, durante el cual Mandine casi se dejaba atrapar, luego se salvaba, luego frenaba. Más torpe que ella, William se prestaba a sus tretas; exageraba incluso su torpeza cayéndose a menudo, solo para provocar en ella una risa sensual que le encantaba.

¡Qué alivio mandar a paseo el lenguaje y no tener que entrarle con las fórmulas mil veces utilizadas! Adiós a los tediosos preliminares. Adoraba esta persecución animal, juguetona, alegre, lúdica y graciosa, que coincidía con las paradas de cortejo de todas las especies. ¡Simplicidad, al fin!

En el momento en que ella lo decidió, William inmovilizó a Mandine y rodaron, cuerpo a cuerpo, entre los helechos. Cuando sus rostros se encontraron uno frente al otro, William, delicadamente, pero sin titubear, posó los labios sobre los suyos.

Vivió este beso como una expansión, una flor abriéndose bajo los rayos del alba.

Embriagado, sorprendido, contuvo el aliento y ella murmuró con la expresión de una Virgen en oración:

—Entonces, ¿eres mi novio?

—Supongo.

—Hace mucho tiempo que te esperaba.

—¿A mí?

—A mi novio.

La chica había bajado los ojos y William supo leer entre líneas: Mandine era virgen.

Los escrúpulos frenaron su entusiasmo. ¿No estaba llevando demasiado

lejos la apuesta? Abusar de una pobre chica para fardar delante de sus amigos...

Mandine percibió sus reticencias.

—No hay miedo —murmuró, besándolo de nuevo.

Esta vez, no supo cuál de los dos, él o ella, luchaba contra el miedo.

Mandine escapó de su abrazo deslizándose hacia un lado y, en una fracción de segundo, se puso en pie.

—*¡Gust! ¡Blanquita!*

El perro pajizo y la cabra se reunieron con su ama.

Mandine le sonrió traviesa.

—Hasta mañana.

Respiró aliviado de que ella hubiese tomado las riendas de su relación.

—Hasta mañana —murmuró como un eco.

Y Mandine desapareció en el bosque.

William tenía la impresión de vivir varias vidas. O más bien de extraer varias historias de su existencia.

A los Águilas, les contaba que estaba progresando, que, habiendo conquistado la mente de Simplona, su cuerpo se le rendiría pronto. Una vez solo, dudaba de qué conducta seguir: aprovecharse egoístamente de su buena suerte, o renunciar de inmediato a esa estúpida apuesta por la cual torturaba a una inocente que se abandonaba a la pasión. Frente a Mandine, dejaba de interrogarse, besaba sus manitas marcadas con hoyuelos rosados en la base de los dedos, acariciaba los mechones rojos de sus cabellos en el nacimiento del cuello, sufría una especie de amnesia y asumía sin reparos el papel que ella le atribuía: su novio, a quien al cabo de un tiempo decente Mandine se entregaría.

Agosto llegaba a su fin. Los días eran cada vez más cortos, pero seguían siendo tórridos. Los chicos percibían que las vacaciones terminaban y experimentaban una especie de nostalgia anticipada.

William le advirtió a Mandine que solo le quedaban tres noches. Lejos de manipularla, que era de lo que se jactaba con sus amigos, la dejaba actuar.

Después del mediodía, que habían pasado cogidos de la mano, paseando a

lo largo de un arroyo cantarín, Mandine había susurrado:

—Esta noche, a las diez, en el establo de Cherpaz.

William palideció, ignorando si de alegría o desolación: iba a hacerlo...

De vuelta en el chalé, preocupado por proteger su cita, fingió un dolor de estómago para retirarse a su habitación antes del final de la velada; una estancia que, afortunadamente, se hallaba algo retirada. Allí echó el cerrojo, se duchó, abrió la ventana y se perdió en la noche.

Las estrellas habían enfriado la atmósfera. Impaciente, William cayó varias veces en las hoyas y zanjas que solo conocía de día, tropezó en las sebes, patinó en las rocas, pero no se detuvo. A pesar de la oscuridad, distinguía la masa baja y achaparrada del establo. En torno a él, el bosque se había transformado en una muralla lúgubre y malévol. Sofocado, con las mejillas encendidas, llegó herido al redil, con un sabor a sangre en la lengua, porque, para detener su flujo, se había lamido las heridas de las rodillas y los puños.

Cuando cruzó la puerta baja, unos brazos lo abrazaron y Mandine lo besó con un ardor inconmensurable. William le devolvió el beso hasta el vértigo.

En el fondo de la única estancia, no muy lejos de las ovejas, una sábana limpia había sido estirada sobre un colchón, ofreciendo un lecho nimbado por la luz vacilante de una vela.

Se arrodillaron uno frente al otro.

El frescor de las cumbres llegaba atenuado al redil.

Con un gesto, Mandine soltó sus cabellos, que se incendiaron. Luego, a su deslumbrado amante, le indicó con una mirada que tenía que quitarle la ropa.

Al desnudarla, William descubrió su cuerpo idealmente repleto de carne, sus senos tan claros, apenas rosados, su ombligo alto, sus caderas que pedían besos y caricias.

Al desnudarlo, Mandine descubrió su vientre plano, sus huesos macizos y marcados, el vello dibujado sobre su torso, el sexo que la reclamaba con todas sus fuerzas.

Hicieron el amor.

Por la mañana, cuando el rocío se condensó en bruma sobre el valle, a

William le costó dejar a Mandine. Por la noche, en cambio, no le costó nada usar la misma estratagema para disfrutar de una nueva velada con ella.

Mandine, al contrario de lo que él se había imaginado, se mostraba con una seguridad pasmosa en el placer físico en el que se iniciaba. Cada gesto, desde el más púdico hasta el más audaz, le parecía legítimo. Satisfecho, William admiraba su osadía natural y enloquecía con sus abrazos. Mandine pasaba bruscamente de un estado a otro, del sueño pesado al grito de «Tengo hambre», que la arrojaba a sus pies. Sorpresa, deseo, júbilo, voluptuosidad, fatiga..., lo vivía todo con intensidad, como un niño absorbido por el instante.

El último sábado, los muchachos planearon una fiesta, bien regada, que pondría el broche de oro a sus fabulosas vacaciones. A William, que no deseaba perder un último momento con Mandine, se le ocurrió una forma de evitar la borrachera:

—¡Esta noche mojo, amigos!

—¡Oh!

Los muchachos lo miraron boquiabiertos, tanto más asombrados porque daban por supuesto que William fracasaría. Por ello, sintió la necesidad de fanfarronear:

—Me espera a las diez en punto.

—¿Dónde?

—No pensarás que voy a decirlo.

—¿En su casa? ¿Vas a tirarte a Simplona en su cama, con el señor Zian al otro lado del tabique diciendo amén a tus embestidas?

—No, la zona está plagada de rediles y establos, listillo... ¿No os habéis fijado?

Gilles silbó con admiración.

—Bravo, colega, ¡enhorabuena! Al menos tú no eres un tiquismiquis.

Pensando en los prodigiosos momentos compartidos con Mandine, de buena gana William le habría dado un puñetazo a aquel idiota. En lugar de eso, exhibió una mueca maliciosa.

—Un reto es un reto. Hace falta mucho más para detenerme.

Durante las siguientes horas, William constató, por la actitud de los Águilas, que acababa de recuperar un prestigio perdido sin que él lo hubiera notado mientras sus pensamientos volaban a otra parte. En ese momento

experimentó desprecio, sin poder determinar si ese desprecio se dirigía a los chicos... o a él mismo.

Le dio igual. Lo único que importaba era su noche con Mandine. Esta vez, no tuvo que simular una indisposición ni saltar por la ventana, se fue bajo la luz de los farolillos, aplaudido por los Águilas, acompañado de sus comentarios: «¡Dale un beso a Simplona por mí!», «Dinos si ve la luz justo después», «¡Ten cuidado, no vayas a pillar ladillas!», «¡Guárdame un cachorro!»...

William apretó los dientes, se encogió de hombros y, tan pronto como desaparecieron de su vista, corrió al redil.

Esa noche fue tan sublime como desgarradora. Mandine lloró mucho, tanto como rio. Se amaron varias veces, con alegría, con desesperación, con exasperación. Él le prometió todo lo que ella le pidió, con sinceridad y para no entristecerla. Antes del amanecer, cuando se hubo dormido, William la dejó.

En el tren que los llevaba de vuelta a París, los Águilas trataron a William como un héroe. Si al principio alegó fatiga para no responder demasiado a su curiosidad invasiva, acabó por bosquejar una epopeya de sus hazañas, un relato destinado a saciar su sed y a proteger la verdad. Mientras él se deprimía, veía en los ojos de sus amigos que había triunfado. Al cabo de unas pocas horas, todo le dio náuseas: el regreso, la apuesta, sus fantasmadas, los abrazos con Mandine, las reacciones de sus amigos; a fuerza de contarla y de oírla repetir, acabó creyéndose la ficción que había creado, y luego se juró no volver a pensar nunca en la verdadera Mandine, reduciendo sus recuerdos a la nada.

Comenzaba el año escolar, con su retahíla de asignaturas nuevas, de dificultades sin precedentes, y William se convenció de que lograría olvidar.

Algún tiempo después del comienzo de las clases, recibió una carta. Por el aspecto del sobre, supuso que se trataba de un error: papel morado, tinta turquesa, caracteres mal formados, corazones y flores dibujados en una guirnalda en los bordes, como el mensaje de una niña de primaria. Pero su nombre y su dirección estaban en el anverso.

Mandine le había escrito:

William hamor mio. Te hecho de menos. Cuando buelbes? Te kiere tu Mandine.

Arrojó la cuartilla lejos. ¡Qué vergüenza! No solo quiso deshacerse de este personaje superfluo, una débil mental incapaz de escribir una palabra sin faltas, sino que abominó del pellizco de ternura que sintió.

A la luz de la deficiente gramática, de la defectuosa grafía y de los borrones de tinta que salpicaban cada línea, se dio cuenta de que Mandine se reducía a Simplona. A la vista de una misiva semejante, ¿cómo es posible que se hubiese hecho ilusiones? Simplona no merecía ni su amor ni su amistad. Ni nada. Se consideraba mancillado. ¡No era él quien la había mancillado, sino ella!

«Pero ¿qué me ocurrió?» Recordó la apuesta y determinó que la aventura no se habría producido sin aquel reto. En unos segundos, reorganizó sus recuerdos de verano, se pintó a sí mismo como un manipulador triunfante — James Bond en una misión— y se las arregló para darse madera de héroe. El hombre está hecho de tal forma que la culpabilidad pertenece a las emociones fugitivas, el sentimiento permanente sigue siendo la autoestima.

Como no respondió, recibió una segunda carta:

Hamor mio. ¿No rezibistes mi carta? Me duele la varrigna de lo ke te hecho de menos. Te kiero. Tespero. Ben pronto. Besos. Tu Mandine.

Arrojó la carta al triturador de basura.

Las cartas siguieron llegando, portadoras del mismo amor y de su desazón. William las leía para reafirmarse en su negativa a corresponder. Acentuando su torpe expresión con el fin de despreciar con más razón a la joven, terminó considerando a Simplona como un ser inferior, en los límites de la humanidad, indigno de cortesía y respeto, insignificante. Una bestia, en suma...

En noviembre, el sobre había cambiado de color. Blanco, sobrio, no tenía los corazones y las flores habituales.

Buelbe. Estoi jazinta. Tu Mandine.

Primero se rio, luego palideció. ¿Decía la verdad?

Se pasó la semana meditando. El sábado, inventó un motivo para justificar su ausencia con sus padres, se subió a un tren y se fue a Saboya.

El taxi lo dejó en el pueblo. Sintióse extraño, escrutó las laderas donde se había consumado su conquista. Todo le pareció diferente. Una capa de nubes oprimía el valle, la hierba había oscurecido, algunos campos parecían pelados, la tierra marrón, húmeda, evocaba una carne herida que sangra.

No tenía un plan. O más bien, proyectaba varios. Todo dependía de lo que descubriera.

Se acercó a la casa de los Thievenaz ocultándose en el bosque.

Cuando llegó a cincuenta metros de la construcción, observó a un viejo sentado delante de la fachada. El señor Zian, con la piel apergaminada por el sol, seco como una estaca, tallaba un taco de madera de pino con su navaja.

William se tendió en la hierba y esperó.

Media hora más tarde, Mandine se recortó en el horizonte para acceder a la casa.

William creyó desfallecer: había cambiado, más bella, voluptuosa. Entrecerró los ojos y vio lo que se negaba a creer: su mano acariciaba el vientre que apuntaba redondo, suave. A su alrededor, la cabra y el perro retozaban como de costumbre, alegres, solícitos, y su presencia molestó a William, que se dio cuenta de que solo ellos, el perro y la cabra, habían permanecido fieles. Los auténticos amigos de Mandine.

Sin pensarlo dos veces, se puso de pie y agitó los brazos en su dirección. Ella se paralizó. Luego se iluminó con una sonrisa radiante, loca de alegría.

William le hizo señas de que tenían que evitar al señor Zian. Milagrosamente, lo entendió al momento y, cambiando de dirección, se dirigió hacia el redil.

Cuando se reunieron bajo el techo de pizarra gris, el encuentro no se desarrolló como William hubiera querido. Con las mejillas inundadas de lágrimas —lágrimas de éxtasis—, Mandine se abalanzó sobre él y lo besó. Al contrario de lo que esperaba, la chica no lo odiaba. Cualquier rencor, cualquier frustración, cualquier acusación, cualquier reproche legítimo se habían evaporado: su novio había vuelto, ella lo adoraba, sus sufrimientos ya no existían, se reducían a impaciencia.

William se enfrentaba a un perro demasiado cariñoso. Cuanto más trataba de rechazarla, más insistía ella, y su calidez, su aliento, su aroma, su piel lechosa y sus cabellos rojizos le traían a William el recuerdo de sus noches. Siguió luchando sin saber si era para tocarla o para mantenerla a distancia.

Se tumbaron sobre el heno, se calmaron un poco y, cogidos de la mano, se extasiaron mirando las telarañas gigantes entre las vigas.

—¡Mira! —exclamó con orgullo.

Dejó el vientre al descubierto, cogió la mano de William y la posó encima.

—¿Lo notas?

William accedió a mantener su palma contra el cálido ombligo y luego la retiró con semblante serio.

—Tenemos que hablar, Mandine.

—¿Sí?

—No quiero un hijo.

—No...

—No quiero un hijo.

Ella negó enérgicamente con la cabeza.

—Un hombre y una mujer, así se hacen hijos. Es la naturaleza.

—Eso ocurre cuando el hombre y la mujer han decidido casarse.

—¡Cásate conmigo! —le soltó riendo, loca de alegría.

—Escúchame hasta el final. El hombre y la mujer deben casarse y formar una familia. Te quiero mucho, pero no voy a casarme contigo.

Mandine palideció. Lo miró ceñuda, sin tener la certeza de haberle entendido.

William impregnó su voz de dulzura para suavizar la dureza de sus palabras:

—No me caso contigo porque vivo en París. No me caso contigo porque soy demasiado joven. No voy a casarme contigo porque he empezado unos estudios que van a durar mucho tiempo. No me caso contigo porque, aunque me gustas, no perteneces al tipo de mujer con la que debo casarme.

A diferencia de otra chica, Mandine no replicó. Es cierto que podría haber argumentado, asegurarle que viviría en París, que nunca se era demasiado joven para amar, que lo esperaría hasta que acabase sus estudios; pero obedeciendo a su instinto, que se fiaba poco de las palabras, discernía en

William un muro de hostilidad protegiendo un corazón muerto. En lugar de escuchar las frases, la joven se concentró en esa intuición, una intuición que le pesaba, la helaba y la abrumaba.

William sacó un sobre lleno de billetes.

—Toma, te he traído mis ahorros.

—¿Para qué?

—Para aportar mi parte.

—¿¿¿???

—Sé que ocurrió por mi culpa. Este dinero te permitirá abortar.

Como una bestia a la que estuviesen sacrificando, Mandine lanzó un grito y se desplomó en la paja.

Conmoverido por su angustia, William trató de consolarla:

—Mandine..., venga, Mandine...

Trató de acariciarle el brazo, el hombro, la mejilla. Cuanto más amable se mostraba, más lo rechazaba ella, sin soportar sus atenciones ni su contacto.

Durante una hora se esforzó en razonar con ella. Pero las palabras no hacían mella en Mandine, ella sentía lo que sentía. Y lo que sentía la afligía definitivamente.

William se dio por vencido, se puso de pie, se apartó a un lado, colocó el sobre delante del jergón de paja, miró a la llorosa muchacha, dio un paso atrás, vaciló en la puerta y, abofeteado por el gélido aire de noviembre, bajó corriendo la pendiente sin volver la vista atrás, para tomar el tren que lo devolvería a París.

* * *

Los hombres vociferaban, echaban pestes, juraban, se enfrentaban, se insultaban, salían de la estancia dando un portazo y regresaban con odio, denunciaban, se escandalizaban, se largaban con cajas destempladas, bajaban, volvían a subir, prolongaban la discusión, espoleados por la energía de la desesperación. El pánico había ganado la menor parcela de piel, habían perdido su circunspección de altos ejecutivos. Semejantes a marineros en

peligro, como los del *Titanic* que veían cómo un iceberg destrozaba su nave, percibían que el futuro tenía los rasgos claros de una calamidad. Dentro de poco, a la hora legal, las seis en punto, los investigadores de la brigada financiera emergerían de la niebla, llamarían a las puertas de la Torre Golden, mirarían con lupa en los despachos, los archivos, los ordenadores, interrogarían al personal, se llevarían los documentos necesarios para la investigación, luego la instrucción y por último la acusación. Seguirían el linchamiento mediático, la bancarrota de la compañía Golden y diversas penas para sus responsables. Los diez individuos presentes vivían sus últimos instantes en aquella sala. El escándalo que estaba a punto de estallar los salpicaría en diferentes grados: los culpables irían a prisión, a otros les impondrían una multa y todos quedarían marcados por la sospecha, incluso los inocentes. Ninguno sería de fiar.

Teléfono en mano, Stanowski no paraba de teclear una serie de números.

—¿Hola? ¿Hola?

Arrojó su móvil sobre la mesa.

—¡Mierda! ¡Ese gilipollas no me coge!

El director comercial se le acercó.

—¿Estás tratando de llamar a Golden Junior?

—He marcado todos sus números.

—¿Cómo quieres que responda? En los aviones hay que apagar el móvil.

—¿Qué?

El director comercial se sentó frente a Stanowski y le espetó, mordaz:

—¿Por qué crees que no está aquí? Tan pronto como se enteró de la investigación, su padre lo embarcó en un avión para el extranjero. En este momento, Golden Junior está volando hacia un lugar donde no irán a buscarlo.

—¡Joder!

Paul Arnoux, la mano derecha de William Golden, que había asistido a esta escena con repugnancia, se levantó. Se dirigió al fondo de la sala y llamó a la puerta de su jefe y amigo desde siempre.

—Pasa.

Consciente de que solo un hombre se atrevería a molestarlo en una noche como esa, William Golden no levantó la vista para comprobar quién se acercaba y le señaló un sillón.

Permanecieron un minuto en silencio, al cabo del cual William preguntó:

—¿Alguna solución por parte de los de ahí al lado?

—Las reacciones prevalecen sobre la reflexión.

—¿Todavía?

—Demasiadas ideas para que aparezca una pertinente.

Paul Arnoux tocó el antebrazo de su amigo.

—¿Por qué no se sienta tu hijo entre nosotros?

William Golden se estremeció. Paul Arnoux insistió:

—Yo puedo hacerte esta pregunta, no vas a sospechar de mí.

William Golden tragó saliva y miró, pesaroso, el artesonado del techo.

—Él no está al corriente de lo que yo sé. Ignora que se avecina una investigación.

—¿Cómo?

—Está durmiendo.

Paul Arnoux farfulló con estupor:

—¿Cómo? ¿No le has dicho que sus extorsiones habían sido descubiertas? ¿No le has pedido explicaciones?

—Está durmiendo.

Paul Arnoux retiró la mano, como si acabara de quemarse.

—Por favor, William, dime que no te ciega el cariño.

—¿Ciego yo? De ninguna manera. Él ha montado esta canallada y nos ha mentido durante tres años. No hay dudas al respecto, mi hijo ha traicionado mi confianza. ¿Debo sorprenderme? Esa clase de crimen está dentro del orden natural de las cosas. Los hijos matan al padre desde hace milenios.

—Perdona mi ignorancia, solo he criado chicas —replicó Paul Arnoux con amargura.

—Los elementos de que dispongo corroboran la culpabilidad de mi hijo. Sin embargo, ha actuado con cómplices. Tres o más... Francamente, me pregunto si Stanowski no habrá cebado la trampa. ¿No te parece que...?

—¿Qué importa? Tu hijo es la clave de la estafa. Su crédito ante ti, ante mí, ante nuestros accionistas, ante nuestros clientes, le permitió crear el FIRG y luego activarlo. Me importa un bledo saber quién mueve los hilos, Stanowski o él. Todo dependía de tu hijo.

—Admitamos que él concibió el engaño, cosa que creo, ¿es culpable por

ello? ¿El culpable siempre es el culpable? «Culpable», a veces, resulta ser un testafierro. «Culpable», a menudo, se convierte en el traje de una víctima.

—¿Cómo?

—¿Mi hijo orquestó una estafa? ¡De acuerdo! Sin embargo, ¿quién es el autor de su temperamento de estafador? Tal vez yo...

—Te prohíbo razonar así. Tú has subido los escalones de la sociedad de forma legal.

—Legal. Pero ¿moral?

—¡Legal! No cuenta ninguna otra. Solo hay una ley y varias morales. No busques excusas para tu hijo, nuestras decisiones vienen de nosotros. Todo el mundo sufre las circunstancias, cada uno hace su elección. Tu hijo tomó la decisión equivocada.

—Exacto.

—¿Y lo dejas dormir?

—¿Y qué cambiaría si lo despertase?

Paul Arnoux no pudo reprimir un arrebató de cólera:

—¡Que deshaga lo que ha hecho!

—Demasiado tarde.

Paul Arnoux se levantó, febril.

—¿Demasiado tarde? Pues ya que ha sonado el gong, vámonos a casa, la policía nos sacará de la cama. *Morituri te salutant*.

William Golden suspiró cansado y, con un dedo, presionó a Paul Arnoux para que se sentara.

—Hablemos de dinero. ¿Has revisado las cuentas con el director financiero?

—Desgraciadamente, sí.

—¿Cuál es el monto?

—Mencionó tres mil millones. En realidad, son cuatro mil millones.

La cifra provocó una explosión de silencio. William Golden nunca pensó que las deudas del fondo alcanzarían ese nivel.

Después de dos minutos, Paul Arnoux añadió:

—Algo más de cuatro mil.

—Vale, es suficiente. En ese nivel, los millones son una minucia.

El silencio se hizo más pesado. William Golden se incorporó y abrió una

puerta que reveló una colección de botellas, antracita, ámbar o topacio, iluminadas por los anaqueles. Recorrió las etiquetas con desaliento:

—Suelo decir que hay un whisky adecuado a cada situación, pero me temo que tengo costumbres absurdas. No veo cuál...

—Opta por el más caro. *Hic et nunc*. Mañana ya no podrás.

William Golden asintió, cogió una botella de treinta años, llenó las copas con un líquido del que cada gota costaba un dineral, y se sentó junto a Paul Arnoux.

Brindaron sombríamente. William bebió un sorbo, hizo una mueca de placer, chasqueó la lengua y dijo con voz cortante:

—¿Nuestra capacidad de pago?

—¿La del banco? Un cuarto del montante.

—¿Y la mía? ¿Mi fortuna personal?

—Todavía menos. Aunque vendieses todos tus bienes.

—¿No podemos hacerle frente?

—No.

—Entonces, ¿es la ruina?

—Es la ruina.

Asintieron ambos con la cabeza. El trabajo de toda una vida —su obra— acababa de ser destruido. Ningún comentario estaría a la altura de su consternación.

El silencio se llenó de remordimientos, de lamentos y de preocupación por el futuro. Los pensamientos se atropellaban entre ellos, apresurados, numerosos, inacabados, siempre expulsados por otros nuevos.

En un acto reflejo, como el devoto que desgrana su rosario, William Golden empuñó su reloj y abrió la tapa para mirar la fotografía.

Paul Arnoux lo miró asombrado:

—¿Qué es...?

—Nada —respondió secamente William, cerrando la tapa.

Tratando de aparentar naturalidad, consultó la esfera y luego señaló la puerta que daba a la sala de conferencias.

—Hace una hora que discuten ahí detrás... Oigamos el resultado de sus reflexiones.

Paul Arnoux se encogió de hombros, escéptico. No esperaba ninguna

solución de los hombres allí reunidos. En realidad, ya no esperaba nada. Sacudiendo la cabeza, murmuró, con los labios colgantes:

—¿Qué estamos haciendo aquí? ¿Servía para algo celebrar una reunión de crisis en el *Titanic* una vez que el iceberg había reventado el casco? No impediremos un naufragio inexorable. No salvaremos nada.

Un reprobador William Golden dijo, observando el líquido ambarino de su vaso:

—¿Qué se puede salvar? ¿El dinero?

—No.

—¿El honor?

—Tampoco. *Alea jacta est*.

Paul Arnoux se retiró.

Cuando se quedó solo, William repitió varias veces:

—Ni el dinero ni el honor.

Cogiendo de nuevo su reloj, liberó la fotografía y, con la voz quebrada, insistió:

—¿Qué habrías hecho tú?

* * *

En abril, cuando empezaba a preparar las pruebas de bachillerato, William recibió una carta de Mandine.

Sus dedos temblaron al cogerla.

No había tenido noticias suyas desde su entrevista en noviembre, un silencio que lo había tranquilizado tanto como inquietado. Tranquilizado, porque significaba que Mandine se había rendido; inquietado, porque conocía poco a Mandine como para predecir sus reacciones y, como buen narcisista, no se imaginaba que dejaría de amarlo tan rápido.

En varias ocasiones había pensado en escribirle, pero la prudencia se lo había impedido. Una carta habría avivado la llama de Mandine y alertado al señor Zian; sí, con una carta se habría arriesgado a aportar una prueba objetiva de su presencia en una historia de la que quería estar ausente. En

diciembre, atormentado por no saber nada, le había preguntado a Paul si pensaba ir al chalé de Saboya por Navidad. Su amigo había exclamado con semblante decepcionado: «¡Te puedes creer que el paterfamilias lo ha vendido! Un holandés le ofreció una suma astronómica. Mi hermana y yo protestamos, pero el *pater*, cansado de las pistas de esquí y las rutas de senderismo de los alrededores, nos prometió comprar un chalé en Zermatt, en Suiza. Una pena y una alegría al mismo tiempo...». Escuchando sus palabras, William había respirado aliviado: ni Paul ni su familia —nadie en su entorno — establecerían una relación entre Mandine y él. A partir de ahora, Mandine, el señor Zian, la cabra saltarina y el perro pajizo residían en el fin del mundo, a miles de kilómetros de distancia.

En el umbroso vestíbulo del edificio, con el corazón latiendo aceleradamente, rasgó el sobre con una curiosidad mucho más vivida que en el otoño, cuando se contentó con suspirar de fastidio.

A nacio. Es un meón. Te se parece mucho. Es mu bueno. Yo lo amo. Te amo. Tu Mandine.

William leyó el mensaje unas cuantas veces, pero no logró asimilarlo. ¿Se había quedado Mandine al niño? ¿Había nacido un niño? ¿Tenía un hijo? ¿Un niño que se le parecía?

Aturdido, se sentó en el primer peldaño de la escalera y miró el papel fijamente, como si fuera a inspirarle un modo de actuar.

¿Él, padre?

¿Con quién hablar? Sus camaradas, los Águilas, le tomarían el pelo, y sus padres no le creerían. ¡Cuidado! ¡Peligro!: si William aireaba la historia, acreditaría una paternidad que nada probaba. Quizá Mandine se hubiese acostado con otros... Probable... ¡Seguro! ¿Te conviertes en padre por tres noches? ¡Por favor!

William estrujó el papel y lo hundió en el cubo de la basura hasta que desapareció bajo los detritus, devolviendo a la nada lo que aquellas estúpidas líneas le habían comunicado. Mandine vivía en un mundo que no era el suyo, un país quimérico, del que lo separaba un muro impenetrable, el de la verosimilitud. William se instaló en el reino de la negación.

Durante los días siguientes, se centró testarudamente en sus estudios. Catear las pruebas de bachillerato equivaldría a ceder a Mandine; peor aún, a

abrazar su crasa nulidad. No solo tenía que conseguirlo, sino sacar matrícula de honor, el abracadabra del curso preparatorio que ambicionaba.

El lunes, el buzón contenía una carta. Aunque venía estampada con la letra de Mandine, no presentaba la apariencia ni la consistencia habitual. Protegido por la convicción de que el mensaje llegaba de un universo que no existía, William rasgó el sobre y sacó una foto.

Un bebé abría sus ojos asombrados al objetivo.

—¿Mi hijo?

Durante un instante contempló la carne de su carne, traspasado por un fulgurante escalofrío, mezcla de alegría y pánico; luego se rehízo, inspiró, hizo una mueca, se encogió de hombros y se metió la foto en el bolsillo.

—¡Y a mí qué me importa!

Estimulado por una de las grandes fuerzas del espíritu, la mala fe, reprimió sus emociones y olvidó la imagen.

Hasta tal punto la olvidó que, una semana más tarde, su madre lo abordó en el cuarto de baño con la foto entre sus dedos.

—Vacía los bolsillos antes de echar tu ropa a lavar, por poco meto esta foto en la lavadora.

Su madre se la acercó a los ojos y la examinó, repentinamente interesada.

—¡Qué curioso! —susurró.

—¿El qué?

—¿Dónde la has encontrado?

—¿A qué te refieres?

El suelo se hundió bajo sus pies. Su madre insistió:

—No me acuerdo de esta foto. Ni siquiera recuerdo dónde la sacamos. Sin embargo, eres tú, recién nacido... No sé, tal vez en casa de mis padres. ¿La cogiste del álbum familiar?

—La... la encontré en un viejo diccionario.

—Por eso no la recordaba. Se habrá traspapelado hace años.

Se la devolvió, acompañada de una afectuosa palmada.

—Un bebé increíble... Cuando vemos en lo que se convirtió después, ¡qué ruina!

La madre se alejó riendo.

William se quedó petrificado con la fotografía en la mano, y luego, tan

pronto como se aseguró de que nadie lo veía, la hizo trizas furioso. ¡Sin rastro, sin pruebas, sin realidad!

Pasaron los años.

Regularmente, William descubría en el buzón las cartas de Mandine, y con la misma regularidad las arrojaba a la papelera sin abrirlas. Su silencio zanjó el asunto.

Empujado por la ambición, con el respaldo de sus padres, aprobó los estudios y obtuvo los títulos superiores que había soñado. Samuel Golden, el tío banquero para quien su único sobrino se había convertido en su ojito derecho, le pagó un máster carísimo en Oxford y, a continuación, convencido de que había encontrado a su sucesor, lo tomó bajo su ala y lo puso a trabajar a su lado.

En el momento en que William, con la garantía de un salario desahogado, se instaló en un *loft* de soltero cerca de la Bastilla, sus padres aprovecharon para cambiar de piso. El correo que llegaba a la antigua dirección les fue reenviado durante un año, luego la entrega se interrumpió. Las palabras de Mandine dejaron de llegarle a William.

La olvidó.

Aunque salía con muchas mujeres, cortaba rápidamente con sus ligues, torpedeando cualquier relación seria que habría podido durar: no iba a cargar con un matrimonio o una familia que entorpeciese su ambiciosa carrera.

Una tarde de junio, cuando regresaba de una fiesta con la mente saturada de cansancio y el cuerpo ebrio de alcohol, William perdió un segundo el control de su automóvil, que se estrelló contra un árbol.

Alrededor del tronco, los equipos de socorro se encontraron con una carcasa de metal de la que tuvieron dificultades para excarcelar a un William inconsciente, ensangrentado y con todos los miembros rotos. Pese a la rapidez de su intervención, y a despecho de los excelentes médicos, se temía por su vida tantos eran los daños causados por el choque.

William pasó cinco días en estado vegetativo, se despertó del coma y

luego le indujeron un coma artificial para operarlo.

Cuando volvió a la vida, su mundo se reducía a un box en el área de reanimación donde lo visitaban sus padres, su tío, su amigo Paul y dos amantes con quienes había mantenido relaciones cordiales. Cada mañana, los internos rodeaban la cama del enfermo para escuchar, con deferencia estatuaría, al eminente catedrático de Medicina que comentaba los resultados y, acto seguido, indicaba los procedimientos. Finalmente, le informaron de que dejaba la unidad de reanimación y le esperaba una convalecencia de varios meses en un centro de rehabilitación en Garches, cerca de París.

Al principio, al ver a los lisiados, se negó a pertenecer a ese grupo en el que uno estampaba su club de fútbol favorito en su camiseta y otro a su superhéroe del cómic; no se reconocía en aquellos inválidos, hemipléjicos, parapléjicos o tetrapléjicos. Contrariado, se planteó incluso quedarse inmóvil entre las sábanas, sin hacer el mínimo esfuerzo. Pero, poco a poco, rodeado de kinesioterapeutas, ergoterapeutas, enfermeros y enfermeras entusiastas, comenzó el largo camino que lo llevaría de regreso a la autonomía. Con humildad, se concentró en sus ínfimos progresos: reaprender la posición de sentado, la postura de pie, el equilibrio, la marcha, arrastrarse de la cama al sillón y luego del sillón al aseo, y considerarlo como una victoria. Terminó empleando toda su energía en la reconquista de sus capacidades, hasta el punto de que los médicos, inicialmente desconcertados por su apatía, lo felicitaron: rara vez la recuperación había avanzado a tal velocidad.

Al sexto mes, el doctor Solal recibió a William en su despacho.

—¡Enhorabuena, William! Me complace comunicarle que la próxima semana dejará Garches.

—Gracias, doctor. Guardaré un recuerdo imborrable de la ayuda que me han prestado.

—Antes de que se reincorpore a su vida, me gustaría volver sobre un tema que mencionamos a su llegada aquí, pero que, entonces, no llamó su atención. Se trata de las secuelas del accidente y de las múltiples operaciones.

El galeno carraspeó.

—Lamento decirle que no podrá tener hijos.

—¿Cómo?

—Podrá hacer el amor, tal vez ya lo haya hecho, no se verá privado de placer, pero sus canales de extracción de espermatozoides han sido cortados, triturados. No podrá engendrar.

William bajó la cabeza. El doctor Solal le mostró su simpatía:

—Un duro golpe, lo sé.

William levantó la barbilla sonriente.

—Se lo aseguro: nunca ha sido mi intención fundar una familia. En cualquier caso, jamás ha figurado entre mis prioridades.

—Se cambia de opinión...

—Yo no. Sobre todo, si carezco de medios.

Se rio con ganas.

—¡Me siento feliz de estar vivo, doctor!

Cuando franqueó el umbral del Banco Golden, William se sintió a la vez victorioso y frágil, infundido de una ebriedad desconocida, electrizante y enervante, que lo incitaba a saborear cada segundo. Su tío lo recibió con lágrimas en los ojos, recobrando la alegría que había sentido antaño en la clínica de maternidad, pero enriqueciéndola por el hecho de que ahora conocía a su sobrino, un ser digno de amor, admiración y respeto. Si la emoción de un nacimiento exalta, nada excede la emoción de un renacer a la vida porque uno lo percibe con plena consciencia. Después de un breve abrazo, el trabajo se reanudó, y la compenetración de los dos hombres, nutrida por esta prueba, se fortaleció.

William se apasionó más si cabe por su trabajo —algo que hubiera parecido imposible, dada su dedicación anterior—, cuya recompensa medía frenéticamente. Dicha recompensa iba más allá del salario recibido a fin de mes, era su poder de existir, su capacidad de actuar, el olvido de su cuerpo dolorido, el convencimiento de ser útil, incluso indispensable. Cuando, concentrado, meticulado, metódico, clavado en su escritorio, dedicaba horas y horas a resolver mil problemas y a tomar cientos de decisiones, se desdoblaba: un espíritu suyo se elevaba por encima de sus hombros, cual genio flotante, espectador de su existencia, que le susurraba al oído con una

sonrisa serena: «¡Estás vivo, vivo!».

Solo le fastidiaba una cosa: el silencio. Porque el silencio tenía olores de hospital. Así que una inmutable música clásica —Mozart, Bellini, Donizetti, Verdi, Bizet, Massenet— envolvía su despacho como un bálsamo.

Una tarde de abril, cuando se disponía a archivar sus dossieres, su tío lo llamó por teléfono.

—Reúnete conmigo en la sala de juntas.

Cuatro pisos más abajo, en la ostentosa estancia diseñada para impresionar a clientes y colaboradores, William se unió a Samuel Golden, que estaba sentado en el extremo de la mesa de caoba. Por primera vez, su tío le pareció viejo: su escuálido cuello apenas le sostenía la cabeza, que caía sobre su pecho; su cuerpo había encogido en su traje de paño negro; sus párpados resecos, enrojecidos en los bordes, conferían una preocupante fijeza a sus ojos empañados, y sus labios demasiado finos estaban teñidos de un azul mórbido.

—Estoy cansado, William. Desde tu accidente, he comprendido que nadie es inmortal, ni siquiera yo, aunque me cueste creerlo.

Hizo una mueca agarrándose el estómago.

—La familia nunca ha sido una prioridad para mí. Triunfar, construir mi imperio, este banco, ha absorbido mi tiempo, agotado mis fuerzas. Por supuesto, podría haberme casado distraídamente con una mujer e, igual de distraídamente, haber tenido hijos con ella, claro. Pero yo no puedo hacer nada distraídamente, sin entregarme por completo. ¿Resultado? No tengo un heredero.

Adelantó el mentón hacia su sobrino.

—Espero que nunca hayas contado con ser mi heredero.

William respondió con el corazón en la mano:

—Jamás. Lo he pensado, pero no cuento con ello.

—¿Por qué?

—Sabes muy bien, tío Samuel, que hoy se hereda de los padres prácticamente cuando uno se jubila. Más te vale construir tu vida sin cifrar tus esperanzas en una herencia.

Samuel Golden sonrió asintiendo con la cabeza. William siguió su razonamiento:

—Además, siempre has dicho que legarías tu fortuna al Instituto Yad

Vashem, en memoria de nuestros antepasados muertos en la deportación. Y yo apruebo tu decisión.

El tío Samuel se rascó las manos cubiertas de manchas marrones y después suspiró.

—Vales más que el hijo que no he tenido. —Volvió su mirada rapaz hacia él—. En los últimos meses, has estado prácticamente al mando. Te he estudiado, William: tu resistencia, tu rapidez de análisis, tu temple, tu cordura, todo ello se revela excepcional. Te admiro.

—Gracias.

—Razonaba al revés en lo tocante a mi familia. Inclinar me hacia los muertos antes que hacia los vivos... ¿Por qué aberración privilegiar el pasado? ¿Por qué interesarme en los que me precedieron y no en los que me suceden? ¡Absurdo! Por lo tanto, he cambiado mis disposiciones testamentarias. Tú serás mi heredero si...

William se estremeció.

—¿Qué?

—Tú, si...

—¿Yo, si qué?

—Tú, si tienes un hijo.

William se quedó boquiabierto, sin oxígeno. Samuel Golden terminó:

—Te dejo mi fortuna si tú también, un día, la transmites a tu vez. No protestes, ya he firmado mis voluntades ante notario esta mañana. Y tampoco me des las gracias.

Samuel despidió a William con un ademán, como si hubiese tratado un asunto rutinario, y se encerró en su despacho contiguo.

William decidió volver a pie. A pesar de la anquilosis de sus piernas y sus caderas, necesitaba reflexionar con la calma que solo permite la marcha.

Caminaba, con la cabeza gacha, de acera en acera, alzando apenas los ojos en las luces de los semáforos antes de atravesar una calle, pasando del asfalto a los adoquines pulidos por los siglos, absorto, insensible a los humanos, sin cruzar más que siluetas privadas de rostro. Amaba París y su cielo sin estrellas, lleno de farolas encendidas. Amaba París de noche, cuando la ciudad se percibe más con la nariz, los oídos y la piel que con los ojos. Amaba el París húmedo a lo largo del Sena, seco entre las fachadas antiguas,

el París recalentado por las emanaciones del metro lanzando su aliento carbonoso a través de las rejillas, el París pútrido al lado de los contenedores, el París ruidoso, caótico, antipático, con un tráfico tan estridente como un parque de atracciones, y luego súbitamente taciturno a la vuelta de una esquina, de una calma aparente, un grafiti de silencio compuesto por mil sonidos furtivos: una bombilla que se funde, una motocicleta que petardea, una radio ronroneando en el fondo de una portería, una rata colándose por la alcantarilla, un piano en sordina cuyas notas fluyen desde una buhardilla lejana. Amaba el París tranquilo, desierto, pero no muerto.

Los pasos de William acompasaban sus pensamientos, llevándolo a lo esencial. Durante su periplo, la evidencia se imponía: le explicaría a su tío que su proyecto se estrellaba contra un obstáculo anatómico. Seguramente, podría encontrar a la mujer de su vida; seguramente podría casarse con ella; pero nunca tendría hijos, como le habían notificado en Garches. William consideró que le debía la verdad a Samuel. Si se la confesaba, quedaba en manos de su tío decidir: o mantener su posición, o legarle el banco de todos modos. Sí, Samuel tenía que saberlo. Y, a continuación, sea cual fuere su elección —eso era lo de menos—, William la aceptaría.

Caminó a lo largo del río, de donde subía un frío glacial. Cuanto más se fatigaba su cuerpo, más se aligeraba su mente. A medida que se espesaban las tinieblas, él veía con mayor claridad.

«¿Y si... —pensó William esperanzado—, y si el tío Samuel se mostrase favorable a un compromiso?» Adoptaría niños... o se uniría a una mujer que criase a uno de un primer matrimonio... ¿Negociaría, quizá?

Cuando llegó al pie de su inmueble, ya no sonaba ningún campanario, París había perdido su pulso, pero él había encontrado lo que expondría a su tío.

Por la mañana, después de dos horas de descanso —se había desplomado en la cama, vestido y calzado—, William fue al banco, convencido de lo que deseaba decir.

Apenas se había acercado al edificio cuando notó una agitación inusual frente a la monumental entrada, por la que pululaban policías, sanitarios, ejecutivos y empleados. Al ver su coche, Paul Arnoux corrió hacia William y no esperó a que se apeara para comunicarle la funesta noticia: esa noche, el

corazón de Samuel Golden había dejado de latir. Acababan de encontrarlo, rígido, en su cama.

Con los puños crispados al volante, William estaba demasiado anonadado como para expresar ninguna emoción. Mientras Paul seguía hablándole para traerlo de vuelta a la realidad, un sentimiento de culpa rompió su aturdimiento y lo invadió. ¿Debería haberse alarmado el día anterior por el aspecto de Samuel? ¿Por qué había alejado la inquietud que había sentido? ¿No debería haber llamado a un médico en lugar de mantener aquella conversación? Pensó en su caminata nocturna por París, durante la cual, ocupado solo de sí mismo, no había sospechado la agonía de su tío.

Se odió con toda su alma.

Los días siguientes engranaron la mecánica de los funerales de acuerdo con las disposiciones de Samuel Golden, quien, obviamente, había previsto la proximidad de su fin. William participó como un autómata, el rostro macilento, el cuerpo rígido, la palabra parca, cosa que todo el mundo tomó por una honda pena.

La mala conciencia lo atormentaba. Por eso, en la lectura del testamento, casi se sintió aliviado al interrumpir al notario para gritarle que no heredaría porque no tenía hijos.

El funcionario público frunció el ceño.

—Escuche a su tío hasta el final. Le concede dos años para que vuelva aquí con un niño y la prueba de su filiación mediante un test de ADN.

—¡No hay necesidad de esperar, se lo aseguro! No puedo engendrar desde el accidente.

—¿Está seguro?

—¡Totalmente! Déselo todo a las asociaciones.

—Le doy la oportunidad de probar suerte, señor Golden. ¿Por qué darse por vencido? La ciencia ha aumentado nuestra capacidad de procrear. Hoy en día, gracias a...

—Ni siquiera pienso intentarlo.

El abogado se abstuvo de hacer más sugerencias, falto de simpatía hacia un hombre que rechazaba millones, y luego concluyó con un tono de voz perentorio:

—Da exactamente lo mismo. Esperaremos dos años. La ley nos obliga a

respetar las intenciones del difunto.

Según las prescripciones de su tío, William se convirtió en presidente y director general del banco y debía ejercer su mandato durante dos años. Después, todo volvería a decidirse...

William empuñó las riendas de la sociedad con fuerza y solvencia, deseoso de honrar la memoria de su tío. Los mercados sufrieron por aquel entonces siniestras turbulencias ligadas a las burbujas especulativas que estallaban, a las reglas que cambiaban, a los especuladores que se aprovechaban de la tempestad para asaltar los navíos, pero en medio de entidades financieras hundiéndose una tras otra, William mantuvo el rumbo y llevó el navío Golden a buen puerto.

La fecha fatídica se acercaba. Solo Paul, el fiel y eficiente Paul, conocía las cláusulas del testamento.

Una noche, compartiendo un whisky en el despacho de William después de un día agitado, manifestó su inquietud:

—Temo el futuro, William.

—¿Qué futuro?

—La sucesión.

—No te preocupes. Las acciones del banco pasarán a manos de organizaciones benéficas, pero supongo que me pondrán al mando.

—Sin duda... Tampoco es seguro... Sea como fuere, ya no nombrarás tú solo al consejo de administración, tendrás que satisfacer a los accionistas. Y todos sabemos que los accionistas son miopes, que reclaman solo una cosa, dividendos, incluso cuando la lógica de una empresa exige invertir. En este momento, el barco todavía se balancea; si ellos contrarrestaran tus decisiones, o aunque solo las retrasasen, el naufragio tendría lugar. Además, ¿cuánto durarán estos tiempos de incertidumbre?

—El consejo de administración no cambiará de capitán durante la tormenta. Sigo siendo optimista.

—¿En serio?

—Por naturaleza.

—Lo cual no justifica el optimismo.

—Quiero ser optimista.

—¿Eso es terquedad! No me tranquilizas. *Aut Caesar, aut nihil.*

La discusión continuó, libre, franca, sin solución evidente. Los dos hombres se apreciaban desde la adolescencia y se congratulaban de recorrer hombro con hombro el camino de sus vidas.

—¿A dónde vas con tus hijas este invierno? —preguntó William.

—Al Cluzet. ¿Te acuerdas? Mi padre tenía un chalé allí y nos quedamos un mes, el verano anterior a nuestro bachillerato.

La imagen surgió en el cerebro de William: ¡Mandine! Mandine, su novia de tres días. Mandine y sus cartas suplicantes. Mandine y su supuesto hijo...

¿El hijo de William?

El señor Zian se mantenía erguido sobre sus piernas delgadas, sostenido por el bastón que había plantado frente a él, serio, hostil, impidiendo que nadie pasara. Un anorak de color carmesí, que daba a su torso un volumen que no tenía, lo volvía amenazador, un guardián de piel apergaminada, pelo blanco y mostacho recortado a tijeretazos, un obstáculo plantado ante las puertas de la Saboya.

La sala de espera estaba vacía. Menos frecuentada cada año, ya no empleaba a ningún taquillero ni jefe de estación. Un dispensador de billetes permitía a los usuarios subir a bordo, mientras que un cubo de basura ofrecía sus servicios.

Saliendo del tren, ataviados con abrigos de cachemira sobre sus costosos trajes aterciopelados, Golden, Müller y Johnson, los únicos viajeros, avanzaron hacia el señor Zian.

El viejo les gritó:

—No encontraréis aquí ni a mi hija ni a mi nieto.

—Buenos días, querido señor Thievenaz —saludó el primer abogado.

—Estamos encantados de conocerlo al fin —prosiguió el segundo.

Con un ojo centelleante, el anciano los midió; luego dirigió su mirada sobre William Golden. ¿Qué veía? ¿El rostro de un extraño? ¿El cerdo que había abusado de su hija? ¿El amante a la fuga? ¿El millonario que iba a reparar su falta? ¿O bien observaba en William rasgos que pertenecían al rostro familiar de su nieto? Su expresión era indescifrable.

—Sígueme.

En silencio, dio media vuelta, salió de la estación y tomó la única calle del pueblo encajonado entre montañas. La calzada gris, llena de baches, había sufrido los rigores del invierno; la grava arrojada para impedir resbalones en la nieve rodaba bajo sus zapatos. El viejo cojeaba, digno, lento, incluso remolón, como si se recrease en acompañar el paso de los parisinos al suyo.

Entró en un café cuyo nombre —«El rincón de los amigos»— le dio escalofríos a William por la ironía.

Se sentaron en taburetes alrededor de una mesa sencilla. El lugar, sin gusto ni gracia, enjalbegado de cal gris en las paredes y de baldosas en el suelo, apestaba a queso mezclado con un tufo de moscatel y el aroma ácido de un limpiador a base de lejía. Los parisinos decidieron apoyarse en el mantel de hule pegajoso. En torno a ellos, nada notable, a excepción de una estrecha ventana abarrotada de plantas suculentas y muñecas de ganchillo y, detrás de la puerta de entrada, un gigantesco reloj de pared de madera de nogal, cuyo péndulo dormitaba entre sus formas de mandolina.

El señor Zian pidió a la camarera una botella de sidra con cuatro vasos sin preocuparse por los deseos de cada uno.

Se tomó su tiempo para beber, se secó el bigote y luego, posando su vaso de gres, preguntó en dirección a William:

—¿Por qué?

—¿Por qué, qué? —repitió William, cauteloso.

Dudaba sobre el significado de la pregunta: ¿el señor Zian le preguntaba por qué había huido o por qué regresaba?

El señor Zian insistió incommovible:

—¿Por qué marchar?

Esta pregunta molestaba menos a William que la otra.

—Era muy joven.

—Lo suficientemente mayor como para acostarte con Mandine.

—Demasiado joven para la paternidad.

—¿Y para la maternidad? Mandine tiene la misma edad que tú.

La réplica había estallado como un latigazo; sin embargo, más allá de la agresividad, William percibió la posibilidad de un acuerdo bajo el tuteo; aunque criticado por el señor Zian, podría ser aceptado.

—Hicimos el amor, nada más. No teníamos intención de casarnos ni de

educar hijos.

—Habla por ti.

William bajó la cabeza, consciente de su mala fe. Mandine siempre había imaginado unirse a «su príncipe», y él había fingido no oír y luego olvidar.

—Después de mi regreso a París, no creí lo que me decía Mandine. O no quería creerlo. En fin, sí, porque le di dinero a Mandine para que abortase en el hospital.

El señor Zian se encogió de hombros y miró al sol, fuera. Durante unos segundos, pareció concentrarse en el cielo despejado, olfateando la luz, lejos de la compañía de los hombres. La frente impasible, los ojos tan azules como el cénit, casi ausente, acabó por mascullar, con voz gutural:

—Vosotros los parisinos nos despreciáis porque vivimos con nuestros animales. Sin embargo, deberíais observarlos, aprenderíais de ellos. Entre las bestias, un macho jamás olvida alimentar o criar a sus cachorros.

William giró la cabeza, conmovido, incapaz de responder. Ante el tono feroz del señor Zian, Müller y Johnson se callaron unos segundos por decencia; después, volvieron a la carga.

—Señor Thievenaz, le ruego que considere que nuestro cliente lamenta hoy su comportamiento de ayer, y que se avergüenza, razón de su venida aquí, y que desea repararlo adoptando compromisos para ello.

—¿Reparar? No se repara a las personas como se repara un coche o una tostadora.

—Tal como le indicamos en nuestra carta, nuestro cliente está dispuesto a reconocer al niño, a hacerse cargo de los gastos de su educación y a abonarle una suma considerable a la madre.

—¿Considerable para quién? ¿Para nosotros o para él? Vuestro papel no decía nada de eso.

—Un millón de euros —anunció Müller.

—Una cantidad sustancial para ambas partes —añadió Johnson.

—Por supuesto, haremos una prueba de ADN como requisito previo —concluyó Müller.

Cogido por sorpresa, incrédulo, el señor Zian escupió, intranquilo. Abandonando la contemplación de la naturaleza, escrutó a William en busca de confirmación. Él asintió con la cabeza. El señor Zian frunció el ceño

acentuando las arrugas.

Preocupado, Müller intervino:

—La oferta del señor Golden nos parecía demasiado generosa, pero la ha mantenido porque la considera proporcional al daño.

—«El señor Golden»... —repitió el viejo, mascullando con desprecio el pomposo tratamiento.

—¿Se niega a darle una oportunidad al señor Golden? —reiteró Johnson.

Como si los abogados le importasen lo mismo que las moscas, el señor Zian respondió a William:

—No es a ti a quien doy una oportunidad, sino a Mandine y a Jébé.

William subía por el sendero pedregoso que llevaba a la casa del señor Zian, quien había obligado a los abogados a esperar abajo.

Era un día radiante, ni una nube deshilachada entre los picos. Los relieves, las rocas y las cumbres se destacaban con pureza, mientras el torrente, parloteando con los pájaros, arrastraba sus aguas vivas entre los cantos rodados de su lecho.

El señor Zian había cambiado el ritmo, se apresuraba con lentitud, con pie firme, el equilibrio preciso a pesar de su invalidez. Tras él, un estoico William superaba sus anquilosamientos para seguirlo.

Trataba de conversar con el anciano:

—¿Cómo se llama el niño?

—Jébé. ¿No sabes su nombre?

La amargura del tono fue como un jarro de agua fría para William, que esperó un rato antes de seguir preguntando:

—Un nombre curioso, Jébé...

—Una abreviatura.

William esperó unos cincuenta metros antes de insistir:

—¿Cuál es su nombre completo?

—Deberías saberlo. Mandine lo bautizó así por tu culpa.

—¿Cómo?

—¡James Bond! —tronó el señor Zian.

Se detuvo, giró sobre sus talones y lo apuntó con un dedo acusador.

—Mandine dice que es tu héroe favorito.

William recordó las novelas de espionaje que leía en la época en que sedujo a la chica y se puso colorado.

—¡Ah! —concluyó el señor Zian, como si William confesase su responsabilidad.

El viejo reanudó el ascenso con firmeza rabiosa.

—Yo le llamo Jébé. Jamás en mi vida pensé que tendría como descendiente a James Bond Thievenaz.

Jadeante, preocupado por no arrastrarse pese a su dolorida cadera, William guardó silencio, corrigiendo mentalmente el estado civil de su hijo en James Golden, o James B. Golden. A lo lejos, surgido de un establo, un hombre llevaba su rebaño a los pastos. Excitadas, las terneras galopaban haciendo repiquetear sus cencerros, mientras sus madres pacían grandes manojos de hierba.

—¿Les ha advertido de que veníamos?

—Sí.

Las respuestas lacónicas del viejo atascaban la conversación. William estaba irritado por que lo tratase como a un chisgarabís de dieciséis años.

Transcurridos varios minutos, William, sudando a mares, se arriesgó:

—¿Mandine está enfadada conmigo?

El señor Zian se encogió de hombros, con expresión dolida.

—No.

Llegaron a la altura de un poste de alta tensión y recuperaron el aliento. En torno a ellos, la primavera se desarrollaba a dos velocidades: en aquella ladera ya había reverdecido los prados, que aquí y allá se iluminaban con profusión de dientes de león; en la de enfrente, que se beneficiaba menos del sol, la tierra a floraba todavía, y solo las pálidas primulas se adherían a las piedras.

—¿Mandine no me odia? —repitió, confuso.

—Mandine es Mandine.

El señor Zian consideró que la pregunta ya estaba contestada, y luego reflexionó observando los rasgos de William.

—Ella te esperaba. Seguía diciendo que volverías, aunque la riñese cada vez que decía eso. Y ahora no ha parado de llorar desde hace dos días, de lo

contenta que está.

—¿Contenta porque tenía razón?

—Contenta por verte.

Presas del pánico, William se estremeció; una sacudida espontánea de su cuerpo reveló su deseo de huida. El señor Zian percibió ese reflejo y un destello sardónico atravesó sus pupilas.

—No te preocupes, le he prohibido que salte sobre ti. Que te lama como una perra que festeja a su amo... Me repugnaría. Le he ordenado que piense en el nieto. Solo en el nieto. Lo ha entendido.

En el camino embarrado, las cabras que habían ido a beber al abrevadero de madera habían dejado sus huellas: en este punto, William recordó que la casa se hallaba a cien metros de distancia, detrás del terraplén.

Se le encogió el corazón.

Mandine estaba de pie frente a la casa, con un niño de la mano. Sin duda, los había observado mientras ascendían... o había estado parada allí, confiada, desde la mañana.

Ni el tiempo, ni la pena, ni la maternidad habían empañado su belleza, su naturaleza embriagadora. Resplandecía, espléndida, llena de fuerza y de vida, con una sonrisa extasiada abriendo sus labios carnosos.

William experimentó el mismo deslumbramiento de diez años antes y luego se rehízo. No, no había venido por Mandine, sino por su hijo. Estaba fuera de toda duda que no iba a repetir el error de antaño.

Se acercó lentamente, los pies pesados como el plomo, las palmas empapadas de sudor, temiendo a cada segundo equivocarse —bien por alentar a Mandine, bien por desdeñarla—, temiendo el juicio de ese niño desconocido que, muy formalito con su jersey anaranjado, miraba al señor que les hacía una visita.

Todos se detuvieron. El niño se había convertido en el centro del mundo. Los tres adultos espiaban su reacción.

Mandine, reprimiendo mal su emoción, con el rostro transfigurado de alegría, los ojos muy abiertos, miraba al niño, señalándole a William con la mano, como si le ofreciese el más preciado regalo.

En un fogonazo de lucidez, William comprendió el contexto. Mandine perdonaba. Mejor dicho, se situaba más allá del perdón, había borrado la

pizarra del pasado. Para ella, solo contaba el instante, que anulaba las desdichas anteriores; en ese instante, su Jébé se encontraba al fin con su padre, a quien le presentó orgullosamente. Su padre era un buen padre. Su padre era un señor muy guapo, muy inteligente, muy bueno, que había triunfado en la vida.

El niño se daba cuenta de que vivía un momento crucial. Su mirada se desplazaba de su madre a su abuelo y después a William. Dudaba. Demasiadas presiones lo agarrotaban.

William dio un paso adelante y, sin pensar, se arrodilló ante él.

—Hola —susurró.

—Hola —respondió el niño con voz aflautada, aliviado de que la escena volviese a la normalidad.

Besó respetuosamente al adulto en la mejilla y luego le preguntó, con los ojos centelleantes de la admiración que estaba a punto de tributarle:

—¿Es verdad que eres un príncipe?

* * *

En el tren que lo llevaba de vuelta a París, la mirada prendida en los cables eléctricos que, orillando la vía, acompañaban dulcemente su ensoñación, William descansaba, roto por las emociones del día. Los dos abogados, reclamados por otros asuntos, lo habían dejado solo unos minutos para un conciliábulo.

Su juventud se le antojaba muy lejos. Diez años lo separaban de aquel verano, de Mandine, de su ágil y petulante cuerpo, de su tórrida e inocente sensualidad. Desde aquel mes de agosto, se había dejado la piel en sus exámenes, sus títulos, sus competiciones, había luchado por imponerse a su tío, luchado para volver a caminar después del accidente, luchado por impedir la ruina del Banco Golden; sí, desde entonces no había hecho sino luchar. Pero allí, en el promontorio de los Alpes, había descubierto que uno podía contentarse con vivir, respirar, sentir la caricia del viento, abrir los ojos para admirar el mundo, levantarse por la mañana y acostarse por la noche; esperar

diez años a alguien sin que ello molestase más que cinco minutos de retraso en París.

Su hijo le gustaba, Mandine le gustaba. Sin embargo, seguían siendo dos desconocidos. Dos extraños. Bajo la vigilancia del señor Zian, Mandine y William no se habían rozado, obedeciendo a una contención natural en William, obligada en el caso de Mandine.

Müller y Johnson se sentaron de nuevo frente a él. Cerrando su maletín, Johnson enarboló el kit que había usado con Jébé y William.

—Nos entregarán el resultado de sus ADN comparados dentro de ocho días.

William ni pestañeó. Él no necesitaba ninguna prueba de paternidad: Jébé se le parecía; mejor dicho —porque nadie tiene una idea objetiva de sí mismo—, se parecía mucho a Jean, un primo por parte materna, al que a menudo tomaban por su hermano. La herencia no mentía. Esta certeza suscitaba en él sentimientos contradictorios e incómodos: puesto que era el padre, también era un cabrón. Sin embargo, no se sentía obligado con Mandine. La había deseado antaño, nunca después, tampoco hoy, impensable concederle un lugar a su lado. ¡Qué más daba Mandine! Ya estaba acostumbrado a rechazarla, a ignorar su sufrimiento, y con ella se limitaría a actuar igual que anteriormente. Pero ¿y con el niño? ¿Debería amar ahora a ese hijo que había abandonado? ¿El único que tendría jamás?

Abordó el tema con sus abogados:

—¿Qué me aconsejan que haga con respecto a mi hijo?

—No entiendo, señor Golden. ¿Hemos olvidado algún detalle en el acuerdo que redactamos para los Thievenaz?

—No hablo de aspectos legales, hablo de relaciones. Tendré que ir a verlo, ¿tal vez... ejercer de padre y no solo pagar su manutención...? Invitarlo a París... Con o sin su madre, ahí radica el problema... ¿Y si solicitase una entrevista con el juez para una custodia que...?

Deteniéndolo con un ademán, Müller afirmó con autoridad:

—Seamos claros: en lo que concierne a la sucesión de su tío, basta con que haya tenido un hijo, no está obligado a quererlo.

Johnson asintió, jovial; luego los dos socios se rieron.

Cobardemente, William enterró la cabeza entre sus manos para ocultar su

consternación: ¿cómo se podía juzgar la situación con tanto cinismo? Su decisión se impuso: aunque solo fuese para llevar la contraria a esos monstruos de sangre fría y, sobre todo, para no parecerse a ellos, querría a su hijo.

James y William se fueron familiarizando.

Después del resultado positivo de la prueba de paternidad, las certificaciones oficiales se habían encadenado, llevadas con eficacia por Müller y Johnson, por un lado, y por el señor Zian por el otro. William Golden heredó la colosal fortuna de su tío, que incluía el banco. Sustituyó su apartamento de soltero por un palacete en el distrito 16, atendido por un batallón de criados.

William seguía trabajando tanto como antes, pero una nueva preocupación había interferido en su vida: su hijo.

Cada dos semanas iba a los Alpes, en domingo, y dedicaba unas horas al niño. Mandine parecía estar pidiendo a gritos atención, incluso amor, pero el señor Zian vigilaba, impidiéndole ceder a su naturaleza cariñosa. Si sentía despecho por ello, su frustración se disipaba al ver el orgullo dibujado en el rostro de Jébé, el otrora huérfano de padre que ahora frecuentaba a su héroe. Sobre todo, porque William, que viajaba en *jet* privado, a menudo llevaba a su hijo a sobrevolar las cumbres y atravesar las nubes.

Jébé iba a cumplir diez años. Tenía que ir al colegio, lo que significaba, para los pequeños montañeses de la zona, quedarse en un internado de la ciudad lejos de casa. Mandine lo sabía y temblaba ante la idea de disfrutar de su hijo solo los fines de semana.

En julio, William se las apañó para encontrarse cara a cara con el silencioso señor Zian, que reparaba la puerta del establo.

—Me he informado sobre los colegios de la región. Muy pocos ofrecen un internado, y no los mejores.

—De momento, Jébé lleva bien los estudios.

—Hay diferencia entre brillar en un centro mediocre y triunfar en una institución de excelencia. En el reino de los ciegos, el tuerto es el rey.

El proverbio surtió efecto en el señor Zian, que dejó sus quehaceres.

—¿Tú qué aconsejas?

—Que no vaya interno.

—¿Cómo?

—Que viva con su padre en París; que asista, como yo, al colegio Stanislas, al liceo Louis—le—Grand, y que pase con ustedes los fines de semana y las vacaciones.

El señor Zian hizo una mueca, chasqueó la lengua dos o tres veces y luego, tras una fuerte aspiración, escupió y le tendió la mano a William: consentía. Mandine, bajo tutela, no tenía ni voz ni voto.

Cuando regresó dos semanas más tarde, William notó que Mandine había cambiado. Con la nariz hinchada y los ojos enrojecidos, miraba a William de soslayo. El señor Zian le contó que había estado llorando desde que se había enterado de sus disposiciones. Si la marcha de su hijo al internado le desagradaba, la decisión alternativa añadía una traición: esta vez, no era la sociedad en abstracto con sus obligaciones de instruir la que le robaba a su hijo; era un hombre, un hombre concreto, un hombre más rico, más astuto y más influyente que ella, el hombre que no se había preocupado de Jébé hasta hacía unos meses, mientras que ella le había dedicado diez años. Y, para más inri, Jébé saltaba loco de alegría: ¡vivir con su padre, residir en París, matricularse en un prestigioso liceo le encantaba! Mandine no reconocía a su hijo en esos deseos. ¿Qué tenía que ver ese niño de la capital con el pedacito de sus entrañas, sensible y sin palabras, que había amamantado, o con el renacuajo que corría a acurrucarse en sus brazos, gritando un «mamá» que, por sí solo, resumía toda la belleza del mundo? Cuando solo le quedaban unos días con Jébé, sentía que ya se había ido, tan poco se parecía al niño que había adorado desde su primer grito.

Asustado por la actitud de animal acorralado de Mandine, William reaccionó con cobardía. A finales de agosto, cuando debía ir a buscar a su hijo para instalarlo en París, pretextó obligaciones profesionales y le encargó al leal Paul que viajase a Saboya en su lugar.

El domingo por la noche, llevado por Paul, James —así lo llamaba William— descubrió maravillado el palacete de su padre, su habitación gigantesca, la piscina, el gimnasio, el personal a su servicio. A William le costó Dios y ayuda acostarlo, tal era la emoción de Jébé.

Una vez dormido, los dos amigos se instalaron en el salón.

—¿Una partida de billar?

—Un whisky doble para reponerme —prefirió Paul.

—¿Para reponerte de qué?

Paul le contó las horribles escenas que había vivido en Saboya.

Cuando, el día anterior, Paul había llegado a la casa, Mandine comprendió que había ido a llevarse a su hijo y había reaccionado como una fiera. Con un grito desgarrador, se arrojó sobre Paul, lo arañó y lo golpeó, decidida a expulsarlo de allí. Su fuerza había cogido a Paul desprevenido. «Me habría matado si el señor Zian no hubiera intervenido». Cuando el viejo logró separarlos, Mandine había subido las escaleras, había agarrado a su hijo y se había encerrado a cal y canto en su habitación.

—James lloraba, forcejeaba, suplicándole que lo dejase ir, pero nada llegaba a su cerebro de fiera herida. Solo gritaba a través de la puerta: «¡Jamás! ¡Jamás! ¡Jamás!». Furioso con su hija, Zian buscó ayuda. Con cuatro vecinos, derribó la puerta, le arrebató el nieto a su hija y los campesinos sujetaron a Mandine con una especie delantal—camisola con el que le amarraron las muñecas a la espalda. Su comportamiento, entonces, se tornó trágico: se lanzó de cabeza contra la pared y empezó a darse cabezazos. «¡Devolvédmelo! ¡Devolvédmelo!». Sangraba por la cabeza y seguía golpeándose contra el tabique. ¡Un mar de sangre! A las cinco, logramos dominarla, momento en que llegaron los sanitarios y le administraron un sedante. Siguió resistiéndose. Finalmente, después de una dosis triple, se quedó dormida sin dejar de gemir. Llevé a tu hijo a un hotel en la frontera con Suiza, donde ella no iría a buscarlo. James temblaba como un junco; aunque le horrorizase la reacción de su madre, la comprendía, y se preguntaba si no se habría equivocado al irse y si su madre no tenía razón al oponerse. Farfullaba, sollozaba, gemía, se arañaba... No me quedó más remedio que darle una pastilla para que descansara.

Paul suspiró antes de continuar:

—Esta mañana volví a la casa a recoger sus cosas. Y fue espeluznante... Mandine, descalza, vestida con la misma ropa que el día anterior, me esperaba detrás de la puerta de entrada, sentada en el suelo, pálida, exangüe, los párpados hinchados y enrojecidos, los labios amoratados, y me contempló con

la placidez de una muerta, como si ya estuviese en el más allá. Me siguió a todas partes, apoyándose contra las paredes; sin decir una palabra, me vio doblar la ropa de su hijo, meterla en las maletas y empaquetar sus juguetes. El señor Zian vigilaba por el rabillo del ojo, pero se veía perfectamente que temía, como yo, más su calma que su furia anterior. Mientras dos gañanes que había contratado llevaban las maletas y las bolsas al pueblo, acepté la invitación del señor Zian a compartir una tarta de ciruelas. Mandine nos dejó sentarnos en los sillones, uno al lado del otro, y luego salió a tomar el aire, el rostro sin expresión. Estábamos charlando y tomando café con una gota de orujo cuando escuchamos ladridos furiosos. Zian se levantó de inmediato. «¡Gust!» «¿Cómo?» «Gust, su perro, es tan viejo que no ladra desde hace meses». Temiéndose lo peor, Zian se precipitó fuera, buscó el origen del ruido y corrimos hacia el establo. Por encima de un moloso pajizo que aullaba desesperado, estaba colgada Mandine, con el cuello apretado por una correa que había amarrado a la viga central. Se retorció, todavía con vida. En unos segundos, Zian me tiró un hacha, trepé a las cerchas valiéndome de la escalera que había utilizado ella y corté la correa. El cuerpo de Mandine cayó sobre la paja. El perro se abalanzó rápidamente a lamer a su ama y Zian se tiró al suelo y deshizo el nudo. Mandine, congestionada, sin aliento apenas, la voz rasposa, le repetía a su padre, que la acunaba entre sus brazos: «Déjame. Volveré a hacerlo. Déjame». «No». «¡Sí!» Un arrebató de genio transformó al señor Zian: la dejó, se incorporó, la miró y de repente le propinó una sonora bofetada. «¡Egoísta!» «¿Qué?», gimió Mandine, frotándose la mejilla. «Debes mantenerte viva para él». «¿Para quién?» «Para tu hijo. Un día, puede necesitarte». Mandine se transfiguró. Ya no se movía, pero una maduración interior reavivó la Mandine que conocemos, fuerte, impetuosa. La sangre volvió a su rostro. Lentamente, las lágrimas rodaron por sus mejillas, sobre su magullado cuello. Lloraba de alivio, sonreía detrás de sus sollozos. «Tienes razón, papá. Un día, Jébé me necesitará». El señor Zian asintió, ella se acurrucó entre sus brazos, él la acarició con una ternura huraña, con tosquedad, la de un campesino que tranquiliza a un cabritillo, y luego, sosteniéndola, volvió a casa con ella. Una hora más tarde, canturreaba mientras se duchaba. La escuchamos desde abajo, aliviados, convencidos de que no volvería a atentar contra su vida.

Paul había terminado su relato y los dos amigos se miraron en silencio, pensando cada cual en el drama de Mandine y de su hijo.

—¿Me sirves otro? —preguntó Paul, tendiendo su vaso.

—Claro.

Vertiendo el líquido ambarino, William susurró:

—Gracias, Paul. Me temía que iba a pasar algo así y no me sentía capaz de afrontarlo.

—Era mejor que fuese yo. Ahora, le ofrecerás serenamente lo mejor a tu hijo.

Paul se levantó.

—*Ite, missa est.* Mi familia me espera. Es raro que pase un domingo lejos de ellos... Y después de una experiencia como esta...

William lo acompañó hasta el sardinel de la entrada. En la calle, la luz mortecina de las farolas eliminaba los colores simplificando las formas. Algunos corredores encapuchados salían del *bois* de Boulogne, zigzagueando entre los ciudadanos que paseaban a sus perros.

—Gracias de nuevo, Paul.

Paul Arnoux se encasquetó el sombrero, abrochó el abrigo y se protegió el cuello con un pañuelo de seda. Un viento fresco anunciaba el otoño parisino. Mientras se enfundaba los guantes, Paul, remiso a enfrentarse a ese tiempo desapacible, murmuró:

—Jamás había visto nada igual.

—¿El qué?

—Un amor semejante. Un amor tan fuerte. Tan poderoso. Tan violento. Ella mataría por su hijo. Ella se mataría por su hijo.

Sin decidirse a marchar, aferró la mano de William.

—Me avergüenzo. No de lo que he hecho por ti, porque estoy convencido de que actuamos por el bien de tu hijo. Me avergüenzo de mí... Yo nunca lucharía como Mandine por mis hijas.

—Eres civilizado, Paul. Ella no.

—¿Tú crees?

—Nosotros somos civilizados.

Paul asintió, escéptico.

—Somos civilizados como una tisana tibia e insípida: una pizca de

sentimiento ahogado en agua caliente.

Sin esperar la respuesta de William, se despidió, y luego, con paso derrotado, se alejó en la noche.

James se acostumbró a su vida parisina. La atención de su padre, la amabilidad del personal, el lujo que allanaba todas las preocupaciones lo ayudaron a orientarse y a no sentir nostalgia al evocar Saboya. Espabilado y sagaz, ansioso por obtener la admiración de William, se integró con aplicación en la clase de sexto del colegio Stanislas.

Cada quince días, William lo enviaba en avión a Saboya. Al principio, la diferencia entre París y las montañas no molestaba a James; se jactaba, por el contrario, de pertenecer a mundos diferentes, sobre todo porque encontraba cariño en todas partes: en el de su padre, o en el de su madre y su abuelo. Le llevó mucho tiempo percibir que evolucionaba entre la extrema riqueza y la pobreza: el señor Zian había depositado el dinero de William en el banco y no lo tocaba, destinándolo a la vejez de su hija.

Luego empezaron a chocarle pequeñas cosas. Su madre —que seguía correteando por los pastos, el pie alerta, la rodilla segura— no entendía nada de sus estudios; no se reía con las historias que a él le divertían; miraba las películas que él prefería hipnotizada, con los ojos como platos, y apenas lo escuchaba cuando hablaba con ella, demasiado ansiosa por abrazarlo contra su pecho. Pretextó invitaciones de sus condiscípulos para acortar sus estancias en Saboya. En la adolescencia, la ternura física de Mandine, sus besos, sus abrazos, sus caricias y las siestas que le obligaba a dormir en su regazo lo hicieron sentir incómodo y se alejó de su madre. A partir de entonces comprendía mejor a su padre y se lo daba a entender. Afortunadamente, no se avergonzaba de su madre, porque se relacionaba con ella en Saboya, en su mundo, sin testigos.

William se congratulaba de que su hijo creciese a su lado. Por supuesto, descubrió sus pequeñas imperfecciones —poltronería, esnobismo, gusto por el lujo—, pero amar a alguien es también amar sus defectos.

Una mañana, un detalle lo desconcertó. Un criado acababa de dejar el correo en la mesa del desayuno, pero, enfrascado en una compleja negociación

por teléfono, William no le prestó atención y, con el teléfono pegado a la oreja, se fue al fondo de la estancia. El rincón estaba decorado con un espejo, en el cual, mientras discutía, se ajustó el nudo de la corbata; pero en ese mismo marco vio a James que se deslizaba a sus espaldas, examinaba los sobres, cogía con disimulo uno anaranjado y se largaba. El adolescente había efectuado esta maniobra con las precauciones de un ratero.

Cuando hubo acabado su conversación, William cedió a la acritud. ¿Qué escondía su hijo? ¿Qué robaba? ¿Qué carta recibía que su padre debía ignorar? En ese momento, pensó en facturas de compras clandestinas; luego recuperó el buen humor cuando se olió una correspondencia amorosa.

Intrigado, fue a la habitación de James para hablar con él. Cuando cruzaba el umbral, James lo empujó, con la mochila a cuestas, anunciando que no tenía un segundo que perder, de lo contrario, catearía el examen de geografía. William le revolvió el cabello al pasar.

Se sentó maquinalmente en la cama y examinó las paredes; pósteres de roqueros, de jugadores de tenis; novelas de ciencia ficción; una saga de fantasía heroica. Pensó en la carta.

¿Dónde estaba escondida? ¡No! ¡No registraría los cajones de su hijo! A los quince años, él habría odiado a sus padres por un gesto así. Ya se iba, retenido por el escrúpulo, cuando se estremeció al levantarse: la carta que James había escamoteado del correo había ido a parar a la papelería. Reconoció el papel anaranjado.

Su mano no vaciló al coger el sobre. Los caracteres le parecieron familiares: la letra de Mandine.

Se tumbó en la cama del adolescente. ¿Entonces su hijo actuaba como él? ¿Su hijo tiraba las cartas de Mandine sin abrirlas? ¡Vaya!, la historia se repetía.

Perplejo, dudó en abrir el sobre. ¿Y si James se daba cuenta? Venga, hombre, la limpieza se hacía todas las mañanas, no esperaría recuperarla de la papelería.

William se refugió en su despacho, que cerró a cal y canto.

Mi Jébé que tanto kiero. Gust a movido. Tenía 18 años. Demás pa un perro. Creo que a sio felis. E llorao mucho. Te hecho de menos.

*Aora no bienes na. Dame mas noticias. Párese quescribes mu vien.
Llo no se komo haserlo. Tu mama que tadora.*

William descubrió la magnitud del golpe que le había asestado a Mandine ocupándose de James. Aunque había percibido la creciente renuencia del adolescente cada vez que debía desplazarse a Saboya —so pretexto de sus exámenes y salidas escolares, sus viajes se habían ido espaciando—, no había medido, en cambio, el desapego de su hijo, habida cuenta de que nunca lo acompañaba. ¿Con qué derecho echarle la bronca a James? ¿Cómo atreverse a llamarle la atención cuando él, a su edad, se había avergonzado de Mandine?

«Una madre no es una amante —le insinuó una voz interior—. Solo tienes una madre. No debes portarte mal con ella». William se prometió intervenir cuando encontrase el momento apropiado.

Una semana después, todavía no había hallado el momento.

El lunes por la mañana se reprodujo la escena de la carta robada.

¿Qué hacer? Una parte de William apreciaba que James se alejase de los Thievenaz para convertirse en un Golden. A una edad en que los hijos se rebelan contra su padre, James idolatraba al suyo. ¿Iba a reprochárselo William? ¿A refrenarlo? ¿Iba a mermar ese cariño inesperado, fundamental y conmovedor? ¿Qué iba a decirle en favor de Mandine? Su madre sufría un retraso mental, entendía cada vez menos a su hijo, lo agobiaba con un afecto excesivo.

Durante meses, permitió que James robase las cartas de su madre y las tirase a la basura.

Una noche, William decidió iniciar a su hijo en la ópera —a los dieciséis años, debía gozar de un arte tan sutil—. Para su bautismo de fuego había elegido *Madame Butterfly*, presintiendo que el exotismo del Japón, así como la deslumbrante partitura orquestal de Puccini podrían seducirlo. Además, un reparto portentoso que reunía a las mejores gargantas veristas del planeta auguraba una velada de excepción.

No se había equivocado. El espectáculo desplegó sus esplendores: en primer lugar, la historia.

En el puerto de Nagasaki, la jovencísima Cio—Cio—San se enamora perdidamente de Pinkerton, un oficial de la marina americana de escala en la

ciudad. Contra su familia, contra las convenciones sociales, contra su religión, Cio—Cio—San —que, en japonés, significa *Madame Butterfly*, «doña Mariposa»— se entrega al yanqui. Se celebra la boda, en serio por parte de ella, una pantomima por parte de él. Hacen el amor. Él se va. Tres años más tarde, mientras cría al fruto de su unión, ella todavía lo espera, fiel, aislada, rechazando buenos partidos. Cuando Pinkerton, recién casado, arriba al puerto con su esposa estadounidense, se entera de que ha tenido un hijo de Cio—Cio—San y decide llevárselo. Cio—Cio—San finge aceptar, besa a su hijo y luego se suicida.

A medida que avanzaba la acción, transportado por la música, deslumbrado por los decorados, fulminado por la luminosa intérprete que prestaba su voz pura, cremosa, lírica, a la ingenua *geisha*, la piedad iba ganando a William. Butterfly lo perdía todo, su familia, sus antepasados, su identidad nipona, su marido, su hijo, su vida. Una inexorable tragedia la aplastaba. Arrastrado por el exotismo nipón, los sedosos violines, los timbres orientales y los órganos exacerbados de cantantes que rivalizaban en potencia con la orquesta, William abandonó los filtros habituales de su conciencia. El drama musical lo penetró; vibró cuando Butterfly no sospechó el cinismo de Pinkerton; lloró al verla esperar el barco sobre las olas durante años; se estremeció ante la condescendencia brutal del macho; se conmovió con el sacrificio de Butterfly, que confiaba el hijo a su padre, y recibió en su propio vientre el puñal que Butterfly se clavaba.

Protegido por las sombras del palco, había cedido incontinentemente a las emociones. Cuando después de veinte minutos de cerrados aplausos se encendieron las luces, James se volvió hacia él y exclamó con una sonrisa burlona en los labios:

—¡Menudo dramón!

En cuanto a eso, James no se equivocaba: se había dado cuenta de que los autores y los artistas querían conmoverlo, pero se había resistido a dicha manipulación sentimental con toda la fuerza de sus dieciséis años. En el fondo, se jactaba de no haber sentido nada y haber salido indemne del espectáculo.

Durante un segundo, William pensó que su hijo era estúpido. Luego, un pensamiento cruzó su cerebro: ¡Madame Butterfly representaba a Mandine! Por eso a William lo había conmovido tanto. Mientras que él actuaba como

Pinkerton, el arrogante con un amor en cada puerto, el poderoso corruptor que arranca a su hijo de una madre a la que considera inferior, Puccini lo había obligado a vivir la situación a través de los ojos de la romántica Butterfly.

De vuelta en casa, tras desear buenas noches a James en su habitación, le birló un par de cuadernos, se encerró en su despacho, aprendió a imitar su caligrafía y luego, cuando dieron las doce, frenético, escribió una carta para Mandine.

Una hora más tarde, la firmaba como «James».

Su Butterfly sufriría menos que la de Puccini: su hijo la quería. ¿Y la verdad? ¿Y James? ¡Qué lástima! William, horrorizado por la dureza de los hombres, por la suya propia, quería suavizar el dolor de Mandine y reconfortarla en su soledad.

¡Qué fácil era quererla!

Durante años, William le contó a Mandine lo que él —James— hacía de día en clase, de noche con su padre, el fin de semana con sus amigos; le comentaba generosamente los libros que leía, las películas que veía y sobre todo se interesaba por lo que ocurría en Saboya: cómo iba de salud el abuelo Zian, cómo se portaba el perro canela que había sucedido a *Gust*, cómo les había sentado a las cabras el cambio de establo. Al final, se despedía con varias fórmulas zalameras, sabiendo que Mandine las iba a leer y releer con entusiasmo.

Para dar credibilidad a su artificio, interceptaba las cartas de Mandine a su hijo, las leía con atención y las volvía a lacrar antes de dárselas; también obligaba a James a escribir una carta al mes a su madre, con el objeto de que no se sorprendiese cuando ella evocase sus cartas con efusión.

La mentira funcionó. James, convertido en un parisino, iba cada vez menos a visitar a su madre y a su abuelo, pero las cartas suplían su ausencia. En cuanto a William, saboreaba las noches dedicadas a escribir sus falsificaciones: alimentaba la ilusión de reparar la atrocidad del mundo, de hacerse perdonar el rapto de su hijo, de civilizar a James el indócil y, bajo su máscara, daba rienda suelta a su auténtico cariño por Mandine.

Al acabar el bachillerato, James siguió los pasos de su padre y realizó

estudios superiores: la sangre de los Golden corría por sus venas. William tenía que insistir para que James fuese una o dos veces al año a Saboya. Lo hacía también convencido de que, a su hijo, con su tez cadavérica de parisino estudiante y fiestero, le sentarían bien las caminatas y respirar un poco de aire puro. James, por desgracia, solo lo obedecía durante tres o cuatro días y regresaba al palacete a toda prisa, tan pálido como había ido.

Cuando James cumplió veinticinco años, durante la celebración que convirtió la casa en una discoteca de luces brillantes, se produjo un extraño accidente. En el momento en que la fiesta estaba en pleno apogeo, James se desmayó. Pensaron en un coma etílico, porque había bebido mucho, pero el examen en el servicio de urgencias reveló un problema renal y el equipo médico lo hospitalizó.

Durante las primeras horas, William rechazó el informe de los médicos. ¡Desde cuándo a una persona joven que se emborracha con ocasión de su fiesta de cumpleaños se le diagnostica una enfermedad renal! ¡Estas cosas pasan todo el tiempo! ¿Ustedes deliran o qué? Dejen salir a mi hijo.

El profesor Martel explicó a William, pausadamente, pedagógicamente, tristemente, que la velada no había sido la causa, sino el catalizador. Desde hacía años, su hijo sufría de una necrosis de riñones. Ahora se había acelerado.

—¿Su tez no le sorprendía?

—Sí, pero trabaja tanto...

—¿Vomitaba, a veces?

—Sí, pero solía ir a discotecas, y yo...

William bajó la cabeza, vencido. Había comprendido.

—¿Qué tratamiento piensan administrarle?

—No hay tratamiento.

—¿Cómo?

—La única salida es el trasplante. Trasplantándole los riñones, puede sobrevivir.

—¡Háganlo!

—Es muy delicado. No solo hay muy pocos donantes de riñón, sino que

necesitamos dos, y deben ser compatibles con su organismo. Pero no desesperemos. Llamo de inmediato al registro de trasplantes.

En unos días, como si el conocimiento de su enfermedad lo hubiera condenado, James empeoró de forma alarmante. Cuando William lo visitaba —por la mañana, al mediodía y por la noche—, veía a su hijo débil, escuálido, la tez cetrina, los ojos amarillos y los labios temblorosos.

Aterrorizado, movilizó a todas sus amistades, hizo llamadas por todo París para acelerar la operación. Desgraciadamente, no se encontraban donantes de riñones sanos.

Después de cuatro semanas de falsas esperanzas, la situación se le fue de las manos: James estaba en peligro de muerte.

Esa noche, se encerró en su despacho. Tenía que contarles la verdad a su madre y a su abuelo. ¿Cómo hacerlo?

Decidió escribir dos cartas. Una, firmada por él, al señor Zian. La otra, firmada por James, a Mandine.

Cuando hubo terminado la primera, escribió temblando la misiva para Mandine:

Mi querida mamá:

Puede que cuando recibas esta carta haya dejado ya este mundo. Me han diagnosticado una insuficiencia renal muy grave, en ambos riñones. Yo, que no sabía nada sobre estos órganos, he aprendido de la peor manera posible que desempeñan un papel vital en nuestro organismo, y si pierden su eficacia nuestra vida se desmorona. ¡Es una verdad como un templo, mamá! Me voy consumiendo día a día... No solo sufro horrores para alimentarme, sino que no quiero. Solo espero. ¿Qué? No lo sé. Un trasplante, dicen los médicos. La muerte, sin duda. Todos los días, papá pasa varias horas conmigo, y en su rostro angustiado leo que me apago.

Mamá, solo quería decirte que te quiero. Te lo debo todo. La vida, en primer lugar, porque me has llevado dentro de ti, en tus brazos, contra tu pecho, cuando nadie me quería —no ignoro que mi padre se empeñaba en que abortases ni que mi abuelo me consideraba una vergüenza—. En segundo lugar, el amor; tú has sido toda generosidad, devoción, sonrisa, entusiasmo. Incluso el permitirme dejarte, cosa que te rompió el corazón, lo hiciste por mi

bien, pensando que debía convertirme en un «gran señor de las ciudades». Perdóname por haberme ido. Perdóname por haber vuelto tan poco. Perdóname mi alejamiento. Perdóname por haber rechazado, por fatuidad, tus caricias, tus besos, tus mimos: quería hacerme el fuerte, autónomo, sin ataduras, como los chicos. Si se me concediese la oportunidad de proseguir esta vida o de obtener una vida adicional, creo firmemente que me esforzaría en demostrarte el cariño que solo te expresé en mis cartas, y que daría a tu amor tan firme su prolongación en el que entregaría a mis hijos, tus nietos.

En mi cama de hospital, me refugio en nuestros recuerdos. Me tranquilizan. Me imagino de la mano contigo, corriendo por los prados, con *Gust* y *Blanquita*, tus dos amigos todavía más locos, más dichosos, más entusiastas que nosotros, los cuatro embriagados por la alegría de estirar las piernas, de aspirar el aire soleado, de saludar a la primavera. ¡Cuánta razón teníamos de disfrutar con esas pequeñas cosas! Porque esas pequeñas cosas lo eran todo. Inspirar, espirar, darse cuenta, maravillarse de ello. ¡Qué sabiduría! Yo, que he tratado a tantas personas eminentes, financieros, políticos, ideólogos, sabios, he descubierto que tú, *Gust* y *Blanquita* me habéis impartido lecciones irremplazables. Sorprenderse de existir. Agradecer. Cultivar la alegría con todas tus fuerzas.

Vosotros habéis sido mis mejores maestros de vida, incluso de filosofía, aunque no me haya comportado a la altura de lo que me habéis enseñado. Más tarde me perdí un poco en los laberintos de la sofisticación, intenté parecerme a los espíritus tristes, los que prefieren el descorazonamiento al júbilo, el pesimismo al optimismo, la muerte a la vida. Cuando pronunciaba una observación taciturna, cínica, nihilista o desesperada, me aplaudían otorgándome un diploma de clarividencia. Sin embargo, en mi estado actual de debilidad, lo que me enseñaron se reduce a un montón de polvo, y solo alcanzo vigor y luz cuando pienso en vosotros tres.

Gust... Blanquita... ¿Crees que encontraremos, allá arriba, a los animales que hemos amado? Ojalá... Estoy seguro de que ellos habrán hecho lo imposible por volver a verme, habrán esperado fielmente durante años, desafiando el frío, lo desconocido, la soledad, el desánimo, para correr hacia mí, la trufa cálida, la cola risueña, los ojos entornados. Nos abrazaremos interminablemente. Si es así, la eternidad será hermosa.

Recibe un montón de besos, mamaíta, mi querida madre, mi madre quebradiza e irrompible, mi madre a la que me arriesgo a infligir, muy a mi pesar, un inmenso dolor.

Tu hijo que te quiere.

Al firmar «James», William dio rienda suelta a las lágrimas. Por primera vez en su vida, él, que no había llorado más que en la ópera, no lograba sustraerse a lo que vivía, incapaz de dominar la situación. Todas las penas, compactas, le caían encima: la pena de James, la pena futura de Mandine, su propia pena. En él vibraban los dolores de los suyos, incluso los dolores de los animales de Mandine, a los que había prestado tan poca atención. Su sensibilidad, fuera de servicio durante cuarenta años, se dejaba desgarrar y lacerar por la abominable conjetura. Tumbado de espaldas, con el rostro hacia el techo, sollozó hasta el amanecer.

Ese día, en el hospital, se lo veía tan demacrado como a su hijo.

—¿Todavía no hay donante? —preguntó James con un hilo de voz.

—Todavía no.

Luego callaron. No tenían nada más que decirse. Solo les importaba estar juntos.

Dos días más tarde, hacia las ocho, sonó el timbre del palacete y se armó un barullo en la entrada. William, inclinando la cabeza en la caja de la escalera, percibió a los criados ocupados en contener a una mujer muy nerviosa acompañada de un anciano.

En un segundo, comprendió: Mandine y el señor Zian habían ido a París para dar ánimos a James.

Desde el piso superior, ordenó inmediatamente que los hiciesen entrar y que les preparasen habitaciones.

Mandine lo miró bajar hacia ellos.

—¿Cómo está?

William se acercó y sostuvo sus manos febriles.

—Mal —musitó.

Ella se dejó caer contra él y, sin ningún pudor, sollozó. El señor Zian quiso

librar a William de ese abrazo, pero él se lo impidió. Esta vez, el contacto con Mandine no le molestaba; recibía la calidez del hermoso y sólido cuerpo, sentía su amor, un amor poderoso, como un regalo. La emoción que experimentaba no tenía nada que ver con lo erótico, era física y espiritual. En su fuero interno, abrazaba a Mandine como si fuese su marido. O tal vez la abrazase por James...

Después de algunas explicaciones, William invitó a Mandine y a Zian a cenar con él. A pesar de su aflicción, Mandine estaba atenta a la casa, a la decoración, a la vajilla, a todo cuanto constituía la vida cotidiana de James, que tan bien conocía por sus cartas.

William les prometió que los llevaría al hospital al día siguiente.

—¿A qué hora? —gritó Mandine con una especie de terror en sus ojos.

—A las nueve. Nos encontraremos en el vestíbulo a las nueve en punto.

—Despiértame a las ocho en punto, por favor. Olvidé el despertador.

—Sí.

—¿Lo juras? ¿Llamas a mi puerta a las ocho en punto?

Mandine insistió como si se tratase de una cuestión vital para ella.

—¿Me lo juras?

Conmovido, William se lo aseguró:

—Te lo juro, llamo a tu puerta a las ocho en punto.

—Y esperas a que te abra para irte.

—¿Por qué?

—Para comprobar que te he oído.

—De acuerdo.

—¡Repíte! —ordenó ella.

Obediente, con una sonrisa bondadosa, William repitió:

—Llamo a tu puerta a las ocho en punto hasta que me abras.

—Eso es. Si no respondo, entras.

Él asintió con paciencia, como quien apacigua a un niño.

—Prometido y jurado.

Ella le dio las gracias, el rostro arrasado en lágrimas.

Al acostarse, William recordó la armoniosa sencillez del momento que acababa de compartir con Mandine y el señor Zian. En el fondo, eran una familia. Había hecho falta la enfermedad de James para que se percatase de

ello. ¿Por qué había querido distinguir dos mundos, el suyo y el de Mandine? ¿De qué había tenido miedo? ¿Había echado a perder a su hijo imponiéndole esa fractura?

Durmió poco y mal. El estado de James requería un trasplante inmediato. De lo contrario...

Rendido, vio con alivio la llegada del nuevo día y se preparó para llevar a su familia completa a visitar a su hijo.

Una vez duchado y vestido, observó que su reloj marcaba las ocho y diez y recordó su promesa.

Subió a la planta de invitados y llamó a la puerta de Mandine.

Nada se movió en la habitación.

Llamó de nuevo. Entonces, ante la pesadez del silencio, gritó a través de la puerta:

—¡Mandine, tienes que levantarte!

Ninguna reacción.

Se apoyó en el picaporte, que cedió.

Entró en la habitación de puntillas y se acercó a la cama.

—¡Mandine!

Ella no se inmutó.

Fue entonces cuando vio las cajas vacías en el suelo y una nota, colocada a la vista:

Mis riñones para Jébé.

Mandine se había suicidado para salvar a su hijo.

En las horas que siguieron, William no pudo sino constatar el escrupuloso cuidado con el que Mandine lo había planeado todo. ¡Una hazaña asombrosa para una deficiente mental! ¿La había ayudado alguien? ¿O bien había hallado en un arranque de energía —o en un arrebato de amor— la forma de entender lo que generalmente pasaba por alto su cerebro?

Había elegido tragar medicamentos que la pusieran al borde de la muerte solo para llegar con vida al hospital para el trasplante. Todo había sido sincronizado. La absorción, el descubrimiento de su cuerpo por William, el tiempo del traslado. Por supuesto, corría un riesgo: que trataran de reanimarla

a toda costa.

En ese momento, como sin duda había previsto, intervino William. Advirtió a los médicos de la situación: se había suicidado para donarle los riñones a su hijo. Si no se respetaba su voluntad, se encontrarían con dos cadáveres: el de James y el de su madre cuando se despertase y se enterase de que no había sido escuchada. Los médicos representaron la comedia habitual: «No tendremos en cuenta esa información, nuestro deber es socorrerla»; pero, en secreto, se pusieron de acuerdo y programaron la operación.

Unas horas más tarde, trasplantaban los riñones de Mandine al cuerpo de su hijo.

Después de una larga conmoción, James comenzó a recuperarse. Toleraba el trasplante. Aunque el código deontológico obligaba a ocultar la procedencia de los órganos, William, después de consultar con el equipo médico, le reveló la verdad a su hijo.

James pareció aturdido por la noticia. William, temeroso del mazazo que supondría el sacrificio de Mandine, trató de hablar con su hijo para evitar un trauma, pero cada vez que lo intentaba, el joven se entristecía y cambiaba de conversación.

La vida retomó su curso.

Después de cinco meses, James salió del hospital, débil pero curado.

William le sugirió que fuese a Saboya a visitar a su abuelo y a llevar flores a la tumba de su madre. James agachó la cabeza y se plegó a los deseos de su padre sin revelar la mínima emoción, ni siquiera en el cementerio. Convencido de que era una forma de protegerse, William lo dejó encerrarse en su mutismo. El tiempo acabaría por aflojar la mordaza, William confortaría a su hijo y hablarían de Mandine.

Una semana después de su regreso, descubrió que James había retirado todas las fotos de su madre que, desde hacía diez años, adornaban su estantería.

Se encogió de hombros, decidido a esperar, e introdujo al mes siguiente un retrato de Mandine en el reloj de bolsillo que había heredado de su tío. Luego, sin darse cuenta apenas, comenzó a llevarlo a diario.

* * *

La Torre Golden esperaba el amanecer como un condenado la ejecución.

Con abundantes dosis de café, anfetaminas y cocaína, sus directivos se habían pasado la noche buscando una solución para minimizar el desastre. Por desgracia, cada sugerencia, que no se sostenía después de unos minutos de análisis, confirmaba lo inevitable: no había forma humana de ocultar la estafa del FIRG, el pseudo fondo de inversión creado por James Golden. Todo estaba perdido.

La reunión, que había comenzado a las dos de la mañana, solo había producido una resolución clara en las mentes de los reunidos: «¡Sálvese quién pueda!». Los culpables ocultaban su papel esgrimiendo argumentos que los hacían víctimas de órdenes, presiones y chantajes, aplastados por un implacable engranaje; los inocentes tenían solo una preocupación: exculparse; a nadie le interesaba preservar la sociedad Golden.

Algunos —Paul Arnoux el primero— habían tratado de abandonar el edificio, convencidos de que su presencia al amanecer sería sospechosa, pero se dieron de bruces con las puertas herméticamente cerradas: William Golden había cambiado los códigos de acceso para mantener a su equipo en el interior.

Paul Arnoux había intentado intimidar a su amigo amenazándolo con presentar una denuncia por secuestro. William Golden respondió que todavía quedaban tres horas antes de la llegada de la brigada y que una última sesión decidiría la política general dos horas antes.

—No te preocupes, volverás a tu casa —le había asegurado a Paul Arnoux, ordenándole que convenciese a los demás.

Solo en su despacho, sentado ante el teléfono, que había puesto en manos libres, se inclinó hacia el aparato, como si su hijo estuviese allí en carne y hueso.

James, a quien William había despertado por fin en París, lloriqueaba interminablemente. Sus lágrimas, sus hipidos, sus gimoteos le devolvían su voz de antaño, la voz del chiquillo que se había lastimado las rodillas al

caerse de la bicicleta. Mientras que el treintañero había concebido una impostura faraónica, un niño de confusas entonaciones respondía con torpeza a las acusaciones de su padre:

—Lo siento, papá. Yo... No sé qué...

—¿Qué se te pasó por la cabeza?

—Quería triunfar. Triunfar rápido.

—*Rápido* no implica *mal*, hijo mío.

La contradicción dio alas a James, que resopló con el humor discursivo que lo caracterizaba:

—Mal..., bien..., ¡son términos relativos! No pretenderás que todas las actividades que realiza un banco estén «bien», ¿verdad? Los banqueros cierran cuentas, ponen gente de patitas en la calle, ganan cuando los clientes se desloman, se cobran antes de pagarles, cogen, imponen, retienen...

—Pero ¿tú quién te crees que eres, Robin Hood?

—¿Por qué no?

—Te recuerdo que Robin Hood repartía entre los pobres lo que obtenía. Tú te has embolsado el premio mayor, solo has soltado lo que habías pactado con tus cómplices. Has ganado el dinero deshonestamente, James.

—Yo quería triunfar.

—Triunfar deshonestamente no significa triunfar. Uno debe ser capaz de mostrarse orgulloso de sus actos. Orgulloso tanto de sus fracasos como de sus éxitos. No es el resultado lo que constituye el valor, sino el respeto a los principios.

—Tenía prisa, papá.

—¿La lealtad hace perder el tiempo?

—Vivir rápido..., disfrutar rápidamente... Con mi salud...

Al oír esta frase William se puso rígido y se echó hacia atrás. Domino su despecho y respondió secamente:

—Tu salud siempre me ha dado la oportunidad de compadecerte. No la conviertas en un motivo para despreciarte.

James, a falta de justificaciones, sollozó.

—No volveré a hacerlo, papá. Te lo prometo.

William Golden se mordió la lengua para no contestarle lo que se le había pasado por la cabeza: Bernard Madoff, el bandido de Wall Street, tampoco

volverá a hacerlo, al cabo de sus ciento cincuenta años de cárcel...

Como si hubiese oído sus pensamientos, James entró en pánico y comenzó a respirar con ahogo.

—Papá..., la justicia... ¿Cuánto me va a caer? Las malversaciones de dinero... están menos sancionadas, sin embargo... No ha muerto nadie... ¿Cuánto, papá, cuánto?

William Golden veía de nuevo al niño bajo el odioso adulto, y eso lo aturdió. Pensativo, frotó las palmas sudorosas contra la tela de los pantalones. ¡Cuántas equivocaciones! De joven, uno querría que su padre fuese un héroe. De mayor, querrías que lo fuese tu hijo. En el fondo, nunca aceptamos a nuestros seres queridos tal como son.

Adoptó un tono tranquilizador, pese a no estar tranquilo en absoluto:

—Ya veremos... La investigación no ha comenzado... La brigada se personará aquí en dos horas.

Un silencio.

—¿Qué vas a hacer?

James había pronunciado estas palabras con el fervor de un niño que cree que su padre posee todos los poderes. William Golden pensó: «Él también querría que su padre fuera un héroe». Carraspeó, buscó una frase lapidaria de la que echar mano y, al no hallar ninguna, decidió decir la verdad:

—¿Qué habría hecho tu madre?

—¿Cómo?

William Golden repitió suavemente:

—¿Qué habría hecho tu madre?

Se produjo un silencio. Luego, James continuó, aturdido:

—¿Mi madre?...

—Sí.

—Mi madre ni siquiera sabía leer un extracto bancario. Distinguir la columna de «crédito» y la de «débito» excedía sus posibilidades.

—Me lo pregunto yo: ¿qué habría hecho tu madre?

—¡Tú!... Tú te preguntas qué... No te comprendo.

—Tampoco yo te comprendo. Pero ¿qué habría hecho tu madre?

Se produjo un nuevo silencio. William Golden añadió, sincero:

—Esa es la única pregunta que me hago.

Colgó lentamente.

Un ruido desvió su atención hacia las ventanas. Un helicóptero sobrevolaba el Sena. William Golden se estremeció. ¿Venía aquí?

La máquina continuó su trayecto y, con la ayuda de potentes focos, aterrizó en el techo del hospital contiguo, que albergaba un eficiente servicio de reanimación.

Salvaban una vida.

William Golden suspiró, furioso por haber cedido a pulsiones paranoicas.

Se apoyó contra la ventana y contempló París.

La ciudad no parecía real; las tinieblas borraban los relieves, truncaban los edificios, sombreaban las calles. A sus pies se extendía una tosca maqueta, perforada por bombillas apenas más luminosas que luciérnagas, un borrón de París.

Mientras meditaba, su mano había estado buscando el reloj en el bolsillo del chaleco. Accionó el mecanismo: Mandine le sonreía. Como siempre. Infatigable. Radiante. Buena.

Conmovido, respondió a su sonrisa, plenamente, gentilmente, locamente, como nunca antes se lo había permitido. De la misma forma que ella parecía entregar todo su ser en su sonrisa, él le ofreció la suya con igual generosidad. Los dos amantes de diecisiete años se comunicaban, imbuidos de idéntica ternura.

De repente murmuró:

—Pues claro.

Su rostro se iluminó: ¡por fin lo entendía!

A las cuatro de la mañana, William Golden reunió al equipo directivo en la sala de juntas.

Los empleados estaban asombrados por la serenidad de William Golden; el dueño del banco en peligro se movía con flema, el semblante distendido, la mirada tranquila. Empezaron a preguntarse si este hombre diabólico habría encontrado la solución milagrosa.

—Siéntense, por favor.

Obedecieron en silencio. Paul Arnoux, el más intrigado por la calma de

William Golden, escudriñó cada expresión del hermoso rostro maduro.

—Caballeros, tienen menos de dos horas para volver a los documentos y reorganizarlos. Van a cambiarme la historia que se lee en ellos y a escribirme otra.

—¿Cuál, presidente? —gritó el director comercial, extasiado.

—¡Cárguennelo a mí! A mí exclusivamente. Digan que yo soy el instigador y el beneficiario de este fraude.

Señaló a los tres comparsas.

—Stanowski, Dupont—Morelli, Pluchard, los encubro. Ustedes no han maquillado nada, tampoco han tocado nada.

—¿Cómo?

—¿Usted?

—Nosotros no...

—Borren sus huellas, asumo toda la responsabilidad. Exculpo a mi hijo. También a sus cómplices. Todos seguirán con sus vidas y sus carreras. Yo seré el único culpable.

En medio de un tremendo silencio, con su autoridad acostumbrada, dictó órdenes, distribuyó tareas indicando a cada uno su misión, bosquejando un cuadro global al mismo tiempo que especificaba las modalidades más singulares. Un cerebro corriente habría necesitado una semana de preparación para entregar un plan tan claro y exhaustivo; él enunciaba las tareas con desdén, con rapidez, fluidez y entusiasmo.

Cuando hubo acabado, se limitó a dar unas palmadas.

—¡Venga! Manos a la obra. Tenemos menos de dos horas.

Los directivos salieron de la sala, obedientes.

Solo Paul Arnoux permaneció inmóvil. Miraba a su amigo consternado. Los ojos de William Golden centelleaban observándolo.

—¿No lo entiendes, querido Paul?

—No.

—Pues está muy claro...

Se inclinó hacia Paul Arnoux y le dijo con una media sonrisa en los labios:

—Cuando no se puede salvar ni el dinero ni el honor, todavía se puede salvar el amor.

Austero, Paul Arnoux sacudió la cabeza en señal de negación.

—James no se merece tu sacrificio.

—No va a pasar ciento cincuenta años en prisión, no tiene buena salud.

—No se lo merece.

—En el amor, el mérito radica en el que ama, no en el que es amado.

—Pero...

—¡Chss!

Paul Arnoux adivinó que su amigo, conmovido, destrozado y al borde del llanto, ya no tenía fuerzas para seguir justificándose. Se levantó, lo saludó y abandonó la sala de reuniones.

Más sereno, William Golden se arrellanó en su sillón entre las orejeras de cuero, al abrigo de miradas indiscretas, como en la época de su opulencia.

Luego, lenta y tiernamente, cogió su reloj, accionó el mecanismo, miró el retrato de Mandine y le susurró, como si viviera:

—Gracias.

La venganza del perdón

Cuando decidió mudarse para alquilar un estudio cerca de la prisión, sus hermanas pensaron que estaba loca.

—¿Te vas de París?

—Sí.

—¿Por él?

Por la prensa y la televisión, todo el mundo sabía que lo habían trasladado a Alsacia, encerrado a perpetuidad en la prisión central de Ensisheim.

—¿Por él? —insistió la mayor.

Élise no respondió: era demasiado obvio.

—¡No te entiendo! —exclamó la segunda.

—¡Por favor! —añadió la tercera.

—Yo tampoco me entiendo —replicó suavemente Élise—. Sin embargo, lo haré. La realidad se impone. No me gusta, pero no tengo elección.

Las tres hermanas intercambiaron una mirada de consternación: ¡pobre Élise! Se había comportado así desde el final del juicio.

La mayor insistió con tozudez:

—Te lo he dicho mil veces y te lo repito por tu bien: deberías consultar a alguien.

—Me imagino que por «alguien» te refieres a un psiquiatra —replicó Élise, en un tono irónicamente ingenuo.

—Un psiquiatra, un psicólogo, un psicoanalista, ¡qué más da! Alguien que se ocupe de tu equilibrio. Porque no estás bien, hermanita.

Élise se levantó, abrió un cajón del aparador Enrique II que ocupaba la

mitad de su salón y sacó de allí una tarjeta.

—El doctor Simonin me trata desde hace cuatro meses.

Las hermanas se lanzaron sobre la tarjeta de visita. Ávidamente, verificaron las competencias del terapeuta: profesor Patrick Simonin, médico de la sanidad pública, licenciado en Psiquiatría, Psicología y Ciencias Cognitivas, atiende en consulta privada o en el servicio público en Saint—Anne. Una eminencia. Suspiraron aliviadas.

Élise concluyó con un alegre tono de voz:

—Ya veis que obedezco vuestros consejos...

—Perfecto —ratificaron sus hermanas.

Tranquilizadas, observaban aquel pedazo de cartón con la mirada ardiente, como si estuvieran dándole las gracias al médico que trataba a su hermana.

—¿Qué te dice?

—No mucho por ahora. Me escucha.

—Claro. ¿Y qué piensa de tu proyecto de mudanza?

—Le parece bien.

—¿Qué le...?

Sus bocas amagaron un *oh* de asombro. Élise asintió.

—Según él, será un paso fundamental en mi proceso de curación.

Mientras saboreaba el té, precisó, bajando los párpados:

—Porque estoy enferma...

La mayor contuvo el aliento.

—Cuánto me alegro de que te des cuenta, hermanita. Y más aún de que te esté tratando una eminencia. Aunque te queremos y te protegemos, solo somos tu familia. En cambio, si un especialista considera que...

Las dos hermanas respaldaron las palabras de la mayor.

—Simplemente me exigió —añadió Élise— que siga con mi tratamiento. Dos sesiones al mes en la calle Vaugirard. Eso me ha convencido.

Suspiraron aliviadas. La evocación de la rica y honorable calle Vaugirard ayudó a apaciguarlas.

—¿Y tu trabajo?

Élise reprimió una débil sonrisa. La pregunta de la segunda de sus hermanas significaba que aprobaban su marcha; pasaban a interrogarla sobre los aspectos prácticos.

—Puedo traducir en cualquier parte. Los textos me llegan vía Internet y yo los reenvío de la misma forma. Hace ya mucho tiempo que no me veo con las personas que me encargan trabajo.

—¿Y tu familia? ¿Y tus amigos?

Las tres hermanas se inclinaron solícitas sobre Élise.

Ella quiso prodigarles palabras tranquilizadoras, adecuadas a la ocasión, que darían fe de su inquebrantable afecto, pero las palabras no acudieron a su boca. Desde hacía cinco años nadaba en una piscina de insensibilidad y ya no sentía entusiasmo hacia nadie. Se limitó a anunciar:

—Un exilio temporal. Conservo este apartamento. Volveré aquí después...

—¿Después de qué?

—De mi curación.

Aunque desestabilizadas, las tres asintieron con la cabeza, resueltas a confiar en el doctor Simonin.

—Eso va a desequilibrar tu presupuesto.

Élise tranquilizó a su hermana mayor:

—Recibí una suma al final del juicio. Respetable. Por supuesto, el dinero parece irrisorio al lado de...

Un acceso de hipo le impidió terminar la frase. Nunca llegaba a verbalizar lo que había perdido... Nombrarlo significaba aceptarlo. Peor aún, nombrarlo equivalía a infligirse la violencia por segunda vez.

La hermana mayor estrechó a Élise entre sus brazos.

—Haz lo que te convenga, hermanita. Nosotras te apoyamos.

Las hermanas se solidarizaron. Sensibles a la tragedia que había destruido la vida de su hermana pequeña, no se atrevían a analizar en profundidad el menor problema con ella, temiendo reavivar sus heridas.

Bebieron el té nuevamente; la conversación giró en torno a temas triviales, encantadas de recobrar la ligereza y el entusiasmo, y se despidieron con un abrazo.

Cuando sus hermanas se hubieron ido, Élise cerró la puerta, echó los cinco cerrojos, conectó una de sus múltiples alarmas y regresó a la sala de estar, donde recogió la tarjeta de visita. Mientras la guardaba en el cajón, una sonrisa se dibujó en su rostro: ¡qué buena idea haber birlado esa tarjeta en casa de una amiga! El eminente profesor Simonin, a quien nunca había

recorrido y al que nunca recurriría, había cerrado la boca a sus hermanas.

Ahora solo tenía que acabar de hacer las maletas...

* * *

El estudio amueblado no se caracterizaba ni por su gusto ni por su encanto. Situado en la calle Steinberg, en un edificio de reciente construcción —una caja con ventanas—, ofrecía un confort correcto del que cada elemento resumaba tacañería: paredes blancas de gotelé, armarios de conglomerado, cuatro sillas y una mesa de pino, linóleo en el suelo, tres lámparas desprovistas de la menor función decorativa, la tapa del inodoro demasiado endeble, una ducha con cortina de plástico, un sofá bajo con cojines inconsistentes, una cama con listones flojos, vajilla de hospital, cubertería con tenedores que no pinchaban y cuchillos que no cortaban. Al inspeccionar su alojamiento, Élise se culpó a sí misma por haber firmado el contrato. ¿Por qué se castigaba instalándose aquí? El encantador pueblo de Ensisheim, sin embargo, contaba con casas elegantes de fachadas antiguas, de alegres colores y floridas. La agencia le había ofrecido espacios típicos a un precio equivalente; ahora bien, el instinto la había llevado a elegir el lugar más lamentable. ¿Qué instinto? ¿El instinto de sufrimiento?

Durante los primeros días, sin embargo, descubrió que su estudio tenía una ventaja: situado en la planta baja, al nivel del suelo daba a un jardín, o más bien a un campo rodeado de setos. Un gato negro merodeaba a veces por allí, y desaparecía tan pronto la veía. El domingo, Élise sacó su silla fuera y se obligó a imaginar que vivía en una villa plantada en medio de un parque... El aire fresco la empujó rápidamente al interior, renunció a escapar de la mediocridad de su hogar y se concentró en la pantalla del ordenador para traducir al francés su último encargo: una guía turística italiana.

Al cabo de dos semanas, el sábado, decidió que podía hablar con él.

Lo había avisado previamente.

Su corazón latía con fuerza.

Durante aquellos quince días había deambulado un montón de veces frente a la prisión para dominar su miedo. El edificio ostentaba una fachada del siglo XVII, en amarillo y rosa, severa aunque elegante, majestuosa, que a pesar de las ventanas enrejadas, testimoniaba su uso precedente: un convento de jesuitas. Esa pompa se desvanecía enseguida al alcanzar los enormes muros de las esquinas, coronados por atalayas, que controlaban una hectárea de celdas.

Tan pronto como cruzó el umbral, experimentó algunas sensaciones conocidas. La puerta blindada. La bandera tricolor. El ojo inquisitivo de la cámara. Los papeles. Abrir el bolso. Dejar los objetos de metal. Pasar el arco detector. Los guardias llevaban los mismos uniformes azules que en París; en la mano o en la cintura, chisporroteaban idénticos walkie—talkies parlanchines que convencían a los intrusos de que se hallaban en una zona altamente vigilada; sumisos y cansados, los empleados los cacheaban con idéntica eficiencia respetuosa. Pasadas las formalidades a las que estaba habituada, llegó al fin a la antesala del locutorio.

Una vez más, le parecía hallarse en terreno conocido. Allí solo había mujeres. Las veteranas charlaban en voz alta, como si esperasen la salida del colegio de sus hijos, saltando de un banco a otro e interpellando a los vigilantes; sentadas a su lado, inmóviles, las tímidas daban la impresión de esperar el autobús; en las esquinas, las asustadas, las que visitaban la cárcel por primera vez, se apretujaban juntas, con la frente baja, ausentes.

Élise se sentó. Las veteranas la miraron fijamente; ella mató pronto su curiosidad enfrascándose en su teléfono móvil. Sabía que la pregunta que surgiría no era: «¿A quién vienes a ver?», sino «¿Qué relación tienes con él? ¿Esposa, madre, novia, hermana, amiga?». Trataba de evitar esa pregunta porque no pertenecía a ninguna de estas categorías. En cuanto a decir la verdad... ¡Imposible!

Se había informado acerca de los internos de la prisión de alta seguridad: ¡muchas figuras! ¡Estrellas mediáticas! Era la comidilla de toda Francia... Como el edificio solo acogía condenas graves —treinta años o la perpetua—, alojaba a los maestros del horror en juicios sonados: asesinos en serie, criminales sexuales y célebres terroristas. Durante semanas, meses, incluso años —mientras la justicia terminaba su trabajo—, sus nombres habían sido

pronunciados en los platós de televisión o en los estudios de radio, sus rostros habían inundado los periódicos, las pantallas... Bueno, sus rostros de entonces, porque, después de años de encierro, a veces costaba reconocerlos.

El que ella visitaba era, probablemente, el más famoso de todos. La gloria tiende siempre al exceso, exceso de talento o exceso de barbarie, lo normal no llama a la fama. Sam Louis había multiplicado tanto el número de víctimas que había saltado mil veces a los titulares y todo el mundo lo conocía.

¿Conocerlo?

No.

Nadie entendió su actitud. Ni antes, ni durante, ni después del juicio. Aparentemente bien educado, sociable y coherente, había confesado sus quince asesinatos sin una explicación ni sombra de remordimiento.

—¿Elise Maurinier?

El guardián había gritado su nombre desde el extremo de la sala. Se sonrojó como si la hubiesen desnudado, y luego se dirigió rápida hacia el funcionario con pasos cortos y la cabeza baja. Notaba cómo en torno a ella las mujeres trataban de adivinar su relación con el condenado. Cuanto más tiempo lo ignorasen, mejor...

El vigilante la condujo al locutorio.

El corazón de Élise latía acelerado: ¡había aceptado su visita!

El olor a repollo y lejía que rezumaba de un pasillo le recordó la prisión anterior.

El guardia abrió la puerta: Sam la esperaba detrás del cristal.

Ella le sonrió. Por reflejo.

Él le sonrió. También por reflejo.

Se acercó, se sentó en la silla y, pese a la pared de vidrio, tuvo la impresión de pegarse a él.

Se miraron de hito en hito.

Ella terminó diciendo:

—¿Cómo estás?

Él alzó las cejas, echó una ojeada al entorno, suspiró, se frotó la frente y puso las palmas de las manos frente a él.

—¿Qué coño estás haciendo aquí?

—He venido a verte.

—¿Por qué?

—Como antes.

—¿Por qué?

—Como antes.

—No lo pesco. Incluso menos que antes. ¿Aquí en Alsacia, en el culo del mundo?

—París, Alsacia... Qué más da. Vengo a verte, punto.

—¿Por qué?

—Ya te lo preguntabas en París.

—Aquí me lo pregunto más.

Élise titubeó y luego afirmó en tono decidido:

—Me he mudado aquí.

—A Insenh... o Enshi... ¡Hostia puta, soy incapaz de pronunciar ese jodido nombre!... A Enshei...

—A Ensisheim.

—¡Como sea! ¿Te has mudado aquí?

—Aquí cerca.

—Vale.

Él creía en su mentira. Como si Élise se hubiera ido, se dedicó a quitarse un pellejo del pulgar izquierdo.

Ella lo miró por enésima vez: ¿quién se escondía detrás de aquel rostro ancho con rasgos apenas marcados, una máscara de arcilla con áreas planas y relieves toscos? ¿Qué sentimientos habitaban en aquel esqueleto de hombros carnosos y un busto más abombado que el pecho de un jabalí? En su vida cotidiana, se cruzaba a menudo con hombres como él, ni feos ni guapos, corpulentos, sólidos. La experiencia nos enseña que un envoltorio como ese puede contener un buen tipo, un cretino o un violento. En este caso, el envoltorio albergaba a un perverso, el asesino violador de quince mujeres. Él la intrigaba ferozmente.

—Has engordado, ¿no? —dijo.

—He cogido volumen.

—¿Y eso?

—El deporte.

—En general, se hace deporte para perder peso, no para inflar.

—En el trullo, se coge masa para tener paz.

Élise asintió con la cabeza. Por un momento, la idea de que Sam se musculase por temor a que los reclusos le diesen una paliza la alegró.

—Tengo entendido que los presos atacan a los criminales sexuales.

—Cierto.

—Y a ti...

—¿Qué?

—¿Te dejan... en paz?

—A mí se me conoce antes que nada como un asesino en serie. Eso inspira respeto.

—Por supuesto... —murmuró ella, reforzándose en su silla.

«Sobre todo, inspira canguelo», pensó Élise.

Parecía complacido con su insolencia y, durante unos segundos sonrió, engreído; luego vio la mirada exigente de Élise, frunció el ceño y bajó los ojos.

Ella se inclinó hacia él, solícita.

—¿Cómo estás?

—Sin novedad. Nueva habitación, pero el trullo es el trullo. Nuevos guardianes, pero siguen siendo matones. Nuevos platos cocinados, pero siempre la misma mierda. ¿Se me olvida algo?

Se rascó la nuca.

—Ah, sí. Nuevas visitas, pero siguen siendo moscas cojoneras.

Se rio y luego la miró fijamente, deseoso de haberla impresionado. Élise fingió no entender. Él hizo una mueca.

—¿Qué coño haces aquí? ¿Qué buscas?

Élise buscó una respuesta en las paredes amarillentas, improvisó unas cuantas mentiras y al final se decidió por la sinceridad:

—No lo sé, Sam. Francamente.

Ella no lo manipulaba, no ocultaba ninguna estrategia, confesaba su desconcierto con absoluta ingenuidad. Él lo percibió. Su enorme mano golpeó el vidrio.

—¡Joder, es malsano!

Élise se incorporó, roja de ira, y lo acusó apuntándolo con el dedo:

—¿Te crees la persona indicada para juzgar lo que es sano o malsano, Sam

Louis?

Hablaba parpadeando, le temblaban las aletas de la nariz y adelantaba la mandíbula, enojada.

Sam, impresionado por su reacción, se quedó un momento en silencio y luego se escurrió en su silla, sin energía, desmadejado, murmurando:

—Aun así... No es normal.

Élise se sentó de nuevo, muy tiesa, como una maestra que reanuda la clase después de una intervención inoportuna.

—Anormal, sí. Malsano, no.

Carraspeó.

—Las palabras tienen un significado. Te recuerdo que estás hablando con una traductora.

—¿Y la traductora puede explicarme qué cojones está haciendo aquí?

—No tengo que justificarme. Vengo a verte.

En aquel intercambio de palabras ella se había llevado el gato al agua y él no lo soportó. Se irguió, dejó caer la silla hacia atrás y le gritó, con los ojos inyectados de cólera:

—Se acabó. No pienso prestarme a tu juegucito.

Élise se burló:

—¿Qué juegucito?

—¡No hay ninguna razón para que visites al asesino de tu hija!

Acto seguido, llamó a la puerta, exigiendo regresar inmediatamente a su celda.

De vuelta en su estudio, Élise abrió la ventana corredera, colocó un taburete en el enlosado gris de su terraza, se giró hacia el prado y ofreció su rostro al sol. Los lugareños habían cortado el césped y un olor a hierba fresca inundaba el aire.

Una especie de alegría bullía en el fondo de su corazón. ¡Había desquiciado al monstruo! Sí, lo había expulsado fuera de su capullo de indiferencia. ¡A Sam Louis! El que aterrizaba a los asistentes al juicio describiendo sus asesinatos de una manera técnica, clínica y fría, sin el menor atisbo de remordimiento. El que evocaba como objetos a las mujeres que había violado y asesinado —la primera, la segunda..., la decimoquinta—, negándoles la humanidad de un nombre. El torturador carente de empatía hacia

sus víctimas o sus familias. El verdugo que no se compadecía de sí mismo: «Si me sacáis de la cárcel, lo haré de nuevo». Sam Louis, esa tarde, perdiendo de repente el control, los nervios, llamando a la puerta para escapar de Élise, como un niño en peligro.

¿Qué peligro? Él lo ignoraba. Ella también lo ignoraba, impreciso en cuanto a su objetivo. Sin embargo, notaba perfectamente que este sábado, durante unos segundos de pánico, había tocado lo que buscaba confusamente.

¿Aceptaría volver a verla?

No lo dudaba. Algo acababa de pasar... Aunque solo fuese por curiosidad, aceptaría —¿acaso no representaba su única aventura carcelaria?—. Aceptaría por orgullo, porque no soportaría su fracaso. Aceptaría por machismo, furioso por haber huido de una mujer. Aceptaría por afán de dominio, para negar su turbación, para demostrar su superioridad.

Desplegó una carpeta amarilla sobre el regazo. Contenía los artículos de prensa y las notas manuscritas tomadas durante las audiencias. «El asesino de Montparnasse», así es como había aparecido el monstruo antes de adquirir un nombre y un rostro. Al principio solo se conocían sus crímenes, horribles, sangrientos, obscenos, que se encadenaban de acuerdo con un *modus operandi* común. Todas las fuerzas policiales habían sido lanzadas contra este depredador disimulado tras una firma macabra. Hoy, «el asesino de Montparnasse» tenía una identidad, había sufrido un juicio demoledor, estaba cumpliendo una sentencia de cadena perpetua, pero seguía siendo un misterio. Como en sus comienzos en el anonimato, solo era conocido por sus crímenes.

Huérfano de nacimiento, confiado a distintas instituciones del Estado, y luego a los Vartala, una familia de acogida asentada en Berry, Sam Louis siempre había mostrado un carácter misántropo e independiente, más bien rebelde a la autoridad bajo una apariencia cortés. Su recorrido escolar había sido bastante mediocre, y durante su adolescencia había manifestado preocupantes brotes de violencia. Había agredido varias veces a sus hermanas adoptivas, tratando de estrangular a una con sus manos, a otra con su cadena y a la tercera con su fular, unas hermanas adoptivas con las cuales, por otra parte, mantenía buenas relaciones. Aun callándose la primera falta, la familia de acogida se había visto obligada a señalar las reincidencias y luego a echarlo. Librado a sí mismo, aparcado en un reformatorio, empezó a beber, a

drogarse y violó a una alumna de secundaria que vio bajar del autobús escolar. Arrestado, juzgado y condenado, había sido encarcelado a una edad muy temprana. Cuando salió de prisión dos años después, se fue a París, donde se había prostituido con hombres y se había alojado en casas de okupas o con diferentes protectores de edad madura. Ninguno de ellos se había quejado de él en el curso de las vistas, excepto que todos confesaron haberse hartado de su alcoholismo, su adicción a las drogas y su indolencia: cedía maquinalmente a los contactos sexuales, sin gusto ni interés en lo que estaba sucediendo, con la mente en otra parte...

Un crimen abyecto había hecho saltar la alarma. Una mujer joven, Christine Pourdela, había sido violada en su garaje y luego asesinada con un cuchillo. Dos semanas después, otra, Olivia Retif, había sufrido una suerte parecida en el sótano de su edificio. «El asesino de Montparnasse» había invadido los medios de comunicación, fantaseado por los periodistas, buscado por la policía, temido por los habitantes de los distritos 14 y 6. Por desgracia, ni un vídeo que recogiese imágenes, ni un testigo que aportase una descripción habían aparecido para que se pudiese elaborar el retrato o el perfil del asesino. En cuanto a los restos de ADN, habían confirmado que se trataba de una única persona, un desconocido...

—Laure... —suspiró Élise.

Laure Maurinier, su hija, había sido la tercera víctima. Tenía veintitrés años, había acabado sus estudios de inglés y era la viva estampa de la felicidad. Cuando aparcaba su Fiat, a las diez de la noche en el garaje de su edificio, el hombre había aparecido, la había violado bajo amenaza y luego apuñalado en el cubículo de los contenedores de basura.

A menudo, incapaz de controlar sus visiones, Élise revivía ese día: el teléfono, que llevaba consigo de la cocina al baño, de la sala de estar al dormitorio, porque estaba esperando su llamada —Laure le había prometido el título exacto de un libro del que habían hablado durante la comida—. Sus mensajes alrededor de las doce: «Querida, te olvidas de tu madre ignorante. Indícame la referencia de ese ensayo, lo necesito para mi traducción». Su despertar, como gesto inaugural, con la consulta del móvil. Su llamada a las nueve de la mañana. Su segunda llamada a las nueve y media. Las siguientes. Al principio, en sus mensajes, se burló de su ansiedad con humor, pero, poco a

poco, la dejó traslucir. Hacia el mediodía, había llegado a la conclusión de que Laure o bien se había contaminado con un virus o había perdido el móvil. Decidió acudir al estudio de su hija para saber a qué atenerse, pero al entrar en el ascensor, su teléfono sonó. «¡Ah, por fin! Número desconocido». Una voz que afirmaba ser de la policía le anunció lo abominable.

Se quedó helada. Sin entender. El oficial le repitió que su hija había sufrido un accidente muy grave, que... había fallecido.

Si nos muriésemos de pena, Élise habría muerto en el acto. Morirse de pena era mucho mejor que vivir con la pena.

Después, las secuencias se sucedían, intolerables. La llegada al estudio, en el bulevar Edgar Quinet. Los mirones del mercadillo. Los periodistas. Los policías. El médico forense. Huellas de sangre en el cubículo de la basura. El reconocimiento del cuerpo en la morgue. Laure, su chiquitina, su única hija, muda, lívida, tendida en una mesa de acero en una sala que apestaba a formol, cubierta de heridas negruzcas. Increíble, Élise había tocado a su hija para asegurarse de que no respiraba. Había sacudido su hombro. ¡Qué frialdad! ¡Qué rigidez! Desde entonces, nunca había podido templar la mano. A continuación, mazazos adicionales e inútiles: los artículos periodísticos con el nombre de su hija, o peor, con su fotografía. Laure sonreía en las viejas instantáneas, y esa sonrisa le pareció inoportuna, atroz. Élise sentía que volvían a matarle a Laure. Aparte de ella, ¿alguien se daba cuenta de eso?

El asesino había continuado con sus atrocidades. Había cometido nuevos crímenes, que se habían ligado a su perfil perverso de los casos anteriores. Élise había llevado a cabo su propia investigación.

Cuando lo capturaron, Sam Louis había ejecutado a quince víctimas. Élise, agotada, las consideraba a todas como hermanas de Laure. Enterándose de los detalles de sus vidas a través de la prensa, se había convertido en la madre de quince jóvenes asesinadas. Eso la salvó de que Laure la obsesionase.

—¡Minino..., micho—micho—micho—micho!

Para alejarse de sus cavilaciones, Élise había dejado el dossier y se había puesto en cuclillas, llamando a un gato negro que se mantenía a diez metros contra el seto. El felino la miró con sus ojos amarillos, receloso.

—¡Minino!

El gato no reaccionó, su cabecita achatada repleta de pensamientos

hostiles.

Élise insistió:

—Ven aquí. No tengas miedo.

El gato torció la cara. ¿Miedo, él? Hay que ver las teorías humillantes que profesan los humanos.

Élise lo observó con atención: flancos escuálidos y pelaje descuidado. Un gato abandonado.

—¿Tienes hambre?

Entró en el estudio, cogió un plato de postre y preparó una mezcla con sus sobras: arroz, carne fría y jamón.

Fuera, notó que el gato no se había movido, como si hubiera comprendido que debía esperar algo. Con el buche hinchado y las orejas gachas, calibraba la situación.

Élise dejó el plato en el suelo.

—Aquí tienes. Para ti.

El gato miró hacia otro lado, indignado.

Élise se divertía.

—¿No entiendes mi idioma? ¿Solo hablas alsaciano?

Rebelde, se puso a lamerse la pata derecha, mostrando a las claras que ya estaba bien de soportar sus gritos y que haría muy bien en callarse. Se contempló las garras. ¿Cuántas tenía? ¿Diez? ¿Veinte? ¿Treinta? ¡Mil! ¡Qué barbaridad!, se admiraba, encantado consigo mismo. ¡Era todo garras!

Élise levantó el plato y dio unos pasos en la hierba. El felino dejó inmediatamente de extasiarse con sus almohadillas rosadas. ¡Alerta!

Élise colocó la comida en medio del prado.

—Ahí tienes, caballere, a tu servicio...

Luego, de vuelta en su banqueta, fingió mirar su dossier.

El gato la espío largo rato. Se movió cuando se convenció de que ya no se ocupaba de él. Élise no parpadeaba. Poco a poco, el gato se fue confiando. Deslizándose receloso, frenando por la irrupción de una mariposa o el ladrido de un perro a lo lejos, se acercó al plato. Por el rabillo del ojo, Élise seguía su avance, divirtiéndose con él.

Algunos folios se le cayeron al suelo.

—¡Epa!

Asustado por el ruido, el gato se batió en retirada.

—¡No! —gritó Élise—. No te vayas. Vuelve.

El gato había desaparecido detrás del seto.

—¡Minino!

El jardín permaneció desierto.

—¡Qué idiota! —exclamó azotando el aire.

Una nube cubrió el sol. Élise se estremeció. Al levantar la cabeza, comprobó que un ejército de cúmulos había invadido el cielo. Cerró cuidadosamente el ventanal, temblando de frío.

Cansada, con la mente dispersa, renunció a trabajar tanto en la traducción como en el dossier «Sam Louis». Encendió la tele. Los programas de telerrealidad desfilaban por la pantalla. «¿Cómo se puede alcanzar ese nivel de estupidez?», se preguntó escuchando los comentarios de los participantes. Fascinada por la insondable nulidad de los protagonistas, se dejó hipnotizar.

Durante un descanso publicitario, volvió la cabeza hacia el jardín. El gato se había acercado al plato y agazapado, con las orejas gachas y gestos espasmódicos, engullía la comida con glotonería.

—Vaya, el espíritu de la contradicción. Si le das, él no quiere. Si no quieres tú, él lo roba. ¡Cretino!

Esta noche odiaba al mundo entero.

De hecho, odiaba a todo el mundo desde aquel fatídico jueves en el que el policía le había comunicado la muerte de Laure. El odio la mantenía en pie, a ella, que durante cuarenta y cinco años había sido el prototipo de mujer «amable». Sin el odio, se estaría pudriendo en su tumba.

* * *

Durante tres semanas, Sam Louis rechazó las visitas. Elise no tiró la toalla, consciente de que solo su insistencia vencería el bloqueo. De todas formas, tenía que entregar urgentemente la traducción de la guía turística italiana a la que dedicaba todas las horas del día, interrumpiéndose solo para observar el gato negro en el prado, que acudía más rápido cada día a vaciar su plato,

aunque siguiese huyendo tan pronto como ella se acercaba.

El cuarto sábado, Sam Louis autorizó su visita.

Cuando entró en el locutorio, percibió un bloque de hostilidad detrás del cristal. El tipo la miraba con intensidad.

Élise se tomó su tiempo para quitarse el abrigo, colgar el bolso en el respaldo de la silla y sentarse cómodamente.

Él no dijo una palabra.

Una vez sentada, esbozó, sin darse cuenta apenas, un gesto coqueto para arreglarse el pelo, un gesto delicado, fluido, muy femenino, que paralizó al prisionero. Élise lo miró y le sonrió.

—No estás acostumbrado, ¿eh?

—¿A qué?

—A que se interesen por ti.

Él apartó la mirada.

Élise se alisó la manga derecha, que se había arrugado bajo el abrigo.

—¿Me concedes el derecho de interesarme por ti, Sam?

Él repitió la palabra con desprecio, rumiándola entre dientes.

—El *derecho*...

—Tienes derechos.

—¿Aquí?

—Tienes derechos, no solo deberes. Por ejemplo, no tienes el deber de aceptar mi interés por ti; en cambio, tienes derecho a rechazarlo.

—¿Por qué iba a rechazarlo?

—Buena pregunta. Sí, ¿por qué?

Desconcertado por su propia réplica, pillado en la trampa, sacudió la cabeza para aclarar sus pensamientos, para reorientarlos, y exclamó:

—Estos últimos años se han interesado por mí varias personas: el juez de instrucción, los psicólogos, los psiquiatras, mi abogado... ¿De qué me ha servido?

Señaló las paredes en torno a él.

—¡Perpetua!

Después de un suspiro, hundió la cabeza en los robustos hombros.

Élise lo corrigió:

—Lo confundes todo. La atención que te prestaban derivaba de su oficio.

Recibían dinero por analizarte, Sam.

Cada vez que ella pronunciaba *Sam*, él parpadeaba. Así pues, se ensañó:

—Yo no, Sam; yo no.

—¿Tú no? —replicó él.

—¡Yo no!

—Ah, ¿sí? —insistió, burlón.

—Yo no.

—¿No has tocado el dinero después de mi condena?

—Una indemnización.

—¿Entonces?

—Entonces, si mi interés fuese pecuniario, como el del juez, los peritos o el abogado, se habría evaporado una vez embolsado el dinero, ¿no? Yo habría desaparecido y tú no me habrías vuelto a ver. ¿Recibes la visita de otros padres de víctimas? ¿Crees que vienen a desquitarse de una deuda visitándote?

Los labios de Sam temblaron. Dobló la cerviz derrotado.

—No viene nadie.

—¡Ah!

Alzó los ojos.

—¡No viene nadie y es lo normal! ¡La anormal eres tú!

—Confirmas lo que yo decía —zanjó ella—. No estás acostumbrado a que se interesen por ti.

Un escalofrío recorrió la epidermis densa y granujienta de Sam. La hipótesis de Élise se abría camino en él.

Esperó un minuto y prosiguió como si el silencio no fuese con ella:

—¿Tu madre adoptiva no se preocupaba por ti?

Él se encogió de hombros, aliviado al transitar por terreno conocido.

—¿La señora Varíala? Acogía niños para chupar el dinero del Estado. Ni siquiera disimulaba. Una noche le comentó a una vecina, convencida de que estaban solas: «O esto, o limpiar retretes». Casi me alegré de haberla oído: le repugnábamos menos que los retretes, ¡qué buena noticia! Después, añadió: «De hecho, ya le cogí el tranquillo para sacar más: me quedo con los que nadie quiere». Eso ya no me hizo gracia. ¿Por qué no iba a quererme nadie? Los días siguientes, miré a mis hermanas y hermanos adoptivos, a ver por qué

no los querían, y me di cuenta: Una mongólica. Un negro. Un amarillo. Un enano. Uno al que le faltaba un dedo en cada mano. Pero ¿yo?

—¿Sí, tú? ¿Qué te descalificaba?

—Nunca lo entendí.

Guardaron silencio.

—¿Y el señor Vartala?

—Trabajaba en la fábrica. No volvía hasta la noche, después de pasar por la tasca, borracho como una cuba. Para mí que llegaba tarde para pasar poco tiempo con su mujer.

—¿Se preocupaba por ti?

—Después de tres años, confundía mi nombre con el del negro. No por maldad, qué va. Simplemente no lo tenía claro. Tan turbio como el culo de una botella... Los posos de purrela flotaban en su cerebro. Además, se murió a los cuarenta años, supongo que aliviado.

—¿Descubriste por qué no te querían a ti?

—No.

—Y al no descubrirlo, ¿te sentiste privado de dignidad?

Él se quedó helado. Ella continuó en su lugar:

—Te convenciste de que la señora Vartala tenía razón.

—Yo era un tirillas. Empecé con el deporte. Musculación, boxeo...

—No era bastante... De hecho, pensaste que tu tara se te escapaba. No te fiabas de ti.

Él se sonó la nariz para no oír sus palabras. Ella no cejó:

—Te convenciste de que eras un monstruo.

Él exclamó, repentinamente agresivo:

—¡Lo que siguió lo prueba! ¿A cuántos tipos conoces que hayan matado a quince tías?

—Solo a uno. ¿Cómo podía darse cuenta la señora Vartala, a quien conocí en el juicio y que me pareció tan sensible como una tanqueta? En aquel entonces no habías hecho nada.

Él se levantó de un salto, aporreó la puerta y gritó al funcionario del pasillo:

—¡Se acabó!

Ella alzó la voz a su vez:

—¿Y si la señora Vartala pensaba eso de los otros, solo de los otros, y no de ti?

Dándole la espalda, volvió a aporrear la puerta.

Ella insistió:

—¿Y si eso no te concernía?

Él se puso a gritar frente a la puerta de acero:

—¡Abrid de una puta vez!

El vigilante tardaba.

Muy tranquila, Élise añadió con voz aterciopelada:

—No te quieres, Sam, porque nadie te ha querido.

Él se dio la vuelta.

—¡Por supuesto que nadie me ha querido! Es lo lógico: soy peligroso. Cuando me levantaba algunas mañanas, sabía que mataría por la noche.

—Eso fue después... Mucho después... No cuando eras pequeño. No cuando eras un adolescente.

—La señora Vartala se olió mi futuro. Típico de una bruja... Me convertí en el que nadie quiere. Ahora me tienen aquí encerrado, pues muy bien, eso me hace inofensivo. La cárcel me salva de mí.

—Falso. La cárcel te salva del otro que viste en ti tras las estúpidas palabras de la señora Vartala. No eras tú quien mataba, era el otro, el que le dio la razón a la señora Vartala. No tú, sino el monstruo que ella y tú habéis inventado.

La llave desbloqueó ruidosamente la cerradura, dando paso al vigilante.

Tranquilizado, Sam volvió a su apatía habitual. Con semblante inexpresivo, se inclinó hacia el cristal que lo separaba de Élise, contrayendo sus espectaculares bíceps.

—¿Cuál era tu hija?

Élise se estremeció.

—Laure.

Él reflexionó y murmuró «Laure». Sonrió.

—Qué curioso... nunca había pronunciado su nombre.

—Laure Maurinier —vociferó Élise sin saber por qué.

Él la miró fijamente, terco.

—Te he preguntado cuál.

—Acabo de responderte.

—¿Qué número?

Un acceso de odio elevó el pecho de Élise.

—La tercera.

—¿El bulevar Edgar Quinet?

Ella asintió sin aliento.

Sam reflexionó, dudó, y luego concluyó con indolencia, rascándose una oreja:

—Ni me acuerdo.

Giró sobre los talones y desapareció.

De vuelta en casa, Élise se encerró con llave en el cuarto de baño, se desnudó, metió la ropa en la lavadora, bragas y sujetador incluidos, puso un programa largo y se deslizó detrás de la cortina de la estrecha ducha.

El agua corría sobre ella, cálida, dulce, compasiva, inagotable. Permaneció allí diez minutos.

Una vez seca, volvió a ducharse. Volvió a salir. Y empezó de nuevo.

Se duchó cuatro veces durante una hora. Entre sus abluciones, veía girar la ropa en el tambor, sosegada, atenta, con la mente en blanco, habitada por la única necesidad de purificarse.

Finalmente, después de su quinta ducha, una vez seca, se untó el cuerpo de crema hidratante, una crema cualquiera, barata, comprada en el supermercado, cuya fragancia de almendras le pareció, sin embargo, el colmo del lujo. Su piel recobraba el suave brillo de su juventud bajo los beneficios de la pasta untuosa y nacarada. Élise no se había mimado desde hacía siglos.

A pesar de sus púdicos hábitos, salió del baño sin taparse y caminó desnuda por el estudio. Como su apartamento no daba a ninguna vivienda enfrente, ningún vecino la molestaría, ni ella avergonzaría a nadie.

Se tumbó en el sofá. Recuperaba el ánimo poco a poco, consciente de que había escapado de un grave peligro.

Las últimas palabras del asesino le habían dolido. Pero ella se negaba a que le afectasen. Desde la muerte de Laure, había adelgazado, su tez se había ajado, vestía ropas oscuras, se mostraba triste, solitaria, asocial, apática, pero

jamás dolida. Ni siquiera había llorado.

Desde aquel odioso jueves, con la pena rondando en torno a ella, había sellado las puertas de su alma. Por una reacción saludable, había generalizado: Christine, Olivia, Cindy, Amélie, Catherine, Isabelle, Morgane, Anna, Emmanuelle, Lisa, Fatou, Diane, Sarah y Pénélope se habían unido a Laure en el dossier Sam Louis. Además, ahora conocía sus cortas vidas tan bien como la de su hija. Durante el juicio, había establecido vínculos con los parientes, padres, madres, hermanos, hermanas, tíos, tías, primos, abuelos y abuelas. Se convirtió en la confidente universal, la amiga de todos, ella, cuya familia se reducía a sus tres hermanas —sus padres habían muerto y su amante de un verano se había esfumado—, había ampliado y poblado su círculo de íntimos. Acoger en su corazón la pena de todos había mitigado la suya. Luego se había propuesto entender lo que había sucedido quince veces seguidas y había empleado todas sus energías en la investigación. Insatisfecha con el resultado de las vistas —Sam Louis, impasible, mudo, no había mostrado remordimiento, dolor ni compasión—, había entrado en contacto con él en la prisión parisina. En este apartamento de Alsacia proseguía su trabajo refugiándose mejor del pasado: nada le recordaba a Laure a su alrededor, ni un mueble, ni un adorno, ni una rutina. Su hija no tenía ningún lugar aquí, a excepción de una carpeta en el voluminoso dossier amarillo. Una entre muchas.

Este equilibrio, tan difícilmente logrado, el asesino lo había hecho tambalear esa tarde. Fingiendo no acordarse de Laure, había desestabilizado a Élise, la había irritado, la había indignado y agredido. ¡Su hija se salía de lo común! ¡Era inolvidable! Si ese monstruo pretendía escamoteársela, ¡ella se la recordaría!

La trampa se abrió bajo sus pies: las imágenes regresaban, las de los momentos felices, la sonrisa de Laure, su luz, su fantasía, su libertad, su bondad. Las llamas del tormento surgían e iba a sufrir.

—¡Ha mentido!

Ese demonio de Sam Louis se había propuesto cazarla y quemarla en el infierno. Descubrió la artimaña. Élise se había resistido suspendiendo su conciencia, dejando de pensar por completo.

—¡Un farol!

Ahora lo veía: Sam Louis se acordaba de Laure, a pesar de que nunca

había dicho su nombre. Su objetivo era herirla.

—¡No!

Fue un grito de guerrera. Ni hablar. Él no la manipularía. Con lucidez y aplicación, rechazó las imágenes de Laure, las empujó con fuerza dentro de ella, así como el suplicio que llevaban aparejado, y cerró la trampa.

Se estremeció.

Alguien la observaba.

Su corazón se aceleró.

¡Cierto! Unos ojos la miraban fijamente. Sentía una presencia.

Se levantó de un brinco, saltó sobre la alfombra y, por reflejo, se puso una mano sobre el pubis y la otra en los senos.

—¿Quién anda ahí?

Su respiración se volvió jadeante. No se atrevió a moverse. Aun con la nuca rígida, fue capaz de recorrer la estancia con la mirada. No había entrado nadie.

Se volvió bruscamente hacia el ventanal.

El gato la espiaba, pegado a la ventana corredera.

—¡Bestia asquerosa!

El gato no se inmutó.

Élise estalló en carcajadas: había tenido miedo de una minúscula y escuálida bestezuela. Ya calmada, preservando todavía su pudor, se acercó al ventanal y se arrodilló ante él.

Aunque en guardia, el gato le permitió hacerlo, protegido por el tabique de vidrio. Frente a él, descubrió su nariz de jovencita, rosada y fina, corta, frívola, y detalló sus iris amarillos, fosforescentes, moteados de verde. Élise le sonrió.

—¿Te aterrorizo menos así, golfante?

El gato entrecerró los ojos.

—¿Cuándo estoy vestida como tú?

El felino se irguió, hinchó su pelaje y, con un suave abandono, se frotó contra el cristal, sensual y encantador.

El gato desconcertaba a Élise, se le hacía familiar. Algo en él... Sintió la necesidad de tocarlo, de acariciarlo, de besarlo...

Con prudencia y meticulosidad, se levantó y comenzó a abrir el ventanal.

El mecanismo hizo un chasquido. El gato huyó.

Élise puso los pies en la terraza.

—¡Minino!

Solo se había ido al medio del prado, al lado de su escudilla; por primera vez, no se había refugiado detrás de los arbustos; había que tomar nota de este progreso.

—¡Minino! ¡Micho—micho—micho—micho!

El gato levantó el mentón, deglutió, pero no se movió. Sus pupilas, más amarillas que un botón de oro, mantenían una inquietante fijeza.

Frotándose un brazo inopinadamente, Élise notó la piel de gallina. Marzo y su escarcha habían irrumpido y a ella solo se le ocurría pasearse desnuda por un prado. ¡Qué locura!

Dio un salto y se retiró al interior. El gato seguía observándola, ligado a ella por la mirada, tan fascinado como aterrorizado.

—¿Quiero domesticar un gato salvaje?

Hierático, con las mandíbulas apretadas, el gato esperaba la respuesta.

—¿Me gustan los gatos?

Las aletas rosadas de la nariz se cerraron bajo el rostro triangular del felino.

—No.

Le habían asegurado que estos animales eran egoístas, carentes de empatía. ¿No acababa de demostrárselo resistiéndose a su acercamiento? Se encogió de hombros, cerró el ventanal y corrió la cortina.

Intencionadamente, no solicitó una nueva entrevista con Sam Louis durante un mes. De todas formas, el tiempo jugaba a su favor: él no iba a huir de la mazmorra en la que se pudría.

Durante ese mes, Élise se contentó con pasar frente a la cárcel. Contemplaba la enorme nave vetusta, inmóvil, varada a orillas del río Ill, que no iría a ninguna parte, y cuyos viajeros tampoco irían a ninguna parte. «*Maison d'arrêt*, literalmente, “Casa de detención”», ese es el término justo, pensó: han sido detenidos y se pudrirán ahí hasta el fin de sus días. Ella disfrutaba de libertad de movimientos, iba donde le daba la gana, a orillas del agua cantarina, bajo los árboles florecientes, a la pastelería, al café, a su casa. Sin embargo, no se hacía ilusiones sobre su otra libertad, la de pensamiento:

ella también estaba prisionera, giraba en círculos en una celda. Su cárcel era la insensibilidad de Sam. Un espacio que recorría interminablemente.

Una mañana de cielo azul, vio en las orillas del 111 una mujer alta y morena, blusa escotada y minifalda, con piernas magníficas e interminables; apoyada en el tronco de un roble, con una rodilla doblada, parecía tender sus formas perfectas a la luz, hacer el amor con el sol. Los párpados entornados, los labios entreabiertos, el cuello ofrecido, acariciaba con la mano derecha los rayos que le calentaban la garganta y el comienzo de los senos, mientras que la izquierda iba de los cabellos a los muslos, alternando el gesto que alborotaba la suntuosa melena con el que acariciaba la piel aterciopelada al final de su atuendo. Vibraba, indiferente a los paseantes, dedicada a su amante celeste. Élise dio un rodeo, incómoda.

Al día siguiente se la cruzó en el mismo lugar, escultural, insolente, obscena, como esas fotos de calendario adoradas por los camioneros. Mientras la evitaba, Élise discernió a lo lejos el punto fijado por la mujer, una pared de la prisión, cuyo piso superior sobrepasaba la altura de los muros. Detrás de las rejas de una ventana, un tipo aceitunado la miraba con la boca abierta. Élise se dio cuenta entonces de que el marido y la esposa habían encontrado la manera de hacer el amor.

Se alejó de allí corriendo. ¿Cuántos años hacía que no había besado a un hombre?

En su estudio, se enfrascó en un nuevo trabajo de traducción. Le habían confiado un ensayo sobre las Brigadas Rojas, el grupo revolucionario que aterrorizó Italia en los años setenta y ochenta, alguno de cuyos integrantes salía ahora de la cárcel. ¿Cómo reaccionar? ¿Se debería perdonar a los perpetradores de atentados? Profana en esta investigación dirigida por un célebre periodista romano, Élise se instruía.

Aunque Élise hubiese renunciado al gato, el gato no había renunciado a ella. Tan pronto como ella aparecía, él se plantaba en el jardín. Voluntariamente indiferente, concentrada en su texto, le echaba una ojeada con el rabillo del ojo.

A medida que la primavera se consolidaba, el prado se iba poblando de mariposas, pájaros y ratones de campo. El gato había reanudado sus actividades de cazador, aunque Élise seguía alimentándolo: «Alimentar a un

mendigo no significa adoptarlo», se había repetido para justificarse. Espectacular, el gato le ofrecía un fabuloso desfile en el que él solo constituía un zoológico completo: tigre cuando bostezaba; guepardo cuando se estiraba; arqueaba el lomo y se convertía en dromedario; acechando a sus presas, se volvía león; inflaba su buche de búho; arrancaba más rápido que el antílope; saltaba como un sapo; adoptaba la inmovilidad del lagarto; rasguñaba tan hondo como un zorro; a continuación se convertía en ardilla y jugaba con una nuez entre las patas; y por fin, agotado, se aplastaba como una babosa.

De vez en cuando, para intrigarla más, se aventuraba con metamorfosis humanas: pasando y repasando sus almohadillas rosas por el hocico, evocaba un inocente bebé en su baño; o, con la pata hacia el cielo, ocupado en lamerse la parte inferior del abdomen, se atrevía a ensayar las posturas del cancan, alcanzando la impudicia sicalíptica de una Nini *Patte—en—l’Air* que triunfó con la figura *port d’armes*.

Élise se divertía secretamente observándolo a hurtadillas. Decidida a no hacerle caso, nunca se giraba hacia él.

En absoluto engañado por este fingimiento, convencido de que era el ombligo del mundo, se instalaba cada vez más cerca de ella y, cuando se alejaba, parecía decirle: «Sí, lo sé, soy muy guapo. ¡Y qué pelaje! Gracias». Desde que ella había renunciado a domesticarlo, el gato se había empeñado en hacerla más sociable.

—¡Déjate de pamplinas! La cosa no va a funcionar entre nosotros —le espetó una noche, cerrando la puerta—. No estamos en sintonía.

Un sábado de abril, Élise regresó a la prisión.

Sam Louis la esperaba al otro lado del cristal. Ni ella ni él se sorprendieron de que la entrevista se reanudase. No mencionaron el mes que acababa de pasar. Durante unos segundos se habituaron ambos a la presencia del otro, luego él preguntó con voz comedida:

—¿Qué estás haciendo ahora?

—Estoy traduciendo un libro sobre las Brigadas Rojas.

Quiso seguirle la conversación, pero faltó de ideas precisas sobre las Brigadas Rojas, de las que solo conservaba un vago recuerdo, se contentó con

menear la cabeza adelante y atrás en plan enteradillo. Élise murmuró:

—¿Y tú?

—¿Yo?

—¿Qué haces en la prisión?

—Matar el tiempo. A falta de otra cosa.

Satisfecho con su respuesta, estaba a punto de reírse de su rudeza, pero se abstuvo al ver el semblante serio de Élise. Cambiando de tono, la informó secamente:

—Le levanté el negocio a un polaco.

—¿Cómo?

—Tráfico de hachís.

—¿Estás de broma?

—Oficialmente, monto tomas eléctricas de plástico en el taller. Necesitas una cobertura.

—¿Nunca has pensado en practicar la honradez?

—¿Por qué? ¿Temes que, si me porto mal aquí, me metan en la cárcel?

Élise suspiró y le mostró, con un gesto por encima de su cabeza, que le importaba un bledo.

—¿Y qué? ¿Has avanzado desde la última vez?

—¿Avanzado? Pero ¿tú de qué vas, tía...? ¿Ahora toca jugar a los loqueros?

Ella insistió, imperturbable:

—¿Has avanzado? ¿Aceptas que me intereso por ti?

Él se echó hacia atrás y se toqueteó el labio inferior, con un destello en los ojos.

—¿Qué pasa? ¿Te has enamorado?

—¡Venga ya!

—¿Te excito? No estoy nada mal, ¿verdad?

Ella se echó hacia atrás a su vez y, siguiéndole el juego, observó su cuerpo. Un brillo de orgullo animaba la piel de sus músculos marcados. La mímica conquistadora iba dirigida a ella. Élise concluyó:

—No, no estás mal. No necesitas obligar a las chicas a acostarse contigo amenazándolas con un cuchillo.

A pesar de que su mirada se apagó, Sam no parpadeó.

Sí, ya le habían dicho eso antes (la policía, el juez de instrucción, los peritos, el abogado) hasta la saciedad. Élise insistió:

—Esas chicas podrían haberte dicho que sí.

Él respiraba, ecuánime, inaccesible. Ella continuó:

—Las habrías seducido si te hubieses acercado a ellas normalmente.

Ninguna reacción.

—¿Querías que te dijeran que sí?

Frío como un témpano.

—Tú exigías que ellas cediesen, no que se diesen. Yo, si me deseases, tal vez me dejase tentar, pero eso no te gustaría.

Él se rio, divertido.

—¡Vaya! Lo que yo decía: te has enamorado de mí.

Élise había perdido el control de la conversación. La claridad había abandonado su mente. Conteniendo el pánico, se obligó a relajarse. Luego se oyó decir:

—Soy una madre, Sam.

Arrogante, se las dio de caballeroso:

—No..., no eres vieja...; aún estás buena.

Élise ignoraba por dónde se aventuraba; prosiguió, empujada por una intuición:

—Soy una madre, Sam. O, mejor dicho, lo era. En fin, cuando se es una vez, se es para siempre. Incluso cuando tu hijo ha muerto.

Luchó contra las lágrimas perturbadoras y se concentró en las palabras que se le escapaban de la boca:

—Soy una madre.

—La madre de una chica que maté.

—Exacto.

—Y violé.

—Exacto.

—¿Qué coño estás haciendo aquí?

—Te miro como una madre, Sam. No tu verdadera madre, a la que no has conocido. No como tu madre adoptiva que te rechazó. Como una madre que podrías haber tenido. Y tú, tú eres como el hijo que podría haber tenido.

—¡Estás chiflada!

—Quizá. ¿Y tú?

Él remoloneó y luego asintió con desdén:

—Sí, yo también.

Compartían una conexión extraña. Dos locos. Dos seres destruidos. Se sentían igual de desorientados.

Élise continuó:

—¿Sabes lo que es una madre?

—No...

—Alguien que no rechaza. Alguien que acoge. Alguien que ama. Alguien que no juzga. Alguien que perdona.

—Hay actos que no se perdonan.

—¿Quién te ha dicho eso?

Él la miró atónito.

Élise se inclinó hacia el cristal.

—Antes de perdonar, hay que entender. Yo no he entendido tus actos.

—Que me entiendas no te devolverá a tu hija.

Ella se irguió, fulminante. Las aletas de la nariz le palpitaban. Roja de ira, lo vituperaba con una voz que temblaba de exasperación:

—¿Me crees tan estúpida como para imaginar que voy a recuperar a mi hija? ¿De verdad? ¿Te parece que tengo serrín en el cerebro? Laure se fue. Por tu culpa. Ya no está aquí. En ninguna parte. Ni siquiera en el cementerio. ¡Ausencia total! ¡Total! Sin rastro. Ni señales. Por muchas vueltas que le dé, ¡nada! De noche, de día, miro al cielo y escruto el infinito. ¡Nada! Escucho en silencio, esperando que ella susurre una frase. ¡Nada! Entro en su habitación intacta, apostando a que moverá un objeto, escribirá una palabra en el polvo, pondrá su música favorita. ¡Nada! Así que sé de sobra que un canalla como tú no va a devolvérmela. ¡El desgraciado que fue capaz de quitármela!

Élise había gritado. Durante un segundo, Sam pareció impresionado, incluso aterrorizado por la rabia que la sacudió; pero se rehízo y volvió a su apatía habitual.

Élise se sentó de nuevo, agitada. Durante unos minutos, se concentró en una única preocupación: recuperar la normalidad, dejar de sudar, acompasar los latidos del corazón, regular su respiración.

Cuando lo consiguió, levantó la cabeza y contempló al coloso amorfo. Su

voz se atenuó para apostrofarlo:

—¿Sientes remordimientos, Sam? No mostraste ninguna contrición durante el juicio. No manifestaste compasión hacia las familias de las víctimas.

—¿De qué iba a servir?

—Atenuaría su pena.

—Pff...

—Desengáñate. La mayoría de las familias que...

—¡Corta el rollo con tus familias! ¡Yo no tuve familia! ¿Está claro? Así que las familias me la sudan. ¿Vale?

Él también se había embalado y se reprochaba a sí mismo por ello. Élise dejó que se calmase.

—Olvidemos a las familias, Sam. Con el arrepentimiento o la conmiseración, te habrías revelado... humano.

—¿Humano?

Reflexionó, imperturbable, menos preocupado que si jugara al Scrabble.

—No sé si quiero ser humano.

Aseveró su sentencia con la cabeza y continuó:

—¿Has visto a un tigre cazando?

Sus ojos brillaron de repente, recreándose en una escena conocida solo por ellos. Con los labios moldeados en una sonrisa satisfecha y la frente relajada, Sam Louis daba la impresión de haber entrado en trance. Para animarlo a hablar, Élise le respondió:

—No.

—No hay nada más bello en la tierra. Mi modelo, el tigre... Un solitario que posee un territorio y no lo cede a ningún intruso. Cuando decide ir de caza, al caer la noche, agudiza los sentidos, acecha una respiración, detecta un olor. Todo es sutil en ese gigante, tanto el oído como el olfato. Discreto, sigiloso, invisible, se desplaza agazapado y concibe su plan sin que nadie lo note. Un mago del camuflaje. Cuando lo ves, él ya te ha visto mil veces. Localizada la presa, la acecha en absoluto silencio. Solo salta cuando su víctima está a diez metros, y allí, zas, surgiendo detrás de ella o de costado, la coge por sorpresa y le clava los dientes en la garganta. Luego la arrastra a un lugar tranquilo para disfrutarla a gusto... Comienza con lo más carnoso, los muslos o el culo. Nadie iguala su nivel entre en los humanos, nadie combina la

potencia y la rapidez, la elasticidad y la musculatura. ¡Nadie!

Electrizado por su relato, se daba palmadas en el pecho, los muslos, los brazos, produciendo una resonancia sorda y hueca de su cuerpo, y sus repetidos golpes insinuaban lo contrario de lo que acababa de afirmar: se consideraba a sí mismo así, fuerte y elástico. Él vale tanto como un tigre.

Élise cerró los ojos. En un segundo, transpuso la caza del tigre para aplicarla a los quince crímenes de Sam: el solitario que recorre la jungla de Montparnasse al anochecer, que acecha a una joven, esperando a que salga de su coche, se arroja sobre ella, la aturde, luego la lleva al cubículo de la basura para deleitarse con su cuerpo: los muslos y el culo en primer lugar.

A punto de desmayarse, Élise abrió los ojos para recobrar el equilibrio.

Frente a ella, detrás del cristal, Sam Louis había acabado abandonándose, exaltado. De improviso, Élise se levantó, giró sobre los talones y fue hacia la puerta.

Él se quejó, desconcertado:

—¡Eh! ¿Qué haces?

—Me voy.

—¿Ya? Ahora que empezábamos a...

No toleraba que ella se fuese en el momento en que, por fin, él se confiaba. Le gritó indignado:

—¡Mierda! ¡Yo explicándote lo de mi ídolo y vas tú y te largas!

Dueña de sí misma, Élise volvió hacia él y, apoyándose en el respaldo de la silla, le soltó:

—¡Qué lejos estás de tu modelo, Sam Louis!

—¿Cómo?

—Un tigre nunca hubiera venido al locutorio. Tú sí. Adiós.

Desapareció sin darse la vuelta.

* * *

El gato saltó erizado con las patas hacia el cielo y las garras afiladas, dio una voltereta y no atrapó la mariposa.

—Rrr...

Echó pestes mientras estornudaba. En sus ojos brillaba la llama de un salvaje insumiso. Cuando percibió otra vez las alas anaranjadas y tinta de la vanesa de los cardos, se lanzó de nuevo. ¡Huy! ¡Por poco! Una vez. Dos. Tres. Despreocupada, alegre, la elegante mariposa siguió su ruta incoherente. El morrongo fufó.

«¡Este no inventó la ratonera precisamente!», pensó Élise, observando su frustración.

El fracaso lo ponía histérico. No podía cazar sin que la cosa acabase en gritos, resoplidos y embestidas.

Una mosca pasó cerca de él y, con un movimiento rápido de mandíbulas, se la metió en el gatzate. Asombrado de haber triunfado tan fácilmente, atravesó un segundo de incredulidad y luego, más tranquilo, trituró la mosca, la chupó, la masticó y la saboreó con los párpados cerrados y los dientes apretados, encantado con su presa. El insecto valía un potosí.

Elástico, luciendo su pelaje tornasolado, volvió junto a Élise, que trabajaba en la terraza, con andares bamboleantes y la cola rígida, y le rozó los tobillos.

—¡Lárgate! —lo zapeó Élise, apartándose.

Le había cogido tirria al gato. Desde el relato de Sam Louis, veía en el gato un tigre en miniatura, ese egoísmo apacible de depredador, esa ferocidad natural, instintiva, amoral, que lo llevaba a suprimir la vida de un zarpazo, que engendraba la amnesia total al alejarse del cadáver, la ausencia de remordimientos o de arrepentimiento. La crueldad vestida de ébano.

—¡Qué te largues, he dicho!

Le dio una patadita. Parecía perplejo, sin entender por qué no lo adoraba, a él, que en tan alta estima se tenía.

El trabajo de Élise se enlentecía. Los avatares de las Brigadas Rojas no solo no la seducían, sino que sus pensamientos volvían continuamente a Sam Louis. Ese individuo había desertado de la humanidad por la bestialidad; durante años había estado compitiendo con un tigre. ¿Desde cuándo, por cierto?

—Miau...

El gato, para llamar su atención, acababa de entrar en el umbroso estudio.

Con un meneo de riñones, avanzó golpeando la cola, recorriendo los muebles con la mirada como dueño y señor.

Élise hizo una mueca. ¡Pero bueno! En prisión, visitaba a un hombre que dejaba la humanidad por la bestialidad; aquí, se codeaba con una bestia que dejaba la bestialidad por la humanidad. ¡Basta!

Golpeó bruscamente las manos, lo que produjo un eco estrepitoso en el estudio casi vacío.

Un reflejo negro salió disparado del colchón, se coló como un pez entre sus piernas y se largó como una exhalación detrás del seto.

—Hasta nunca.

Élise cerró el ventanal.

Se miró en el espejo del cuarto de baño. Veía en ella a una extraña testaruda. A pesar de mantenerse en pie, parecía haber sido golpeada: ojerosa, cargada de espaldas, los labios mordisqueados por dentro, el cabello abandonado, sin brillo, presente en su cráneo por hábito, como un sombrero olvidado. Al palparse las mejillas, los pómulos, la frente, o al estirar la comisura de los labios o los párpados, se percataba de su derrota; su rostro había perdido la perfección de antaño, y ahora solo valía por las expresiones que lo animaban; sus ojos solo tenían la luz que ponía en ellos; su piel mostraba solo los colores que el maquillaje le proporcionaba. Por sí misma, era una mujer apagada.

El día declinaba.

Recorrió su minúsculo alojamiento. Bah, podía buscar cuanto quisiese, allí no había nadie. Ningún ser vivo, humano. Una soledad nueva, una soledad no elegida como había sido en ciertos períodos de su vida, sino sufrida, desprovista de arrebatos, rechazos, baladronadas, esperas o citas. Una soledad de vencida. No la de una conquistadora. Élise suspiró.

—¿A qué obedece ese suspiro? ¡Ni se te ocurra llamarlo!

Al fondo del crepúsculo azulado, el gato la escrutaba desde la cristalera. Cuando reparó en él, el minino arañó el cristal con su rosada pata, delicada, graciosamente: quería entrar.

Élise se le acercó. El gato se meneó, feliz de haber ganado.

—¡Presuntuoso!

Se puso en cuclillas, lo observó y se observó a sí misma observándolo.

Hace unos años habría abierto la ventana; hace unos años era una mujer amable, gentil; entonces creía que la amabilidad, la obsequiosidad, la generosidad y la fidelidad constituían cualidades esenciales; mejor dicho, virtudes eficaces. «Con amabilidad, hija mía, superarás cualquier resistencia», eso es lo que le había inculcado a Laure, y sobraba la recomendación porque la naturaleza la había dotado de un carácter tierno y confiado, relajado, compasivo, entregado a los demás hasta el olvido de sí misma. «La gentileza es un arma que desarma», repetía Élise, orgullosa de su hija. ¡Cómo odiaba ahora esa gentileza! ¡Laure había muerto por ella! Debería haberla hecho desconfiada, dura, paranoica, belicosa, feroz, suspicaz, implacable, para evitar el asalto de un Sam Louis.

El gato, impaciente por reunirse con ella, la reclamó con su voz felina, ronca y baja, y luego la asaeteó con sus ojos amarillos veteados de verde. La enternecía. ¿Por qué rechazarlo? Si yo...

Súbitamente, se lanzó hacia atrás: había comprendido.

¡La pintita negra en la córnea derecha!

El gato tenía la misma pintita negra que Laure, un trazo oscuro que atravesaba la pupila y tocaba el iris, un detalle que Laure y su madre consideraban de «coquetería en el ojo».

El descubrimiento la asustó. He ahí la razón de que, aun no gustándole los gatos, a veces se sintiese atraída por este. Levantándose, golpeó el cristal con las palmas de las manos y gritó como una loca:

—¡Fuera! ¡Lárgate! Nunca funcionará entre tú y yo.

Aterrorizado, el gato salió pitando y se fundió con la noche.

El sábado siguiente, sus pasos la llevaron a la prisión.

El cielo estaba vacío. Ni azul ni blanco. Vacío.

Élise se sentó frente a Sam, lo miró apenas y guardó silencio. No tenía ganas de hacerle preguntas —a pesar de que algunas le quemaban en el alma—, no tenía ganas de seguirlo por el laberinto de su mente perversa, no tenía ganas de que la torturase evocando a Laure —o no evocándola—; en resumen, no tenía ninguna gana de enfrentarse a él. Le bastaba con presentarse. Porque debía hacerlo. Era suficiente.

Desconcertado, Sam Louis tampoco inició la conversación.
Callaban.

De vez en cuando, uno miraba al otro, para incitarlo a discutir, para indicar que se disponía a escucharlo, pero estos intercambios furtivos no obtenían respuesta y el silencio se mantenía.

Desconcertado por primera vez, Sam Louis recuperó rápidamente sus mañas: la entrevista muda se transformó en una correlación de fuerzas. Ahora invertía toda su energía en callar, esperando a que Élise se doblegase.

El silencio era abrumador.

El prisionero no cedía. La visitante se desentendió de él.

Sam disimulaba su rabia durante este pulso, y Élise acabó deleitándose en él. Por una vez, tomaba prestado el papel del indiferente, del amorfo, del apático, del inhumano. Qué alivio...

Pasaron una hora así, sentados a unos centímetros el uno del otro, separados por un cristal y unos pensamientos en las antípodas.

En el momento previsto, sonó un ruido metálico, la llave presionó el cerrojo, la puerta chirrió y el vigilante fue a buscar al detenido.

Sam se puso de pie con una sonrisa malévolamente y gritó, con voz dura:

—¡No vengas la próxima semana!

La semana siguiente, Elise se presentó a las tres en punto en el locutorio y Sam le sonrió.

—Estoy contento.

Ella asintió entornando los párpados. Se sentó y dijo rápidamente:

—Me quedo solo cinco minutos.

—¿Por qué?

—Citas.

—Ah...

—¿Con quién?

—Con nadie. Citas.

Percibió una nube de celos que oscureció el rostro de Sam, pero fue tan breve que dudó de ello.

Él se replegó, fuerte, rotundo, sólido, inexpresivo. Un montón de arcilla.

Mientras inspeccionaba las baldosas, sus labios se movieron:

—¿Tienes más hijos?

—¿Más hijos aparte de...?

—Aparte de tu hija.

—¿Quién?

—¡Tu hija!

—¿Su nombre?

Él se calló intencionadamente, luego lo soltó:

—Laure.

—Me alegro de que la recuerdes...

Sam volvió la cabeza. Élise precisó entonces:

—No.

—¿Qué?

—No tengo más hijos.

—¿Por eso vienes a verme?

—Quizá. Lo importante es que vengo.

—Quizá.

Él la miró con sus grandes ojos abúlicos, cuyos párpados cubrían a medias las pupilas marrones.

—No has tenido hijos. ¿Te hubiera gustado tener un hijo?

—Tú no has tenido madre. ¿Te hubiera gustado tener una?

Se examinaron con parsimoniosa benevolencia, amansándose.

Sam quería hablar.

—Me gustaría entender.

—¿Sí?

—Tú quieres entender por qué hice lo que hice. A mí me gustaría entender por qué haces lo que haces. ¿Llegaremos ahí?

—Estoy segura, Sam.

Élise le sonrió con sinceridad.

—No juzgues a las mujeres por las de tu infancia, tu madre que te abandonó, la señora Varíala que...

—¡Mi madre no solo me abandonó!

Lo había balbuceado precipitadamente, las palabras brotaban sin control.

—Me largó dos veces. La Vartala también. Todas me traicionaron una y

otra vez.

Él la miró, aterrorizado por lo que acababa de decir.

Élise adoptó una expresión tranquilizadora.

—No te preocupes. Podrás contármelo todo. Pero hoy, como te dicho, me voy. Me lo cuentas la próxima semana.

—Si vie...

—Vendré, Sam. No te dejaré. Cuenta conmigo. Estaré aquí. Como una verdadera madre. Hasta el sábado.

Él se quedó boquiabierto.

Élise abandonó la penitenciaría, se sacudió el polvo de la chaqueta y la falda y se instaló en la terraza del primer café que encontró.

El sol la deslumbraba.

Por supuesto, no tenía ninguna cita. Solo quería evitar que Sam hablara accidentalmente; era preciso que tuviese necesidad de hablar con ella. Una larga semana ayudaría a avivar ese deseo.

En cuanto a ella... Si sabía lo que esperaba de él, seguía ignorando lo que esperaba para sí. Sin embargo, eso la estremecía, el desenlace se perfilaba en un futuro cercano, lo presentía. Acabaría por dilucidar por qué visitaba a este ser perverso desde hacía unos años, por qué se infligía relacionarse con él, mirarlo, escucharlo...

Esa noche se desató una tormenta.

Lluvia, truenos, relámpagos, todo expresaba el furor del clima. Las gotas acribillaron el suelo tan intensamente como balas de ametralladora; una humedad detestable, como un gas, atravesaba paredes y ventanas.

Élise combatió el ruido con más ruido: encendió la televisión que apenas veía y un drama policíaco magnificó el estruendo con sus detonaciones y sirenas.

En medio de aquel apocalipsis, percibió un rasguñar. Preocupada, temiendo la irrupción de un vagabundo, enseguida descubrió el gato detrás de la ventana, empapado, en estado lastimoso, suplicándole entrar. Élise le gritó:

—¡Fuera! ¡Lárgate a tu cubil! Eres un animal salvaje.

El gato insistió pegando sus almohadillas rosadas contra el cristal.

—Miau...

Sin molestarse en correr la cortina, se fue a la cama.

La mañana del domingo, el gato no apareció.

—¡Por fin!

Elise se arrellanó en su terraza, que el sol secaba, feliz de disfrutarla sin distraerse con las pamemas o las exigencias del felino.

Ese día terminó la traducción. Satisfecha, estaba poniendo el punto final de su trabajo cuando empezó a llover con fuerza. El pronóstico del tiempo había anunciado una tormenta tan inclemente como la noche anterior. Las gotas repiqueteaban en las baldosas y azotaban las paredes.

Se refugió dentro y, buscando una música adecuada para lo que estaba cocinando, se decantó por aires cubanos.

Saltando de una cacerola a un trinchante, bailó feliz *Pepito, mi corazón*. Cuando los ritmos tropicales llegaron a su fin, los reinició.

—No hay nada como el chachachá —susurró, meneando las caderas.

Por cierto, ¿qué sería del gato? A pesar del diluvio, no había llamado para entrar. Lástima, porque tal vez le hubiese abierto, esta noche...

El lunes, Elise se despertó de muy mal humor. Tenía que leer la traducción, la parte más enojosa de su trabajo, y advertir a la agencia que la había contratado de que entregaría el texto con una semana de retraso.

En la terraza, con un café en la mano, se inclinó sobre la pantalla.

—¿Dónde está?

Aunque lo echaba a la calle, se había acostumbrado al gato. Sin él, el estudio le parecía más siniestro; el prado, más feo. Es verdad que había deseado que se largase muchas veces, pero la alarmaba que su deseo se hiciera realidad de repente.

Dejando la mesa, cruzó el jardín, se coló por el hueco del seto donde se unían el aligustre y el laurel, y luego, con dificultad, despellejándose las manos, desembocó en el otro lado.

—¡Minino!

Ninguna reacción. De todas formas, el gato nunca había respondido por su nombre. Además, no tenía nombre.

—¡Micho—micho—micho!

Decidió rodear el prado por el exterior, cosa que nunca había intentado. Registró todos los arbustos, esperando ver el gato al pie de alguno.

Nada.

¿Se había mudado de territorio?

Volvía hacia su edificio cuando vio una forma sospechosa en la carretera colindante, un bulto de pelos del color del felino. Se acercó rápidamente.

El gato yacía sobre el asfalto, el flanco abierto, las vísceras al descubierto, el pelo manchado de sangre marrón. Estaba aturdido, tenía los ojos desorbitados y gemía, agonizante.

Élise no lo dudó. Corrió a buscar una bandeja, la cubrió con un trapo, regresó a la carretera, colocó cuidadosamente al gato y luego corrió a la clínica veterinaria que había divisado de camino a la prisión.

Tan pronto como llegó, la recepcionista comprendió la situación y alertó con urgencia al veterinario y a sus ayudantes.

Tendieron al gato sobre una mesa cromada.

—Lo ha mordido un perro —dictaminó el veterinario—. Con ensañamiento. Salvajemente. Es increíble que todavía respire...

—¿Se puede hacer algo?

—No mucho, no.

—¡Por favor!

—Podría operarlo, por supuesto. Pero vamos a tardar mucho, y no le garantizo el resultado.

—¡Inténtelo, por favor!

Élise había gritado. Él adujo con compasión:

—Será caro.

—¡Inténtelo! Por favor... Pagaré lo que sea.

El veterinario y sus ayudantes dedujeron que se dirigían a una dueña visceralmente unida a su animal y prepararon al gato con diligencia para la sala de operaciones. En realidad, Élise miraba al felino, los músculos al aire, los tendones rotos, el vientre desgarrado por los caninos, y pensaba en Laure, cuya carne también había sido lacerada.

El martes, a las ocho en punto, fue a la clínica, como le habían propuesto.

—¿Cómo está?

El veterinario se rascó la oreja.

—Le embolsé las vísceras, le suturé los músculos y le cosí la piel. Lo

tratamos con antibióticos para prevenir infecciones.

—¿Se ha salvado, entonces?

El veterinario carraspeó.

—Lo he intentado todo, como usted quería. Pero no le aseguro que salga de esta. Demasiados golpes: la pelea, las heridas, la operación. Sigue siendo vulnerable. Mucho. No se ha despertado. Lo alimentamos por sonda. Lo vigilamos de cerca. Por cierto, ¿cómo se llama? Nos gusta pronunciar su nombre para estimularlo.

Élise bajó los ojos, confusa. Luego respondió con confianza:

—Minino.

—¿Cómo?

—Su nombre es *Minino*. No es muy original, lo sé. Ya le llamaban así cuando me lo confiaron.

Dio media vuelta y se fue.

El miércoles, el veterinario se mostró menos optimista:

—Entreabre los párpados, pero no se mueve. Sufre mucho, a pesar de la morfina. Si aumento la dosis, corremos el riesgo de... Ya me entiende.

—Por supuesto.

Asió las muñecas de Élise y las estrechó entre sus manos.

—No quiero ser alarmista, señora, pero le aconsejo que se prepare para lo peor. Hasta mañana.

El jueves no trajo mejores noticias; el viernes, tampoco. El equipo veterinario, aunque movilizado, perdía la esperanza.

—Las próximas veinticuatro horas serán decisivas. Le aconsejo que venga mañana. Pero no por la mañana, porque opero.

—Bien. Vendré después...

Élise estaba a punto de decir «después de la prisión», pero se mordió la lengua y se despidió como si programase la alarma de su casa:

—¡Dieciséis horas, mañana!

—¿Quiere ver a *Minino*?

—¿Cómo?

—Supongo que quiere acariciar a *Minino*, hablarle...

Se llevó un susto de muerte. ¿*Minino*? Se sintió atrapada en un *quid pro quo*: ella no era la dueña del gato, no le gustaba ese gato, es más, lo odiaba.

Lo había recogido y llevado al veterinario por... humanidad. Para no comportarse como un indiferente, un bastardo, un asesino, nada más. Solo era cuestión de decencia. ¿Qué querían que hiciese? ¿Que arrojase el gato moribundo a un contenedor de basura? Un contenedor de basura como... La imagen de Laure le estalló en la mente. Oliendo el peligro, se cerró en banda y le dirigió al veterinario una mirada de pánico.

—No, gracias, de momento no.

El sábado, a las tres en punto, Élise y Sam se encontraron en el locutorio de paredes amarillentas.

Por primera vez, conversaron simplemente, de manera fluida, haciendo comentarios sobre el tiempo, la actualidad política, la prisión, sus guardianes... Tenían suficiente práctica para saber que lo esencial esperaba pacientemente detrás de las bobadas tranquilizadoras; estuvieron de acuerdo en concederse un respiro.

Sam se relajó y restalló los dedos. Los nudillos crujieron con un sonido seco de cascanueces. Élise cometió un error: estudió las manos del bruto en el poyo del locutorio. En posición relajada, aplanadas, casi muertas, se componían de falanges cortas y velludas, con uñas pálidas y estriadas, muy mal cortadas. Un espasmo le sacudió el cuerpo. Las manos se encabitaron como una pantera que arquease el lomo, listas para saltar. Élise quedó paralizada. ¡Esas manos eran las que habían golpeado a Laure, las manos de un asesino! La náusea se apoderó de ella y se llevó la mano a la boca para contener las arcadas. Quiso huir.

—¿Le ocurre algo? —preguntó Sam con auténtica solicitud.

Élise levantó la cabeza, concentró la mirada en sus pupilas y, aunque los ojos de Sam no fuesen mejores que sus manos, logró dominar la náusea.

—Nada grave. Algo que he comido...

Abundando en el tema, Sam le describió la bazofia que les endosaban a veces en sus escudillas, lanzándose a una crónica de las cocinas carcelarias. Élise no prestó atención a este monólogo que, sin embargo, le permitió recuperarse. Lo interrumpió:

—La semana pasada, Sam, dijiste algo importante. Me confesaste que las mujeres te habían abandonado. Tu madre. La señora Vartala.

—Evidente, ¿no?

—Dos veces. Puntualizaste que ambas te habían abandonado dos veces. Menos evidente, eso...

Él volvió a crujirse los dedos. Ella insistió, con suavidad:

—Cuéntamelo, Sam.

—Mi madre me abandonó al nacer. Bueno, algo bastante corriente, en el fondo, ese tipo de historias suceden desde hace siglos; chica desfavorecida, inmadura, impresionable... ¡Hala!, nos deshacemos del mocoso, lo entregamos a las autoridades, y si te he visto no me acuerdo. Siempre pensé que mi madre había sido una víctima más.

—Tienes razón.

—¡Y tú no tienes ni idea! A los trece años me dio por buscarla. Tenía la esperanza de encontrarla. Un rollo de adolescentes. Eso me obsesionaba. Como había dado a luz de incógnito, oficialmente no podían darme su identidad, pero conocía a un tipo que tenía la información, René, un educador que conocí en mi primer orfanato. Lo busqué y lo encontré. Él se cabreó, por supuesto, y yo le monté el número: berreé, me tiré por el suelo, le juré que era una cuestión de vida o muerte, lo amenacé con suicidarme. El paquete completo. ¿Y sabes qué? Se lo tragó. Hoy, no lo conseguiría. El caso es que tenía trece años, y a esa edad...

Pareció contemplar al adolescente de antaño. Élise temió que no siguiera.

—¿Y entonces?

—René prometió interceder. Se reunió con mi madre, que se puso como una hidra. ¡Se subía por las paredes! Le gritó que se negaba a verme, que me diesen, que le importaba lo mismo que una mierda que acabase de cagar al borde de un camino, que, además, eso era lo que era yo, ¡una mierda que había cagado al borde de un camino!

Élise tragó saliva, impresionada por tanta dureza. Sam prosiguió, alucinado:

—No reaccioné. Estaba seguro de que René no me mentía. Ni siquiera lo sacudí por repetirme eso. Solo me sentía mal. Punto pelota. No hubo suerte, la señora Vartala también me dio con ganas. En esa época todos me puteaban. Ella me trataba de inútil total, porque ganduleaba en la escuela; de cerdo, porque me masturbaba con revistas porno; de vicioso, porque junaba a mis hermanas adoptivas cuando se lavaban. Pero eso es lo normal, ¿no?

—Sí, Sam. Yo no he criado niños, pero me parece que actuabas normalmente. Excepto lo de vagupear en la escuela.

—¡Okey, tía! Tenía las pelotas llenas de esperma, ya no sabía qué hacer. Así que tenté la suerte. ¿Con quién me llevaba mejor? Con mis hermanas adoptivas... Le entré a Zoé. Ella me abroncó. Yo la agarré. De acuerdo, un poco de más. Después, les entré a las otras dos. ¡Joder!, les propuse cosas agradables, cosas buenas, cosas que apetecían, pero ellas gritaban como ocas, como si las estuviese estrangulando. ¡Joder!, oyéndolas, las habría estrangulado. A lo mejor, lo hice un poco...

Bajó la cabeza.

—La Vartala me denunció, declaró que representaba un peligro público, que tenían que librarla de mí. De hecho, creo que ya le había echado el ojo a un par de gemelos mestizos que le entregaron después, con los que se embolsaba el doble. Me largaron a un centro educativo. ¡Una putada! Las tías me excitaban cada vez más. Ellas me rallaban porque iba al grano rápidamente. «Demasiado brusco», repetían. Había que darle al pico con mariconadas dale que te pego, idas y venidas, discusiones estúpidas, que si un cóctel de menta, que si una taza de té, te toco pero no te toco, te beso pero no te beso, noto que te empalmas pero hago como si no me diese cuenta, esta noche no, la primera vez no, me apetece pero no estoy preparada, necesito estar enamorada, ¡todas esas cosas insoportables de las chicas! ¡Joder!, no hay nada más natural para un chico y una chica que follar juntos, ¿no? ¿Por qué tantas mariconadas? Y cometí mi primera gilipollez.

—¿La alumna que violaste cuando se bajó del autobús?

—Sí. Y la Vartala me traicionó de nuevo. Al juicio vino a machacarme, a gritar que yo era un monstruo, un animal, una mala bestia, haciéndose la mártir, seguro que buscando que le diesen una prima por eso... Acabé en el trullo. Y allí...

—¿Allí, qué?

—Allí lo entendí. Siempre me había molado la caza. Cuando estaba con los Vartala, cazaba de furtivo, fabricaba trampas, recorría el bosque, los campos, y me escondía detrás de un arbusto durante horas. Había despedazado liebres y desplumado codornices y faisanes. En la biblioteca de la cárcel, aprendí sobre técnicas de caza y vi un documental sobre los tigres. Fue una

revelación: yo no era un hombre, era un tigre. ¿Los humanos me rechazaban? Normal, no pertenecía a su especie. ¿Me tenían miedo? Normal, yo era un tigre. Por otra parte, ellos me habían metido en el zoo, en una jaula, entre rejas, su reacción cuando tienen canguelo. De repente, todo se despejó. Dejé de acusar a mi madre.

—¿Por qué?

—Una tigresa trae a sus hijos al mundo, y tan pronto como se las apañan, los manda a paseo, que se busquen la vida. ¡Fuera! ¡Largo de aquí! Sin sentimientos. Una tigresa no reconoce a sus hijos, se enfrentará contra ellos para zamparse un antílope o porque invaden su territorio. Así que se acabaron las dudas: mi madre era una tigresa y yo un tigre.

—¿Y luego?

—Cuando salí de la cárcel dos años después, comencé a vivir como debía. Busqué mi territorio, Montparnasse, lo marqué meando por todas partes, de noche, y después me agencié diferentes guaridas en casas de tíos.

—Perdona que te corrija, Sam, te acostabas con ellos.

—No.

—Sí.

—Ellos se acostaban conmigo. Yo no me acostaba con ellos. No soy marica.

—¿Cómo?

El pateó con el pie.

—No soy marica, ¿vale? Los tipos me tocaban, yo les dejaba hacer. A veces, los magreaba sin mirar. Luego largaban la pasta, a veces comida, a veces una habitación. Yo no era marica: ¡les gustaba a los maricas, ojo con los matices! Yo, cuando me entran ganas, quiero una mujer. Por desgracia, las mujeres...

—¿Sí?

—Con las mujeres, es un rollo. Con las mujeres, es estúpido. Con las mujeres es complicado.

—¡Bien, ya basta! Gracias. No hay necesidad de continuar.

Él la miró, contrariado.

—Pero...

Élise se explicó con calma:

—Ya sé cómo sigue. Tus cacerías... Tus presas... Quince veces...

—Pero...

Élise le hizo frente.

—Sam, tengo una pregunta muy importante que hacerte, a la que te pido que me respondas con la misma sinceridad que la que acabas de mostrar. ¿Eso te dio placer?

—¿El qué?

—Sé franco. Las quince veces, ¿eso te dio placer?

Él la miró largo rato y luego confesó:

—No..., ni me dio placer ni dejó de dármelo.

Se quedó pensativo y añadió:

—Incomprensible...

—En absoluto.

Él se sorprendió de la seguridad que ella manifestaba:

—¿Cómo?

—Sentías placer antes, con la idea de hacerlo, ¿verdad?

—Sí.

—¿Y también después, con la idea de que lo habías hecho?

—Sí.

—Pero no mientras lo hacías.

—Exacto.

—¡Normal!

Él frunció el ceño. Ella repitió con voz arrulladora:

—Normal. Tú no disfrutabas porque satisfacías a otro. Al monstruo. Al que la señora Vartala creía que eras. Al tigre. Al que tú creías que eras. A otro, Sam, ¡a otro!

Él la miró, aturdido. Ella *continuó*:

—El verdadero Sam no se parece en nada a un monstruo o a un tigre. El verdadero Sam es un chico al que le hubiera encantado tener una madre, conocerla, a quién le habría gustado quererla. El verdadero Sam es un adolescente que mendigaba el afecto de la señora Vartala. El verdadero Sam es un hombre cariñoso y sensible que, para protegerse, ha inventado una fiera que le sirviese de ejemplo. Hiciste todo eso para no sufrir, Sam, pero habrías hecho mejor sufriendo.

Los labios de Sam temblaban.

—En determinados momentos, quisiste renunciar a tu humanidad, Sam, porque en ella no hallabas tu lugar, porque imaginabas que ella no te quería. No tuviste paciencia, Sam, a eso se reduce tu culpa. Te faltó confianza, Sam; eso no depende de ti. Remóntate a esos momentos, remóntate a esas resoluciones que tomaste de forma drástica: no confiar en el amor de las mujeres, no esperar el consentimiento de las chicas, imitar al tigre. Luego remóntate a mucho antes de esos momentos, a tu inocencia, a tu fragilidad, a tu pureza, y recuperarás a un Sam muy diferente, el que habría decidido de otra forma, el que no habría matado a quince mujeres, el que no se pudriría en la cárcel.

Élise pegó las palmas contra el cristal, como si cogiese el rostro del prisionero entre las manos.

—Ese es el Sam que quiero que resucites. El Sam con el que quiero hablar, al que quiero ver, al que quiero tratar. El Sam al que espero desde hace dos años cuando entro en la prisión. Devuélveme a ese Sam. Devuélvenoslo. Devuélvetelo.

Las lágrimas inundaron los ojos del preso. Élise ya no sabía quién era ella, dónde se hallaba o qué decía. Llevada por un movimiento imperioso que surgía de lo más hondo de su ser, descubría segundo a segundo lo que su boca iba diciendo.

—De ese Sam, acepto ser su madre. Él puede salir de su mazmorra, apoyarse en mí para reconstruirse, atreverse a vivir, afrontar al otro Sam, el asesino, el depredador, ordenarle a este Sam—tigre volver a su guarida. ¿Me oyes, Sam? Quiero ser tu madre. Tu verdadera madre. No la genitora que ignoró al maravilloso niño junto al que pasaba. No tu madre de adopción que tenía una cartera en lugar de corazón. Tu verdadera madre, elegida, fiel. El Sam—monstruo, el Sam—tigre, les pertenece a esas mujeres, él fue obra de sus defectos. Ellas te hicieron extraviar el camino que le permite a un niño acceder al estatuto del hombre. Tú no tropezaste, Sam, ellas te empujaron. El mundo no se limita a ellas, yo he venido, estoy aquí.

Sam se echó a llorar.

Élise le sonrió con ternura. Él logró articular entre dos sollozos:

—Y eres tú quien..., después de que haya... matado a tu hija, quien... me

propone eso.

—¿Que estoy dispuesta a amarte? Sí, soy yo, Sam.

Él ocultó su rostro para lloriquear más. Luchando contra el ahogo, logró articular varias veces:

—Oh, lo siento... Si supieras cuánto lo siento... Yo...

Élise sintió alivio, una nueva paz, algo suave y luminoso.

Entonces se oyó decir:

—Te perdono, Sam.

Con estas palabras, le pareció que dejaba este mundo, sus relieves, sus formas, sus olores, sus colores. Del techo fluía una fuerza intensa que la envolvía y la elevaba con ligereza.

Élise repitió:

—Te perdono, Sam.

Luego cedió al desfallecimiento.

Unos minutos más tarde, los dos guardias que acudieron a dar por finalizada la visita del locutorio se quedaron atónitos por lo que descubrieron al abrir la puerta: de un lado, una visitante que yacía inconsciente en el suelo, con una sonrisa dibujada en sus labios; del otro, un sansón que lloraba a moco tendido gimoteando como un bebé.

A la salida de la prisión, renacida, vivificada, entonada por un caramelo impregnado de licor de menta, Élise se sintió extrañamente vacía. Caminó a lo largo de los altos muros que llevaban en su cresta bigudíes de alambre de espino; avanzó sonámbula, ignorante de las aceras que hollaban sus pies, de los peatones que sus hombros evitaban, de las luces rojas o verdes a las que sus ojos obedecían.

Después de varias intersecciones, tropezó con una fachada azul cuya familiaridad suspendió su ensoñación. La clínica veterinaria... ¿No tenía que entrar ahí por el gato?

Empujó la puerta. Al reconocerla, la recepcionista se precipitó a la parte trasera del edificio para avisar al veterinario. Con semblante preocupado y gesto compungido para la ocasión, le dijo que el pronóstico vital se deterioraba y que el animal no pasaría de esa noche.

Élise no respondió. «¿Qué más da?», pensó.

El veterinario insistió:

—Se ha estancado, ya no reacciona. En cuanto a beber o alimentarse, imposible obligarlo. Al contrario de lo que afirman los humanos, los animales presienten su fin. Cuando se saben condenados, tienen la sabiduría de dejarse ir.

Élise cabeceó imperturbable. Nada turbaba su apatía.

—¿Quiere verlo?

En vista de que permanecía muda, el veterinario la agarró del brazo y se la llevó. Por pura indiferencia, ella no se resistió. Vacía, debilitada, sin energía, se dejó llevar a través de los pasillos.

Entraron en una sala iluminada por lámparas de neón, llena de jaulas de diversos tamaños que flanqueaban las paredes. En las grandes descansaban los perros, cuyos párpados se levantaron para identificar a los intrusos. Los gatos, más vivarachos, ocupaban las pequeñas.

El veterinario condujo a Élise al último habitáculo, de la altura de un hombre.

Allí se hallaba un pelaje negro e inerte. Solo era visible el lomo del yaciente vuelto hacia el fondo de su jaula.

—¿Está muerto?

—No, todavía respira.

Élise se acercó a los barrotes y susurró, sin darse cuenta:

—¡Minino! ¡Minino, minino, minino!

Se irguieron dos orejas.

Animada, comenzó de nuevo:

—¡Minino!

El gato levantó la cabeza con dificultad y, al volverla hacia atrás, descubrió la presencia de Élise.

—Miau... —maulló débilmente.

Élise prosiguió maquinalmente:

—¿Cómo estás, Minino? Dime, ¿cómo estás?

Élise había dulcificado el tono para no molestarlo.

El gato se apoyó sobre las patas, hizo una mueca, se movió de forma espasmódica y logró girar para mirarla.

—¡Miau! —maulló con una voz más fuerte.

Golpeteó los barrotes con las almohadillas rosadas, como lo hacía en la ventana corredera.

—Pero... ¡si no se había movido desde hace días! —exclamó el veterinario.

Empujó el pestillo y abrió la jaula.

Élise cogió sutilmente al paciente, con cuidado de no comprimir sus flancos o sus extremidades vendadas. El gato se confió, como desarticulado, en sus manos. Con lentitud, lo acurrucó contra su vientre y lo acarició. Bajo sus dedos percibía las palpitations de un corazoncito puro, loco de alegría, así como un dulce ronroneo naciente, que solo necesitaba un poco de confianza para amplificarse.

—Increíble —murmuró el veterinario—. Nunca he visto un gato que quiera tanto a su dueña.

—¿Cómo?

—Subestimamos siempre los sentimientos de los animales. Mire a su gato. Para sobrevivir, necesitaba una razón para vivir: usted. Es su amor, es el amor mutuo lo que lo ha resucitado.

Élise, conquistada por la ardiente ternura que sostenía entre las manos, se sentó en el suelo, hundió la nariz en el mullido pelaje, sedoso y cálido y, por primera vez en cinco años, se echó a llorar.

* * *

Estaba cerrando la maleta cuando el abogado de Sam Louis la llamó.

Era su última mañana en Ensisheim. A las nueve en punto, la empleada de la agencia había verificado el estado del apartamento, le había devuelto la fianza y había aconsejado a Élise que dejase las llaves en el buzón cuando saliese. Al mediodía, un automóvil había aparcado en el número 5 de la calle Steinberg, un taxi cuyo chófer cargaba su equipaje en ese momento.

Al otro lado del teléfono, el abogado se presentó recordándole su encuentro, con ocasión del juicio de Sam Louis, donde... Ella lo interrumpió

enseguida y le aseguró que lo recordaba.

—¿Qué quiere?

—Verá, mi petición es un poco fuera de lo común. Mi antiguo cliente, Sam Louis, se ha puesto en contacto conmigo para que la localice.

—Cosa que ha hecho. ¿Y...?

—Hum... Asegura que usted lo ha visitado regularmente durante dos años.

—Exacto.

—Ha sucedido algo extraordinario, señora Maurinier: ¡Sam Louis se ha dado cuenta de los horrores que ha cometido! Sam Louis sabe que ha arrebatado arbitrariamente la vida de quince mujeres inocentes. Y lo lamenta. Profundamente. Extraordinariamente. Dolorosamente. Quien antes describía sus asesinatos con la objetividad de una cámara de vídeo, ahora se derrumba con el recuerdo de su violencia, de sus golpes, cuando evoca la mirada aterrorizada de las mujeres, sus gritos, su resistencia. Parece atormentado. También ha descubierto que arruinó la existencia de quince familias. Durante el último mes, ha estado escribiendo a todos los familiares de las víctimas para expresar su compasión y arrepentimiento. Una especie de milagro, señora Maurinier. Y este milagro, según él, se lo debe a usted.

—Ah, ¿sí?

—Se ha hecho humano, señora. ¡Él! Habiéndome encargado de su defensa, no debería abrumarla con estas cosas, pero esta metamorfosis me sorprende.

—¿Le ha precisado... en qué momento se hizo... humano?

—El día en que usted lo perdonó.

Élise observó un pájaro de plumaje tiznado que se posaba en el jardín. El ojo rodeado de un anillo amarillento, como un monóculo, observaba el entorno.

El abogado continuó apresuradamente:

—Llora, gime, se ahoga, sufre. Desde hace mes y medio, es otro hombre. Mejor dicho, es un hombre. Quiere volver a verla, señora Maurinier. Dice que no ha hablado con usted desde hace ocho semanas. Acceda a su petición, se lo ruego. Se sorprendería.

—No lo creo.

—¿Cómo?

—No creo que me sorprendiese. Mi objetivo, al hablar con él, consistía en

llevarlo a eso: a integrar la humanidad.

—Es usted una santa.

—No ha sido fácil.

—Habría apostado que fracasaría. ¿Es cierto...?; perdone mi indiscreción, señora Maurinier, pero... ¿es cierto que lo ha perdonado?

—Sí.

—¡Admirable!

—Estoy orgullosa de ello. Es lo peor que podría hacerle.

—¿Cómo?

—Dígale dos cosas de mi parte, señor abogado. En primer lugar, dígame que nunca volveré a verlo.

—Pero...

—Y luego dígame, ahora que se ha unido a la humanidad...

Lo pensó, se aclaró la voz y pronunció la frase con calma:

—¡Bienvenido al infierno!

Sin decir una palabra más, colgó.

En la hierba, el mirlo daba saltitos, inclinaba la cabeza para inspeccionar la tierra, picoteaba las semillas, avanzaba a golpes, como si no estuviera compuesto de huesos, sino de resortes. Desde hacía semanas, se había adueñado del prado con un agudo sentido de territorio, como el gato antes que él.

El taxista señaló una maleta en el umbral.

—¿La última?

—Sí, gracias, fiambres para mis hermanas.

—La espero en el coche.

Elise miró a su alrededor: el jardín floreciente, la mirla acastañada acicalándose bajo los laureles, los herrerillos aventurándose hacia la terraza; luego cogió una cesta de mimbre del suelo y, blandiendo la llave, exclamó:

—¡Adiós, Ensisheim! Nos instalamos en París. ¿De acuerdo?

En el fondo de la cesta, el gato asintió.

Dibújame un avión

—Por favor, dibújame un avión.

Werner von Breslau se giró. Una chiquilla de ojos enormes, con un halo de pelo rubio tan fino como un plumón, le tendía una libreta y un lápiz. Confiada en su autoridad, miraba fijamente las manos del hombre, segura de su obediencia.

—¿Cómo has entrado en mi jardín?

La niña alzó la cabeza hacia él, sorprendida de tener que explicar semejante obviedad:

—Trepando por la pared.

—Es peligroso.

—El gato lo hace todos los días.

—Está prohibido.

—¿Lo sabe el gato?

Ella lo miraba con tranquilidad, como si compartiesen una familiaridad inmemorial; aunque él la veía por primera vez. Adivinando las preguntas que lo inquietaban, añadió con una sonrisa condescendiente:

—Me llamo Daphne, tengo ocho años y vivo en el chalé de al lado.

—Ah...

—¿No lo sabías?

—No. ¿Desde cuándo?

Ella respondió con una mirada seria:

—Desde siempre...

Ese *siempre* la impresionó a ella misma.

Werner von Breslau se sonrió con aquella eternidad circunscrita a ocho cortos años de existencia; él había nacido aquí, hacía noventa y dos años, y su eternidad alcanzaba casi un siglo.

Ella frunció el ceño.

—Para ser aviador, no observas mucho.

—¿Cómo sabes que fui aviador?

—¿No lo eres?

—Estoy retirado.

La niña parpadeó, parecía insegura de asimilar la palabra *retirado*. Werner pensó que era odioso explicar esta realidad a un niño y concluyó con firmeza:

—Vete a casa.

—Por favor, dibújame un avión.

—No tengo tiempo, el trabajo me está esperando.

—¡Mentiroso! Estás retirado.

Él la observó con sentimientos encontrados: su desparpajo lo molestaba, pero le gustaba su réplica, esa insolencia tranquila, más astuta que agresiva. Suspiró:

—No sé dibujar.

La niña se encogió de hombros.

—Todo el mundo sabe dibujar.

—No.

—¡Sí!

—Pero es que yo dibujo mal.

—Pues yo dibujo muy bien.

Orgullosa, sin asomo de duda sobre este punto capital, la niña exigía que admitiera su superioridad. Él asintió. Ella añadió:

—Solo que no dibujo aviones.

—¿Por qué quieres dibujar aviones?

—Porque eres aviador.

Él pensó que ella no había entendido su pregunta y cambió de maniobra de aproximación:

—¿Te gustan los aviones?

—¿Y a ti?

Él se impacientó. Ella posó su mano minúscula en la suya.

—Estás triste cuando miras al cielo. Desde hace mucho tiempo, por mi ventana, te veo seguir los aviones a lo lejos, como si sufrieses por no estar allí. Una vez, incluso te vi llorar.

Él se estremeció. Mientras que para él esta niña salía de lo desconocido, ella lo observaba, lo analizaba, había sorprendido la melancolía que él disimulaba ante todo el mundo. Desarmado, deseó, durante un momento, confesarle que lo que se escapaba en los aparatos cruzando el firmamento era su juventud, sus años mozos, activos, que nunca volverían.

—Por favor, dibújame un avión.

Examinó su bonita mano, chiquitita, rosada, regordeta, desprovista de huesos, apoyada en la suya, áspera, curtida, llena de manchas, esquelética: ¡cuánta esperanza en esos dedos redondos! ¡Qué vitalidad! Daphne vibraba al unísono con la primavera clara, que enderezaba la hierba, engalanaba los árboles, abría las flores de los parterres y limpiaba el cielo de nubes.

Cogió el cuaderno y se puso manos a la obra. Se le ocurrió empezar por un Messerschmitt Bf 110 o un Focke—Wulf Fw 190, pero, recordando que habían transcurrido sesenta años desde la guerra, se contentó con un Airbus A320, el avión de medio alcance que surcaba a menudo los cielos de Baviera.

Por desgracia, la mina de grafito no le obedecía, los dedos le flaqueaban, la muñeca se le entumecía, y apenas logró garabatear un boceto confuso, sin gracia, sobre el papel.

Daphne lo miró, escéptica:

—Tu avión está enfermo. No da ganas de subir a él.

Pese a la exactitud de la observación, se molestó:

—¡Trae, que te dibujo otro!

Pasó la página y, en la siguiente, aplastó el lápiz en el centro. Le presentó a Daphne una mancha sobre un fondo vacío.

—¡Aquí tienes tu avión!

—Eso es una paparrucha, no un avión.

—Es un avión muy alto, visto desde abajo.

Ella se frotó la barbilla.

—Si se lo enseño a mamá, va a decir que no me he esforzado, que le estoy tomando el pelo.

«Con razón», recapacitó Werner. Luego acometió otra hoja en blanco. Con un gesto, trazó una larga línea sin temblar.

La niña sonrió y aplaudió.

—¡Oh!, ¡me encanta!

—¿Lo has reconocido? —se sorprendió.

—Por supuesto. Un avión cruzando el cielo. Ves cómo puedes, cuando te aplicas...

Aceptando la reprimenda, él sonrió a su vez.

Ella le arrebató el cuaderno y, en una página nueva, trazó una línea.

—Ya está: ya sé cómo dibujar un avión. Gracias.

Aliviada, con los deberes bajo el brazo izquierdo, se lanzó, canturreando hacia el muro medianero, enganchó la mano derecha a una rama del cerezo, se izó en ella, se agarró a una segunda... Werner, asustado, corrió hacia ella a despecho de su cuerpo anquilosado y se ofreció a sostenerla.

—¡Espera, que te doy un empujoncito!

Ella se rio entre dientes mientras él le agarraba las piernas aterciopeladas y la impulsaba hacia las tejas que coronaban el muro.

—No tienes derecho a ayudarme a trepar: ¡está prohibido!

—¿Quién dijo que estaba prohibido?

—Tú.

El negó con la cabeza y añadió:

—¿Werner, el viejo aviador que a veces chochea?

Un destello de alegría salvaje pasó a través de los ojos de Daphne. Él amagó una reverencia.

—Vuelve cuando quieras, princesa.

—Vale, así progresarás...

—¿Progresar yo?

—En dibujo. ¡No vayas a pensar que eres un as! Te animo para que mejores, no para que pares.

La niña soltó una risita y, deslizándose al otro lado, se escabulló.

Bajo las ramas, Werner von Breslau escuchó largo rato su risa perlada, cantarina, que se alejaba a medida que se acercaba a su chalé, hasta que se fundió con el gorjeo de los herrerillos, el arrullo de las tórtolas y las vocalizaciones de los mirlos, como las gotitas de espuma que el mar absorbe.

* * *

—A ver, papá, haz el favor de explicármelo, ¡porque no lo entiendo!

Jochen von Breslau agitaba la carta. Rojo de ira, con los ojos extraviados, la barbilla temblorosa, las fosas nasales aleteantes, condenaba a su padre.

—¿Por qué? ¿¡Por qué!?

Werner von Breslau bajó la cabeza. Deberíamos confiar siempre en lo peor: nunca decepciona. Durante décadas, había temido que esta historia saliera a la superficie. Aquí estaba, la granada del apocalipsis había explotado.

Jochen arrojó el papel sobre la mesa, lo leyó de nuevo y lo golpeó con el dorso de la mano.

—¡Formas parte de un grupo de neonazis!

—No...

—¡Pertenece a una célula neonazi! Lo dice aquí, con todas las letras.

—Sí, pero...

—Y desde mil novecientos cincuenta y dos. ¡Justo después de mi nacimiento!

Jochen recorría la sala de estar, golpeando las paredes, los muebles, las puertas, poseído por la rabia. En cien años, la morada familiar nunca había sufrido esa violencia; los adornos caían, el suelo vibraba, los tabiques encajaban los golpes. Werner no rechistó, consciente de que su hijo la tomaba con todo lo que lo rodeaba para evitar golpear a su padre.

—¿No has aprendido nada, papá? ¿No te has enterado de lo que pasó en el país a partir de mil novecientos cuarenta y cinco? La vergüenza. La vergüenza absoluta. La vergüenza de haber cometido lo atroz. ¿No tienes conciencia?

Corrió hacia su padre y el anciano cerró los ojos por reflejo, protegiéndose la cara con los antebrazos. Ante este gesto cobarde, una espuma de desprecio blanqueó los labios de Jochen. Hizo una mueca.

—Me has mentado toda tu vida.

—Jochen...

—Siempre me has dicho que no aprobabas a Hitler, su delirio racista, su

ideología fascista. Siempre me has dicho que execrabas el antisemitismo, que rechazabas el odio al comunismo, que no te considerabas miembro de una raza superior. Siempre me has dicho que habías luchado por obligación, no por convicción, porque pertenecías a una nación en guerra.

—Es verdad.

—¡Me aseguraste que habías luchado como alemán, no como nazi!

—Exacto.

—¡Y ahora me entero de que te has unido a un grupo neonazi! ¡Hoy! Sesenta años después, ¿te relacionas con esos bastardos?

—Jochen, no lo entiendes...

—¡No, no lo entiendo! ¡Y no lo acepto! Se me ha venido el mundo abajo. Crecí pensando que mi padre era la honradez personificada; de acuerdo, había luchado en la guerra durante cinco años, pero servía a su país, no a Hitler. Creía a mi padre, virtuoso, recto, privado de complacencia hacia lo innoble. De hecho, ¡te veía como una víctima! Víctima del deber que habías interiorizado. Víctima del patriotismo. Víctima de un sangriento dictador que constreñía a su pueblo. ¡Pero ahora me entero de que la víctima enmascaraba un verdugo!

En lugar de defenderse, Werner bajó la cabeza, consciente de que su hijo tenía razón. Solo que...

—Me has engañado, papá. De la forma más abyecta.

Su rostro temblaba de asco. Apuntó a su padre con el dedo.

—Si hubieras sido nazi, te habría perdonado. Habrías cometido un error, no una falta. Después de todo, ¿por qué no? Todos nos equivocamos. Se lo repito a los jóvenes que juzgan el pasado, que es simplista condenar retrospectivamente. Yo mismo ignoro cómo habría actuado a tu edad, en tu época. Sí, papá, te habría perdonado si te hubieras unido al nazismo. ¡Pero que lo hagas hoy! ¡Hoy!

—Tranquilízate, Jochen.

—¡No! Hoy es imperdonable.

—Jochen...

Trémulo, sudoroso, Werner se reprochó a sí mismo por pensar tan lentamente y por dejar que su hijo alcanzase el paroxismo de la exasperación. ¿Cómo abordar el asunto? ¿Cómo explicárselo? ¿Cómo iba a tomárselo

Jochen?

—Además, si esto sale a la luz, mancharás tu reputación, ¡pero también la de tu familia! ¡Nos llenarás de oprobio! ¡Yo, mi mujer, mis hijos, tus nietos, tus bisnietas! ¡Los Von Breslau, el nombre de la última estirpe nazi!

El anciano se sentó. ¡Basta! Tenía que intervenir, expli...

Un velo le oscureció la vista. En menos de un segundo, Werner von Breslau, perdió el conocimiento y se golpeó la cabeza contra el suelo.

* * *

En un jardín, hay meses ingratos y meses generosos. Abril inaugura este período munífico donde el trabajo llevado a cabo durante todo el año da sus frutos, sus flores, sus hojas. La tierra recompensa a quien le testimonia fidelidad durante el otoño y el invierno.

Werner von Breslau disfrutaba frente a su sociedad vegetal. Simples, modestas y numerosas, las primulas florecían aquí y allá. Burgueses, orgullosos, los tulipanes amarillos, coral, fucsia, malva, púrpura, cinzolín, lucían sus capuchones de fiesta, escoltados por las anémonas moradas de dorados corazones. Aristocrática, una flor aislada aparecía en el camelio, más preciosa todavía por reinar única, diamante al que las hojas enceradas servían de joyero. Con retraso, pero impetuosas, las ramas de los rododendros blandían brotes prometedores mientras la glicina renacía en el muro, como un fantasma saliendo de su tumba, ávida por ocupar más piedras que el año anterior.

Espantó un insecto que picoteaba el sombrero de los junquillos.

—¡Tú no matas ni una mosca! —se burló Daphne, tumbada en el césped junto a él.

Acordándose del último enfrentamiento con su hijo, Werner se abstuvo de hacer comentarios. Doblado, con los hombros bajos, se había sentado en un taburete para sacar los dientes de león de sus macizos, ya que desde su desmayo temía los cambios de postura. A los noventa y dos años ya era hora de cuidarse.

Daphne lo miró.

—¿Bajaste del cielo en avión o ya vivías en la tierra?

—Los aviones están hechos en tierra, Daphne.

—¿Todos?

—Todos los aviones están inventados en esta tierra para dejarla.

—Pues yo creía que era al revés, que venían de allí arriba y que volvían allí.

—No suben hasta las estrellas, Daphne. No confundas los aviones con los cohetes. Yo, con mi avión, volaba a diez mil metros.

Daphne intentó visualizar «diez mil metros» sin éxito. Él la ayudó:

—Diez mil metros, significa que los campos se convierten en pañuelos, los riachuelos se reducen a un hilo; los ríos, a una cinta azul, y los pueblos se encogen y ya no se distingue a los hombres.

La niña preguntó indignada:

—¿Los hombres desaparecen?

—Sí.

—¿Incluso si estoy parada en el medio del camino y te hago muchas señales?

Él asintió.

Los labios de Daphne se hundieron bajo el peso de la consternación.

—Bah, no sé si me gustaría... Bueno, la ventaja es que allá arriba observas las estrellas o la luna.

—¡Qué va! Las estrellas quedan muy lejos.

—¡Qué desilusión! Cuando viajabas, ¿no veías la tierra y tampoco las estrellas o la luna?

—Exacto.

—Entonces, ¿por qué lo hacías?

—¡Para volar!

Radiante, sonrió con entusiasmo.

—Ah, eso lo entiendo. ¡En mis sueños, a menudo vuelo!

Se incorporó de un brinco, extendió los brazos y, transformada en aeroplano, exploró el jardín, produciendo con la boca un ligero ruido de motor.

Al verla, pensó en su infancia de colegial aplicado, en las horas pasadas

en clase aprendiendo, repasando, recitando la lección bajo la férula de profesores severos, en aquellos días sombríos, grises, tristes, agobiantes e interminables, donde de repente, detrás de la ventana, la visión de un pájaro revoloteando en medio del éter le daba fuerzas para continuar. Siempre le pareció que ganaría su libertad, se lo merecía, y que una mañana feliz, gracias a su trabajo, la obtendría: volaría como el pájaro... Por desgracia, después de sus estudios militares, pese a haber pilotado aviones, pese a haberse divertido con ello, ¡nunca había gozado de independencia! ¿Libre? Había que superponer tres capas de ropa; encajarse un casco que comprimía el cráneo a medida que se subía, con la altitud hinchando la cabeza; cargar con un pesado paracaídas a la espalda; enfundarse unos guantes rígidos; atarse al aparato y unirse a él con un tubo para respirar oxígeno. ¿Libre? El campo de visión se reducía al cuadro de instrumentos. ¿Libre? Solo se subía a un avión para cumplir una misión. ¿Libre? Seguía el camino que le habían trazado en tierra. ¿Libre? El avión no obedecía al piloto, el piloto obedecía al avión, requerido por mil tareas, esclavo de los relojes, manecillas, botones, palancas, pedales, tuberías y cables. ¿Libre? Apenas recibido su bautismo de fuego comenzó la guerra: con el estómago agarrotado por el miedo, había patrullado para matar, procurando no ser muerto. ¿Libre? ¿Cuándo?

Daphne se plantó frente a él.

—¿Sabes leer?

No pudo reprimir una sonrisa.

—Por supuesto que sé leer.

—¿Por supuesto?

—A mis años tengo que saber leer.

—¿Cuántos años tienes?

Le dio por presumir:

—¡Cien años!

Ella saltó, triunfante.

—¡He ganado! Le dije «cien» a mamá, que pensaba que eras más joven.

Luego se calmó.

—Bueno, normal que se equivoque, ella no te ha visto tan cerca como yo.

Señaló la red de finas líneas que cubrían el austero rostro de Werner. Él lamentó su fanfarronada y volvió al tema:

—¿Quieres que te lea algo?

Daphne emprendió un ejercicio gimnástico portentoso que la hizo dar piruetas, doblarse, suspirar, estirarse, agacharse y levantarse; colorada por haberse quedado sin aliento, alcanzó su objetivo y le tendió a Werner un libro que había transportado a la espalda, metido entre la ropa al escalar el muro.

—¡Aquí está!

Werner lo cogió.

—¿Lo conoces? —preguntó Daphne.

El Principito, de Antoine de Saint—Exupéry.

Werner negó con la cabeza y susurró:

—Ven, vamos a la sombra.

Arrastró su taburete bajo el tilo, se ajustó las gafas y abrió el volumen.

Daphne se acostó a su lado, fervorosa, toda oídos.

Él comenzó a leer:

—«He vivido solo, sin nadie con quien hablar verdaderamente, hasta que sufrí una avería en el desierto del Sahara...»

* * *

Desde entonces, Daphne se encontraba con Werner todos los días. Si hacía buen tiempo, se dedicaban a la jardinería; si hacía malo, Werner le leía *El Principito*.

Para su sorpresa, el libro lo fascinó. Primero, el narrador había ejercido la profesión de aviador, como él, más o menos en la misma época. Luego, porque la historia lo conmovía, le hacía pensar. Por todo ello, no bien había pronunciado las últimas palabras y Daphne, deshecha en llanto, le pidió que empezase de nuevo, había consentido.

Habían leído la historia tres veces y Werner no descartaba una cuarta...

Concreto y pragmático, Werner nunca había perdido el tiempo leyendo novelas. ¿Por qué interesarse en lo falso?, bramaba al ver a la gente enfrascada en esa sarta de embustes. Acostumbrado a ocupar su mente con trabajos manuales, había hecho un montón de chapuzas y labores de jardinería

durante los momentos de ocio que le permitía su trabajo en el Ministerio de Transportes, y luego, cuando se retiró, despidió a su empleado del hogar. De esta forma, ocupaba sus días; sus jornadas eran variadas y agotadoras. Cuando se sentía extenuado, incapaz de dedicarse a una tarea más, se iba a la sala de estar, se desplomaba en el sofá y escuchaba música. Bach, Scarlatti, Mozart, Schubert, Mendelssohn, Chopin, Schumann, Brahms, Ravel, Shostakovich..., es decir, sus mejores amigos, sus compañeros de siesta, sus camaradas nocturnos, los que lo habían protegido del aburrimiento.

Daphne rechazaba cualquier otro libro que no fuese *El Principito*. «¿Por qué no? —pensó Werner—. ¿No me he deleitado yo con la *Sinfonía en sol menor* de Mozart mil veces? Una obra es rica cuando proporciona placer en cada audición. Nada agota las obras maestras». Sin duda alguna, *El Principito* se inscribía en esa categoría. Al igual que Daphne, Werner se reía a carcajadas cuando el Principito se topaba con tipos absurdos, como el banquero que apila oro y no lo usa; el geógrafo que inventaría el universo, pero no viaja; el engreído que saluda perpetuamente; el rey que reina sin súbditos; el borracho que bebe para olvidar que bebe... Como ella, temía a la serpiente cuyo veneno destila la muerte y se conmovía cuando el zorro y el niño se hacían amigos. Su desacuerdo con Daphne atañía a la rosa. Daphne desaprobaba a esa fútil coqueta que fracasa en recibir el amor del Principito o en procurárselo. «¡La odio!», exclamaba cada vez. Silencioso, con una sonrisa indulgente bailando en su rostro, Werner creía que el autor había reflejado muy bien la eterna incompreensión entre hombres y mujeres que llamamos amor. Pero eso Daphne lo vería más adelante, con el tiempo. Como él...

Llamaron a la puerta.

Daphne se deslizó del sofá donde, despatarrada, escuchaba la historia, y corrió a la entrada. Werner la oyó abrir la puerta, conversar con una voz masculina, y luego reapareció.

—Un señor mayor pregunta por ti.

—¿Te ha dicho su nombre?

—No, quería saber el mío.

En ese momento, Jochen cruzó la entrada del salón.

—Me pediste que me pasase —gruñó—, así que aquí estoy.

Werner se estremeció.

—Siéntate, vuelvo enseguida.

Se levantó, cogió a Daphne de la mano, se disculpó por interrumpir la lectura, bajó al jardín, ayudó a la niña a saltar la tapia junto al cerezo en flor y le prometió silbar tres veces cuando se fuese su cita.

—No parece muy amable ese señor. ¿Quién es?

—Mi hijo.

—No es divertido que te respondan cualquier cosa —murmuró Daphne, desapareciendo detrás del muro.

Werner se reunió con Jochen, que lo esperaba indignado, tieso como un huso, en la terraza que daba al jardín.

—¡Ahora te gustan los niños!

—¿Cómo? —musitó Werner.

—Jamás hubiera dicho que te gustaban los niños. A mí nunca me dedicabas tiempo; tampoco a tus nietos.

Werner se dio cuenta de que lo que Jochen decía era cierto.

Daphne le había robado el corazón. Aunque ignorase si «le gustaban los niños», sabía con certeza que le gustaba esta niña. Adivinando el sufrimiento de Jochen si le hubiese revelado este pensamiento, guardó silencio hasta llegar a la sala de estar.

Jochen se burló mirando de arriba abajo al anciano:

—Decididamente, me desconciertas. Tanto para bien como para mal.

—No...

—De haberlo sabido, te aseguro que no me habría molestado, ¡créeme!

Werner sintió que su hijo se dejaba arrastrar por una nueva ola de dolor e intentó explicarse:

—Jochen, te debo una explicación. Desde mi arrechucho no nos hemos vuelto a ver porque delegaste en tu mujer para cuidarme y tener noticias mías. Te lo agradezco. También me ha contado que me culpas hasta el punto de rehuirme.

—Te evito. Me imaginaba tener un padre, y resulta que era otro.

—Jochen, yo no pertenezco a ese partido neonazi.

—El correo que recibí confirma tu afiliación. Pagas las cuotas desde mil novecientos cincuenta y dos. Por eso descubrí tu sucio secreto: como no habías satisfecho la última, el secretario general se puso en contacto conmigo

para preguntarme si habías fallecido. ¡Imagina mi sorpresa!

—Abomino de ellos. No comparto su nostalgia ni sus expectativas. Odio el nazismo y más aún a los neonazis.

—¿Niegas lo que dicen? ¿Tu afiliación? ¿Tus cotizaciones?

—No.

—¿Entonces qué?

—Es por el avión.

Jochen lo miró atónito.

—¿El avión?

—Mi avión.

Guardaron silencio. La expresión de Jochen cambió. Aunque no lo hubiese entendido, acababa de vislumbrar un rayo de esperanza y se agarraba a esa perspectiva. La confianza renacía en él; tal vez recuperase al padre que adoraba. Conmoverlo, Werner percibió hasta qué punto era importante para su hijo.

—Durante la guerra, después de volar en un Messerschmitt Bf 110, piloté un Focke—Wulf Fw 190, un cazabombardero monoplace de un solo motor, una joya de la tecnología. Oficialmente, se hundió en el mar Báltico mientras yo saltaba en paracaídas *in extremis* en la playa. En realidad, el avión no desapareció, yo...

—¿Sí, papá?

—Lo escondí.

¿Cómo justificar su acto? ¿Cómo describir los sentimientos que profesaba a un artilugio de hierro, aluminio y cables? Su Focke—Wulf Fw 190 había sido su corcel durante tres años. Todo el mundo entiende el apego de un jinete a su caballo, pero es difícil de entender el de un piloto por su aparato, que no tiene sensibilidad ni alma, ni siquiera un atisbo de inteligencia. Aquel cacharro, sin embargo, había sido valiente por él, había sido herido por él, lo había protegido de las balas. Nervioso, irritado, fiel, llevaba sus cicatrices. Había sido su compañero de soledad, su comparsa, la forma visible de su valentía, su suerte, su talismán.

—Al final de la guerra, cuando el almirante Donitz, sucesor de Hitler, firmó en Reims la rendición de Alemania, yo combatía en el Frente Oriental contra los soviéticos. A principios de mayo de mil novecientos cuarenta y

cinco, me percaté de dos cosas: mi país había perdido y yo había sobrevivido. Esa mañana, el nueve de mayo, contemplé mi avión: los vencedores arrasaban con todo, destruirían las huellas de su calvario durante el conflicto, sobre todo los rusos. Entonces, concebí mi plan y lo puse en práctica en unas horas. Hice trampa.

—¿Tú?

—Camuflé mi avión en un bosque cerca de Rostock, al lado de un campo que me había permitido aterrizar. Lo aparqué en un establo, pagué al granjero y fui al acantilado, un lugar salvaje, lejos de testigos. Allí, saqué mi paracaídas, lo extendí sobre la hierba como si lo hubiera usado, quemé y desgarré mi uniforme, me torcí el tobillo y, acostado, dormí toda la noche bajo las estrellas. A la mañana siguiente, me encontró un campesino y le conté mi supuesto accidente: el avión, alcanzado por los rusos, se había estrellado en el mar, yo había saltado a la orilla. En aquellos tiempos no se buscaban los restos en el fondo del agua, había más que hacer que gastar la pólvora en salvas.

—El cazabombardero no te pertenecía.

—Era mi avión... ¡A Alemania, a los Aliados, un avión más o menos les daba igual! A mí no.

Jochen asintió, conmovido por la ingenuidad de su padre.

—¿Qué relación tiene esto con los neonazis, papá?

Werner suspiró.

—Los años pasaron. Cada mes, le enviaba dinero a mi cómplice el granjero; en cierto modo, le pagaba el aparcamiento... Por desgracia, un día me dijo que vendía su propiedad y que tenía que encontrar un nuevo escondite. Me quedaba poco tiempo para actuar. Y ahí es cuando los neonazis llegan a la historia.

Bebió un vaso de agua porque los recuerdos le habían secado la garganta.

—Me enteré de que unos iluminados revanchistas vivían en el culto al Tercer Reich. Ambicionaban rescatar del olvido la doctrina hitleriana y los objetos de su grandeza. Algunos coleccionaban armas. Me acerqué a uno de ellos, Martin Müller, un antiguo SS de Buchenwald, y le hablé de mi avión.

Hizo una mueca de disgusto y continuó:

—Aceptó inmediatamente y me prometió organizar el transporte, por la

noche, de forma discreta. Recibí la garantía de que mi avión sobreviviría, sería cuidado, mimado, idolatrado, revisado periódicamente por un mecánico que pertenecía a ese grupúsculo. Y, por supuesto, no tuve que prestar juramento de fidelidad: si estaba allí, era porque pensaba como ellos. Entonces, por mi avión y por cobardía, les permití presumir lo que querían. Para hacer frente a los gastos, me inscribí en el partido y pagué las cuotas. En mi mente, solo estaba pagando por mi plaza de aparcamiento.

Werner miró a Jochen. Al revelar su secreto, se consideró más deplorable que nunca. ¡Cómo no iba a despreciarlo su hijo! Comprometerse, ayudar a esos locos, justificarlos y favorecerlos, ¡y todo por un montón de chatarra!

Jochen se arrojó en brazos de su padre.

—¡Gracias por contármelo, papá! Eres el que yo pensaba.

Werner temblaba, avergonzado.

—Lo que hice es una estupidez.

—Es una estupidez, pero no es nazi.

* * *

Durante toda la tarde, Daphne y Werner habían hablado del zorro. No de un zorro real con dientes afilados, hediondo, nocivo, que habría devastado el jardín devorando los pájaros, sino el zorro que habitaba el maravilloso libro de Saint—Exupéry. Daphne opinaba que el zorro se había hecho amigo del niño equivocadamente.

—Llorará cuando el Principito se vaya. Se sentirá solo. Si no se hubiera empeñado en hacerse amigo del Principito, el zorro no sufriría.

Werner replicó:

—Ser infeliz es una forma de amar.

—¿Y cómo puede ser eso?

—Perdí a mi mujer, Eva, hace treinta años, y todavía siento pena. La pena de saber que ya no disfruta de la vida. La pena de ver cuánto la echo de menos.

—¿Y no te curas?

—Espero que no.

—¿Por qué?

—Mi herida me gusta.

—¿Cómo?

—Es mi dolor. Lo cuido, lo mimo. Si se desvaneciese, sería desdichado.

—¡Pero ya eres desdichado!

—Pero de otra manera. Hay una desdicha ardiente y una desdicha fría. La ardiente es cuando amas. La fría, cuando no amas. En la ardiente, hay alguien. En la fría, nadie. Sufrir por la ausencia de Eva me la hace presente. No sufrir nunca más la haría perecer por segunda vez, y desaparecería por completo.

—Aun así... Sería mejor que estuviese siempre aquí.

—Claro. Sin embargo, nadie está «siempre aquí».

—¡Sí! Tú y yo.

Acarició la mejilla de la niña, más aterciopelada que un melocotón.

—Tengo noventa y dos años, Daphne, no estaré «siempre aquí».

—Ah, ¿no?

—¡Claro! No deberías haberme domesticado...

Daphne se puso seria y miró al suelo.

—Cuando te vayas, miraré al jardín y pensaré en ti; miraré al cielo y pensaré en ti. Ya no estarás aquí, visible, pero estarás en todas partes, invisible.

Werner estrechó a Daphne contra su pecho, y permanecieron así, bajo el dulce tilo, sentados en la hierba, abandonados a la pura felicidad de existir. ¡Cuánto le gustaría acompañar a esta personita durante mucho tiempo! La perversidad de la vejez era únicamente esa, ese impedimento, esa interrupción, esa ruptura que pronto llegaría.

Alejó de sí los pensamientos melancólicos y le anunció:

—Esta noche voy a asistir a una conferencia sobre el compañero del Principito.

—¿El aviador?

—Antoine de Saint—Exupéry. No sé nada de él. En la Casa de la Literatura, en el centro, un escritor berlinés nos hablará de su vida. He visto el anuncio en el periódico.

—¿Me llevas?

—Empieza a las nueve.

—¿Cuándo estoy durmiendo? Qué pena...

—Me aplicaré mucho esta noche para contártelo todo mañana.

Daphne asintió impresionada.

El propio Werner estaba impresionado por su decisión: nunca había puesto un pie en un centro cultural. La Casa de la Literatura pertenecía a un mundo distinto al suyo. Si no hubiera descubierto ese libro, *El Principito*, nunca habría traspasado el umbral.

Esa noche, sentado en primera fila, en una sala abarrotada de gente, escuchó al conferenciante disertar sobre la vida del glorioso escritor. Encantado, Werner se congratuló de algunas similitudes con él: Antoine de Saint—Exupéry descendía de una familia aristocrática y había perdido a su padre de niño. A continuación, Werner se enorgulleció de haber logrado lo que Antoine de Saint—Exupéry nunca consiguió: ingresar en la escuela militar. Luego compartió como un compañero de armas su pasión por la aviación y se entusiasmó con sus pinitos profesionales en la Aéropostale, el germen de Air France. Para ilustrar sus palabras, el orador citó extractos de *Vuelo nocturno* y *Correo del sur*, sus primeras novelas, y Werner, identificándose con lo que describía el escritor aventurero, se prometió comprarlas.

Finalmente, se llegó a la guerra. Entonces, Werner midió las diferencias entre él y Saint—Exupéry. El francés solo había volado unas pocas horas en una escuadrilla francesa en 1940, porque el armisticio, sancionando la derrota, había sido firmado. Tras el armisticio se había instalado en Nueva York, donde abogó durante varios años por la intervención estadounidense en el conflicto, y no volvió a volar hasta la primavera de 1944, con la Resistencia, primero en Cerdeña y luego en Córcega.

Werner sonrió ante la evocación de dichos momentos. Conocía la escena de esas hostilidades porque él las había protagonizado en esa época. Cuando el orador refirió que Saint—Exupéry pilotaba un Lockheed P—38 Lightning, recordó haberse cruzado con esos formidables cazas americanos que los alemanes llamaban «el diablo de dos colas».

El conferenciante terminó evocando el «misterio de su muerte». Saint—Exupéry había desaparecido en el mar con su avión, un Lockheed P—38 Lightning, durante una misión de reconocimiento fotográfico entre Bastía y

Chambéry, el 31 de julio de 1944. Durante mucho tiempo no se supo ni dónde ni cómo, pero en 1998, un pescador había encontrado su pulsera identificativa y en el año 2000 los buzos habían recuperado trozos de la carlinga del avión a la altura de Marsella.

Werner palideció.

—¿A la altura de Marsella? —gritó.

El conferenciante consultó sus fichas y respondió:

—Hacia la isla de Riou, frente a las calas.

Le temblaba el cuerpo, pero Werner no cejó en sus preguntas:

—¿Y qué avión lo habría derribado?

—El testimonio de un habitante de un pueblo vecino recogido en 1950 habla de un Focke—Wulf Fw 190.

Werner se acordaba muy bien: no muy lejos de Marsella había derribado un P—38 Lightning el 31 de julio de 1944, fecha del cumpleaños de Eva. Antes de perder el conocimiento, solo tuvo tiempo de gemir:

—No...

* * *

Había pasado una semana en la cama. Su hijo Jochen le llevó los platos cocinados por su esposa y Daphne asomaba la nariz todas las tardes para hacerle compañía. Debido a sus repetidas indisposiciones, no había podido rechazar la asistenta que su familia le había recomendado; ahora tenía que soportar la presencia de Maria—Magdalena —una suaba manazas y ruidosa, que dejaba a su paso una estela con aroma a leche cuajada—, que también le servía de enfermera.

Pensó que se estaba haciendo viejo.

Se preguntó si debería hablar del asunto y a quién.

¿Y si redactaba una confesión para la prensa?

¿Cómo iba a confesar a su hijo que había hecho papilla a uno de los mayores escritores del siglo?

¿Cómo explicarle a Daphne que se había cargado a su autor favorito? ¡El

autor favorito de ambos!

Volvía sin cesar a ese día, a su misión, a su vuelo sobre la costa, cuando había avistado un caza americano. Había disparado inmediatamente, con milimétrica precisión; luego el P—38 Lightning se había precipitado en picado hasta sumergirse en el agua. Todo esto había durado solo unos segundos. Un trabajo limpio. Un viraje después, Werner no volvió a pensar en ello...

Mil aviones patrullaban en aquel entonces en territorio francés; por así decirlo, una gota en el océano. ¿Por qué se había cruzado con aquel?

A petición suya, Jochen le había comprado el libro del conferenciante sobre Saint—Exupéry. En su peroración, el berlinés especulaba hasta el hartazgo sobre la muerte del aviador. Los detalles que había dado durante su discurso no saciaron su curiosidad porque se empeñaba en multiplicar las teorías... Mencionaba un fallo técnico del aparato —tan común en aquella época; Antoine de Saint—Exupéry había sufrido varios—; sugería una indisposición del piloto; peor aún, llegaba incluso a defender la hipótesis del suicidio: Saint—Exupéry, de salud quebrantada, sin fuerzas, incapaz de cerrar solo la escotilla de su avión, angustiado hasta el vértigo por el futuro de Europa, pesimista, desesperado, habría elegido, como Stefan Zweig, abandonar este mundo. ¿Acaso no había escrito a un amigo la víspera de su muerte: «Si soy derribado, no lo lamentaré. La termitera futura me espanta y odio su virtud de robot. Yo estaba hecho para ser jardinero»?

Werner releía y sopesaba las últimas palabras del escritor. Lejos de un anuncio suicida, reparaba en algunas circunstancias atenuantes para él: Saint—Exupéry, dispuesto a morir, había perecido sin despecho. De modo que él, Werner, ni había interrumpido un gran proyecto ni truncado un hálito vital.

Sin embargo, cuanto más reflexionaba Werner von Breslau sobre estas frases, más percibía su cercanía con el enemigo que había abatido. Aceptar la muerte, él siempre había practicado esta máxima durante la guerra. En cuanto al miedo al mañana, había sentido tanto que, por temor, había ocultado su avión a raíz de la derrota. Y la última reflexión, «Yo estaba hecho para ser jardinero», ¿acaso no resumía el privilegio de Werner, que se había dedicado a las plantas desde su retiro?

Solución: escribir una carta dirigida al conferenciante, que pondría fin al

enigma.

Este autor, por desgracia, traslucía inmadurez. Ante los hechos, el berlinés rezongaba, revelando un gusto por el misterio, no un gusto por la verdad. Le interesaba crear una «leyenda Saint—Exupéry», que, como todas las leyendas, se alimentaba más de lo desconocido que de lo conocido. Aunque Werner remitiese una confesión de culpabilidad al conferenciante, él persistiría en minusvalorarla para cultivar el mito.

—Ven.

Daphne agarró la mano de Werner y, como si hubiera tenido la fuerza de un atleta, lo instó a levantarse de la cama. El permaneció impasible. Ella insistió:

—Ven, te estás olvidando.

—¿Olvidando de qué?

—Olvidando de lo que es bonito.

En el rostro de Werner se dibujó una mueca intrigada. Daphne se lo aclaró, decepcionada por tener que explicar algo tan evidente:

—Te estás olvidando de la luz, las flores y el canto de los pájaros. No te mueves. Te encierras en lo duro.

—¿Lo duro?

—La casa, las piedras, los muros. Me preocupas.

Hizo acopio de fuerzas y se incorporó. Para animarlo, añadió:

—El jardín te necesita.

Bajaron de la terraza y el jardín deslumbró a Werner. Junio acogía las rosas a miles, las viejas, de pétalos prietos; las nuevas, de botones vivos; las salvajes, de esbeltos tallos. Lo conmovió que la naturaleza hubiera trabajado tan duro durante su convalecencia, como si le probase que ella proseguía su obra.

—¿Ves? Mira, hay que cortar por aquí y por allí...

Werner empuñó las tijeras de podar que ella le tendía y empezó por el mantenimiento de los arbustos.

—Yo te miro —le advirtió Daphne, sentándose en un tocón—. Me encanta cuando limpias el jardín.

En ese momento, Werner desfalleció. ¿Otro arrechucho? El ruido se amplificó y Werner se dio cuenta de que había sido perturbado por el sonido de un avión flotando sobre ellos, un bimotor que volaba bajo y lo devolvía a

la guerra, a Saint—Exupéry. Sintió una intensa angustia oprimiéndole el pecho.

—Por favor, dibújame un avión.

—¿Cómo?

Daphne pareció sorprendida por las palabras del anciano.

Él insistió:

—Ve a buscar tu cuaderno, tus lápices y, por favor, dibújame un avión.

Por su tono decidido, Daphne supo lo mucho que le importaba. Salió disparada y regresó con el material.

Mientras él se ocupaba de las rosas, ella mordió largo rato su lápiz en busca de inspiración y luego se puso a garabatear una forma geométrica.

—¡Listo!

Le tendió el dibujo de una caja.

—¿Qué es?

—Un hangar.

—¿Dónde está el avión?

—Dentro.

Como él frunció el ceño, ella subrayó:

—Indispensable, un hangar. Protege el avión. Si echas cuentas, un avión pasa más tiempo en el hangar que en el cielo. Y el cielo se enfada, con las tormentas, las nubes, los rayos, los otros aviones. En el fondo, lo más importante para un avión es encontrar un buen hangar donde esté descansado; incluso puede quedarse allí cuando se retire.

Turbado por la correspondencia entre su vida y lo que decía la niña, Werner von Breslau se dispuso a contarle la verdad: que una vez había matado al padre del *Principito*. Pero se dio cuenta de cuánto la apenaría y logró contenerse.

—¿Qué cara más rara...! —exclamó ella—. ¿Qué te pasa?

—No estoy muy orgulloso de mí en este momento.

—¿De ti?

—Hice algo mal, hace tiempo.

—¿Y entonces?

—No puedo perdonarme.

Ella se encogió de hombros.

—¡Mira que eres tonto!

Él se sobresaltó.

—¿Cómo?

—Tú me dices que no puedes perdonarte porque hiciste algo mal hace tiempo y yo te digo: ¡Mira que eres tonto!

—¿Por qué?

—*Algo no es alguien.*

* * *

Jochen von Breslau hojeaba el periódico regional frente a su padre en la terraza sombreada por la vid.

Werner miraba a su hijo y se preguntaba, perplejo, cómo había creado a ese viejo. ¿Qué había ocurrido? ¿Quién le había jugado esa mala pasada? No hace mucho, acompañado por Eva, que estaba radiante de felicidad, tenía un bebé suave y regordete en sus brazos, y ahora sufría la presencia de un boca de gachas de lengua estropajosa, con gafas de pasta, vestido sin gusto ni gracia, la piel rojiza, abotargada por el vino y las copiosas comidas; en resumen, un hombre tan feo como banal, con quien nunca se hubiera relacionado si no hubiese llevado su nombre.

De vez en cuando, Maria—Magdalena, la suaba, le sugería beber o le ofrecía pastas. «¿Pastas? —pensó Werner—. ¿Por qué pastas? ¿Acaso ella solo se alimenta de eso? La suaba pronuncia *pastas* con la boca pastosa, precisamente, ¡y eso corta las ganas de alimentarse como ella!» Werner se había resignado a su presencia como a una fatalidad, del mismo modo que se había resignado a padecer de las articulaciones o a caminar más lento que un erizo.

Su corazón era un débil cascabel en su pecho. Werner se desmayaba cada dos por tres. Los arrechuchos pautaban su semana. Adivinaba que sus días estaban contados, tal vez con los dedos de una mano.

—Mira, tú que estás tan interesado en Saint—Exupéry, lee esto.

Jochen le tendió el periódico.

Werner consultó el titular en mayúsculas sostenidas: «El HOMBRE QUE

VENCIÓ AL AUTOR DE “EL PRINCIPITO”».

Werner palideció.

—Papá, ¿te encuentras mal?

Jochen corrió hacia su padre, que estaba lívido, parpadeaba y respiraba mal. Lo miró fijamente y le habló en voz muy alta:

—¡Papá! ¡Papá! ¡Quédate conmigo, papá!

Werner tragó saliva y se obligó a respirar con calma.

—Ya está... No pasa nada, ya está.

Echó un vistazo al periódico: la fotografía representaba a un individuo que no se le parecía.

—¿Qué diablos es esto? —masculló, señalándole a Jochen el periódico.

—¡Nada! ¡Qué va a ser! No imaginé que te molestaría. Se trata de un piloto, durante la guerra, que recuerda haber derribado el avión de Saint—Exupéry.

Sacando fuerzas de la flaqueza, Werner pasó las páginas. Mario Schulz, veterano de guerra, revelaba su secreto: había ametrallado al famoso escritor —aviador.

Werner casi se atraganta... ¡Mario Schulz! ¡El mayor cretino con el que había combatido! ¡Un cobarde, que lo único que hacía era rajarse por las noches y emborracharse! Mario Schulz, un as de los subterfugios que le impedían llevar a cabo sus misiones. Mario Schulz, sospechoso de no enfrentarse al enemigo sino de huir de él. Mario Schulz, al que acabaron dejando en tierra. Mario Schulz, que no había derribado el avión de Saint—Exupéry puesto que, en aquel entonces, estaba en casa de permiso —lo recordaba bien porque el propio Mario se había encargado de llevarle a Eva el regalo de aniversario elegido por Werner—. Mario Schulz, fanfarrón donde los haya, fiel a su mediocridad, aún más marrullero a los ochenta que a los veinte, pregonando a los cuatro vientos falsas confesiones para llamar la atención y pasar a la historia.

—¡Humo de pajas!

—¿Qué dices, papá?

—Los periódicos, que publican cualquier cosa.

Tranquilizado, Jochen asintió con mansedumbre:

—Me temo que tienes razón.

Llegó la suaba y ayudó a Werner a trasladarse a la sala de estar para echar una siesta.

Una vez recostado en la estancia con paneles de madera oscura, Werner pensó en el piloto Mario Schulz, que perseguía la celebridad, mientras que él, Werner, buscaba la verdad.

De hecho, ya no la buscaba. En realidad, la sufría, y no sabía cómo dominarla. La verdad lo perturbaba.

Hasta entonces, nunca se había arrepentido de su conducta durante la guerra. No mataba hombres, mataba enemigos. El adversario no se singularizaba. Fuese quien fuere el atacado, se beneficiaba de una abstracción estimulante. El francés. El ruso. El inglés. El americano. Sin rasgos, sin carne, sin biografía. Todo lo que Werner sabía de él era que el combatiente también tenía derecho a eliminarlo. Reinaba una simetría perfecta. Incluso una igualdad, la de la muerte. La guerra se resumía en reglas que no incluían casos individuales. Nunca había pensado que abatía a un soldado concreto con mujer e hijos concretos, porque él mismo no era un soldado concreto para sus oponentes. En su opinión, nunca había cometido la menor crueldad. Mataba en general, no particularmente...

Ahora, desde hacía unas semanas, el enemigo había adquirido un rostro, el de Antoine de Saint—Exupéry. ¡Insoportable! El adversario jamás debería tener rostro. Werner descubrió que había suprimido a un hombre singular, un hombre único, un hombre que él amaba, sí, lo amaba porque había escrito un cuento sublime, lo amaba porque había recorrido la existencia con preocupaciones y entusiasmos similares a los suyos. Sesenta años después, había encontrado un hermano en Saint—Exupéry, un hermano fuera de lo común, un hermano admirable. Y resulta que lo había matado. ¡Qué vergüenza! Él, un individuo sin genio, había acabado con un genio... ¿Cómo perdonarse algo así?

Las palabras de Daphne cruzaron su mente: «Algo no es alguien».

Se incorporó. Las palabras de Daphne daban en el clavo. No había que confundir un acto y una persona. Werner no se resumía en ese único instante en el que torpedeó el avión de Saint—Exupéry. Werner era miles de actos, buenos, excelentes: mediocres, insuficientes... Werner era miles de sentimientos, el patriotismo, el orgullo alemán, la sangre fría en el ataque,

pero también el amor a los suyos, a sus padres, a Eva, a su familia, a sus amigos, a sus camaradas; el amor a la naturaleza, los árboles, los millones de flores que había cuidado desde su eclosión hasta su extinción; el amor a los animales que había protegido, alimentado y cuidado; la alegría de escuchar a Mozart; el placer de tener a Eva entre sus brazos. Daphne tenía razón: no perdonamos algo, perdonamos a alguien. El acto sigue siendo malo, pero la persona no se vuelve así. No puede ser reducida a su gesto dañino. Perdonar equivale a considerar a la persona completa, devolverle el respeto y el crédito que merece.

Werner apartó el cobertor que tenía sobre las piernas y apoyó los pies en el suelo. Estaba avergonzado de ciertos actos, por supuesto, pero no de él. Si había matado a Antoine de Saint—Exupéry, jamás había sido su intención. Y, por supuesto, si alguien se lo hubiese propuesto, lo habría rechazado escandalizado.

Su corazón latía tan fuerte que temía sufrir otra crisis. Oía la sangre golpearle en las sienas. «Ahora no, por favor». Sus ojos observaron el jardín a través de la ventana, donde, bajo el ramaje soleado, Daphne jugaba imitando un avión.

Werner sonrió. La circulación se le ralentizó. El pecho dejó de jadear de manera autónoma. Recuperó el control de los pulmones.

No iban a juzgarlo por este acto, por derribar el P—38 Lightning de Saint—Exupéry; había realizado otras muchas cosas. Todavía hoy sabía optar por el bien.

¿A quién había obedecido durante aquella década fatal? A Hitler. A un hatajo de bárbaros que habían conquistado Alemania, primero legítimamente en las elecciones, y luego ilegalmente por el terror. A raíz de lo cual, los alemanes, acorralados por la guerra, condenados a defender a su nación, aunque se hubiese vuelto loca, se habían visto obligados a llevar a cabo batallas injustificables. En el fondo él había estado al servicio del mal. La humanidad raramente está a la altura de sí misma. Mete a los mejores en callejones sin salida. Tal vez debería haberse opuesto, haber desobedecido, haber...

Fue entonces cuando tuvo una brillante idea.

—¡Pues claro...!

* * *

Daphne parloteaba con las ranas de bronce de la fuente cuando Werner se acercó para darle un paquete.

—Un regalo para ti, Daphne.

La niña recibió el objeto y lo palpó.

—¡Un libro!

—Exacto.

—¿Cuál?

—Las hermosas historias de Saint—Exupéry.

Daphne abrió los ojos ilusionada.

—¿Distintas de *El Principito*?

—Claro.

Deshizo el envoltorio y descubrió un grueso volumen, con la cubierta de cuero de color caramelo, que contenía al menos quinientas páginas.

—¡Oh!, ¡oh! —exclamó con avidez.

Lo abrió y dio un respingo. Convencida de que había un error, pasó las hojas, adelante y atrás, más rápido cada vez, y luego miró a Werner con expresión desolada.

—Pero... no hay nada.

—No creas.

—¡Sí! Las páginas son blancas.

—Ah, luego admites que hay algo.

—No lo entiendo.

Werner se acercó a ella, se inclinó tan bajo como le permitía la rigidez de su cuello, se arrodilló pese a los dolores que le roían las articulaciones y le acarició la mano.

—¿No te acuerdas, Daphne? Te conté que Antoine de Saint—Exupéry murió a los cuarenta y cuatro años, poco después de escribir *El Principito*, porque su avión había caído al fondo del mar. Cuarenta y cuatro años, ¡en la flor de la vida! Habría compuesto muchas obras maestras. Bueno, pues en este libro, leerás las historias que Saint—Exupéry podría haber escrito si hubiera

vivido. Están todas reunidas aquí. Algunas te encantarán.

El iris de Daphne se iluminó. Había captado la propuesta de Werner y, volviendo a su volumen, procedió metódicamente a pasar las páginas en blanco, prestando atención y deferencia a cada una. Era como si estuviese descifrando algo.

—Bien, ¿no? —preguntó Werner.

—Bien.

Miró a Werner con solemnidad.

—¿Crees que algún día las veré... de verdad?

—Con tu imaginación, no me cabe la menor duda. Y a ti te sobra imaginación. Acuérdate: «Lo esencial es invisible a los ojos. Solo se ve bien con el corazón».

Daphne asintió con candor. Luego lo miró, siguiendo sus rasgos demacrados, sus ojeras, su labio inferior tembloroso.

—Te noto un poco raro...

—En este momento, no me quiero mucho.

—Si tú no te quieres, yo te querré por los dos.

Daphne había pronunciado sus palabras de un tirón, con fuerza y sinceridad. Werner miraba extasiado a la niña, sus labios nacarados, el vello aterciopelado de sus cabellos platino.

—¡Daphne!

Una voz de mujer resonó detrás de la tapia:

—¡Daphne!

—Tengo que volver a casa —susurró Daphne como si la hubiesen pillado en falta—. Mamá me está esperando.

—Ve, anda.

Werner le dio un beso y se giró. Caminó hacia su terraza tan rápido como le permitieron sus caderas, sin darse la vuelta para que la niña no viera sus lágrimas. Daphne no podía saber que nunca volvería a hablar con él.

* * *

El mundo tenía esa mañana la limpidez de una acuarela. Una luz deslumbrante bañaba el mar, la tierra, el firmamento, difuminando todos los límites. No había rayas ni fronteras ni gradaciones ínfimas. Los horizontes borrosos se multiplicaban y, desde su cabina, Werner von Breslau navegaba en una nebulosa.

Como en sus tiempos jóvenes, el Focke—Wulf Fw 190 hendía las nubes con presteza y agilidad. Mejor aún, el motor piafaba, fogoso, eufórico por reconquistar las pistas celestes, los pastos nubosos, la mirada del pálido sol. Werner reía, contento por las obligaciones que le imponía el avión, encantado de reencontrarse con las tareas que tanto añoraba, emocionado de vibrar al unísono con la carlinga. Incluso amarrado, vestido de cuero rígido, se sentía libre por primera vez. Ese día había decidido volar, había definido su ruta, había despegado en el momento deseado, sin la ayuda ni el permiso de nadie; en cuanto al resto, lo había ejecutado todo a hurtadillas: forzar la puerta del hangar por la noche, birlar el combustible, llevar el avión a la pista, esperar al alba y despegar sin notificarlo a ninguna torre de control.

Werner von Breslau, el adalid del deber, se obedecía solo a sí mismo. Había decidido su misión él solo. Cuando el guardia descubriese que habían forzado la puerta y robado el avión, sería demasiado tarde para detenerlo. ¿Y a quién alertaría el empleado? A sus jefes, nazis ilegales... Ni a la policía de tierra ni a la policía aérea. Werner disponía de una hora como mínimo para él.

Sobrevoló los oscuros bosques de coníferas, tupidos, densos, compactos; luego los campos que, por mor de los surcos trazados por los tractores, ofrecían un lienzo entramado. Siguiendo el río doliente, no se equivocaría: solo tenía que contar las ciudades para orientarse.

Le castañeteaban los dientes. Pese a las diversas capas de ropa en que se había embutido, tenía mucho más frío que cuando era joven; en cambio, notaba una mejora: su casco le oprimía menos en las sienes; es posible que su caja craneal hubiese disminuido con la edad.

Volaba a quinientos kilómetros por hora hacia su objetivo.

Los dos días precedentes no se parecían a ningún episodio de su vida. El sábado por la mañana se había reunido en Wims con el nieto de Martin Müller, Heinrich Müller, que ahora lideraba el grupo neonazi. El hombre, de profesión carnicero, lo había llevado al Arsenal, su orgullo, el trabajo de varias

décadas. Al fondo de una finca arbolada, al lado de un aserradero, prolongando los almacenes y oculto parcialmente por unos robles colosales, un edificio escondía sus tesoros.

Habían instalado puertas blindadas, cerraduras electrónicas y múltiples alarmas para disuadir a los intrusos.

Martin Müller se lo había explicado a Werner, asombrado ante tantas precauciones:

—Después de la guerra, tuvimos que escondernos de las autoridades para preservar la memoria del Tercer Reich. Ahora tenemos que protegernos de los ladrones. El mercado se reestructura. Los coleccionistas auspician los robos. Un uniforme completo de soldado de las SS se revende a diez mil euros, mientras que el soldado de infantería británico ni siquiera llega a los mil. El tiempo pone las cosas en su sitio. Los recuerdos de los vencedores se devalúan, como sus ideas... Fíjese, por ejemplo, un cuadro pintado por Hitler cuesta cien veces más que uno de Churchill. Al final, hay justicia...

Después de desbloquear los sistemas de seguridad, Martin llevó a Werner al Arsenal, que constituía un vasto e impresionante museo del Tercer Reich, en cuyas avenidas de reliquias y vestigios se alineaban monedas, insignias, banderas, uniformes, *jerry cans* de acero —las latas de combustible R.12, invención alemana de la época—, motocicletas, sidecares, automóviles Volkswagen, carros de combate. Aquí, relés para la llama olímpica de 1936. Allí, un ordenador Zuse 4, tan imponente como un órgano. Algunas vitrinas contenían la vajilla de Hitler, los cubiertos de plata de Himmler o los vasos de Goebbels.

Werner von Breslau señaló una puerta de acero en el lado derecho.

—¿Y ahí?

—Objetos procedentes de los campos de concentración. Su comercio está prohibido. Con el tiempo, será lo más valioso. ¿Quiere que...?

—No, gracias. ¿Y allá?

Werner había señalado otra salida.

—La joya de la corona. Déjeme mostrárselo.

Franquearon una escotilla y llegaron a una gigantesca sala subterránea. Werner no daba crédito a lo que veían sus ojos: un misil de largo alcance, el famoso V2 que había persuadido a los americanos de que los nazis tenían la

bomba nuclear, descansaba allí. Alrededor, apiladas en las esquinas, cajas y cajas de granadas, armas y municiones.

—El lugar es peligroso —había mascullado Werner.

—La vida es peligrosa —había concluido Heinrich Miiller.

Habían salido juntos; Werner von Breslau, meditabundo; Heinrich Müller, voluble. Se quejaba de que el interés por los tesoros del Arsenal estaba cambiando. De sentimental y político había pasado a financiero. Aquellas piezas valían una fortuna. Algunos se lanzaban sobre ellas por un prurito estrictamente venal, sin las convicciones necesarias.

—En una subasta, vi a hijos de integrantes de la resistencia francesa comprando objetos que nos interesaban. Incluso un judío en una ocasión. ¡Repugnante! Debería estar prohibido. Tendría que haber un certificado de nacionalsocialismo para adquirir los trofeos nazis. De lo contrario, todo se diluirá, todo se perderá. ¡Qué tiempos de mierda!

Werner había asentido sin darle más cuerda.

El domingo por la mañana, el secretario del partido neonazi, Günter Schneck, había llevado a Werner en su coche a doscientos kilómetros de distancia hasta el hangar donde guardaban su avión. El edificio pertenecía a un aeródromo privado, que ya no se usaba, salvo para un festival anual de planeadores, en cuyas pistas apuntaban ahora brotes de hierba.

Con emoción, Werner se había reencontrado, al lado de dos históricos Messerschmitt, con su Focke—Wulf Fw 190 intacto, brillante, limpio como nunca, celosamente mantenido por un devoto mecánico que, desde su jubilación, se había dedicado a las piezas de coleccionista.

—Por lo visto, vuelan —añadió Günter Schneck—. El mecánico lo comprobó en secreto, con un expiloto de la Wehrmacht, hace dos años.

Werner estaba encantado de que el destino le proporcionase tanta ayuda: podría hacer realidad su proyecto.

Así pues, esta mañana pilotaba su avión, cuyo intenso ruido, adorado e insufrible, le daba una sensación de seguridad precaria, el regusto de sangre que exuda el peligro.

Volaba...

De repente, percibió la referencia que buscaba: dos afluentes se unían al río y el curso del agua atravesaba el bosque. En la cuarta curva, justo antes del

túmulo, llegaría al aserradero y...

—¡Ahí esta!

Bajo las ramas de los robles, fragmentariamente visible, el Arsenal secreto ofrecía su techo de metal laminado.

Werner lo sobrepasó, dio la vuelta, lo rodeó y se decidió por un trayecto razonable, exultante de gozo. Desde el ángulo en que se hallaba, aseguraba su golpe.

Inició la maniobra. Una vez fijado el blanco, con los mandos bloqueados, el avión no se desviaría, se estrellaría en el Arsenal. Aunque Werner sufriese un síncope, el Arsenal sería reventado, se incendiaría y explotaría.

Templado, seguro, Werner se relajó y sonrió al cénit. Aunque albergase dudas sobre la pertinencia de su vida, sabía que su muerte sería útil.

Cuatrocientos metros en picado...

Trescientos metros...

Doscientos...

Cien...

Mientras rozaba la chapa cenicienta, vislumbró furtivamente, en el borde del bosque, un estanque esmeralda rodeado de flores de color lila y, antes del choque final, tuvo tiempo de pensar: «Yo estaba hecho para ser jardinero».



ÉRIC-EMMANUEL SCHMITT (1960) es uno de los autores francófonos más leídos y representados en el mundo. Sus libros se han traducido a más de 40 idiomas y sus obras de teatro se representan regularmente en más de 50 países. Catedrático de Filosofía, se dio a conocer primero en el teatro con *El visitante*, al que seguirían rápidamente otros éxitos, como *Variaciones enigmáticas* o *El libertino*. Ha escrito también *El ciclo de lo invisible*, un conjunto de cuatro relatos sobre la infancia y la espiritualidad, entre ellos el aclamado «*El señor Ibrahim y las flores del Corán*»; o novelas tan exitosas como *La secta de los egoístas* o *El Evangelio según Pilatos*. Schmitt ha recibido numerosos galardones, entre otros el Gran Premio de Teatro al conjunto de su obra, otorgado por la Academia francesa.